Versiones del Bogotazo





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



Versiones del Bogotazo

Alcaldía Mayor de Bogotá
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera
Ana Catalina Orozco Peláez, Subdirectora de Formación Artística

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Elvia Carolina Hernández Latorre, Yenny Mireya Benavidez Hernández, María Eugenia Montes Zuluaga, Orlando Teatino González, Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, marzo de 2018
Fotografías de carátula y de la página 12: © Luis Gaitán, «Lunga».

JULIANA MUÑOZ TORO, Investigación y transcripción
ANTONIO GARCÍA ÁNGEL, Edición
ÓSCAR PINTO SIABATTO, Diseño + diagramación
ELIBROS EDITORIAL, Producción ebook
978-958-8997-95-7, ISBN (impreso)
978-958-8997-96-4, ISBN (epub)

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES
Carrera 8 n.º 15-46
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
f @LibroAlViento t @Libro_Al_Viento

Contenido

BIOGRAFÍAS

Sobre estas versiones

El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, ocurrido al mediodía del 9 de abril de 1948, es sin duda el magnicidio que transtornó de manera más dramática el curso de la historia colombiana. Fue una muerte que se multiplicó en trescientas mil muertes y causó el desplazamiento forzoso de más de dos millones de personas, una quinta parte de la población, que por ese entonces se calculaba en once millones de habitantes; además produjo la destrucción de buena parte de la capital. Tan arrasadora fue la reacción, tan acendrado fue el odio que se apoderó del país, que se conoce en los libros de historia con el nombre absoluto de *La Violencia*.

Nadie como Gaitán, ni antes ni después en la historia de esta nación, supo interpretar el sentir de las masas populares ni ha tenido en ellas tal poder de convocatoria. Ninguno fue tan incómodo para el establecimiento político ni desató tanta aprensión entre los miembros del Partido Conservador y aun de su propio partido, el Liberal. A diferencia de magnicidios posteriores como los de Rodrigo Lara Bonilla, Jaime Pardo Leal, Luis Carlos Galán, Álvaro Gómez o Jaime Garzón, en los cuales se dio con el culpable o al menos se supo de dónde, de qué sector ideológico, de qué grupo o facción podía venir la orden de asesinarlos, en el caso de Gaitán los sospechosos se multiplicaron de lado y lado, al punto que incluso podían venir de allende las fronteras colombianas. O simplemente pudo ser producto de una mente perturbada. Un misterio que perdura y que ha inspirado las más variadas especulaciones y algunas páginas inolvidables de la literatura colombiana.

Presentamos a nuestros lectores estas *Versiones del Bogotazo*, cuya primera sección, «La ciudad», muestra el impacto que tuvieron los hechos sobre el paisaje urbano y sus habitantes. Abre con una crónica de Arturo

Alape llamada «El 9 de abril: muerte y desesperanza», un recuento casi lírico que comienza en la figura de Jorge Eliécer Gaitán después de pronunciar la Oración por la Paz en la Marcha del Silencio en Bogotá, un hombre que sólo creía en su muerte natural y no le gustaba que sus guardaespaldas estuvieran todo el tiempo a su lado. Alape nos habla de la situación política de la época, explora la enigmática personalidad de Roa y devela las decisiones desde la Presidencia y la nueva conformación del gabinete tras el magnicidio. Continúa con «La catástrofe salió de un revólver desajustado», de Felipe González Toledo, pionero del periodismo de nota roja, testigo de primera mano de los hechos, que con minucia y buena prosa relata detalles puntuales del Bogotazo. En seguida está «El cuerpo de Gaitán», de Herbert Braun, en el que se registran paso a paso los hechos que rodearon al cadáver del caudillo. «El 9 de abril transformó Bogotá» es un texto escrito dos décadas después de los hechos, en el que Carlos Cabrera Lozano registra los hitos de la reconstrucción del centro de la capital. Cierra esta sección un nostálgico recuento de Hernando Téllez, «Los cafés que murieron el 9 de abril», en el que glosa, entre otros, Las Botellas de Oro, La Rueda de Ferris, La Bodega de San Diego, El Café Windsor y La Gran Vía, además del Café Asturias, que fue el favorito de Jorge Eliécer Gaitán.

La segunda sección, «Gaitán», comienza con un texto epónimo de 1945, escrito con agudo sarcasmo por Lucas Caballero, Klim, y en el cual se transparenta la mirada con que la aristocracia capitalina descalificaba al entonces prominente político liberal. Pese al tono burlesco del escrito, Caballero no deja de reconocerle virtudes a Gaitán. Continúa otro texto de Herbert Braun, «Gaitán corporal», en el que se muestra cómo el caudillo estaba muy consciente de la puesta en escena, la teatralidad y la imagen que buscaba proyectar entre la gente, rasgos que hoy son comunes pero que a la sazón eran escasos o no tan cultivados en las campañas presidenciales.

El apartado «Personajes» empieza con el testimonio del Bogotazo en la voz de Santiago García, en ese entonces estudiante de arquitectura y quien habría de convertirse en la figura más descollante del teatro colombiano en el siglo XX merced a su labor frente al Teatro La Candelaria,

tal como se lo relató a Miguel Torres y como quedó consignado en el libro *El incendio de abril*. Le siguen dos textos sobre dos de los más importantes fotógrafos del país: Sady González, en la pluma de su hijo Guillermo González Uribe, y Manuelhache Rodríguez rememorado por Víctor Diusabá Rojas. María Cecilia Alvarado, por su parte, nos trae el relato de cómo dos mujeres vivieron el 9 de abril, la secretaria del presidente Ospina Pérez y una costurera, con los contrastes propios de cada situación, pero con el valor de mostrar ambas un contrapunto de los testimonios masculinos, más abundantes tanto en la prensa como en la política, pues en ambas tristemente la mujer estaba relegada a papeles menores. Sin embargo, y este texto lo prueba, una de ellas tuvo un papel decisivo en el curso de los acontecimientos. Después tenemos una carta del reportero argentino Aníbal Pérez a su padre. El periodista había venido a cubrir la Conferencia Panamericana y terminó convertido en cronista de guerra. La carta permaneció inédita durante 62 años.

Cierra este volumen un informe de los agentes de Scotland Yard que vinieron a investigar el crimen de Gaitán, un documento que no se conoció hasta que fue desclasificado en 2002 y en el que se trazan, además de ciertas hipótesis que los investigadores no acaban de acreditar, las señas particulares de Roa Sierra, el más enigmático de los personajes que intervienen en esta tragedia.

Con estos 13 textos de no ficción alrededor del Bogotazo, como se le llamó a la infausta fecha en que cayó asesinado Jorge Eliécer Gaitán, Libro al Viento conmemora los 70 años que han transcurrido desde entonces.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL



Versiones del Bogotazo

La ciudad

El 9 de abril: muerte y desesperanza[1]

Arturo Alape

Atmósfera política de futuro incierto

La ciudad se paralizó como si se hubiera sumido bajo tierra para no escuchar el sonido de la voz humana. No se puede convocar al silencio impunemente, sin que el hombre explote en pedazos y en su interior no sienta deseos iracundos de gritar y de salir corriendo. Y surgió de la quietud un silencio inmenso, desconocido, inatrapable porque el eco de su paso se perdió definitivamente, al comenzar a caminar miles de personas, sin ninguna prisa, desconcertadas por el cambio inesperado en sus costumbres y comportamientos de multitud, sobrecogidas llevando en sus manos banderas rojas y negras de luto por la muerte que azotaba la geografía del país. Esa multitud caminaba viviendo con intensidad furiosa la sensación eterna que hermana a los hombres en los momentos cruciales del dolor, unidos por una fuerte disciplina ordenada por Gaitán, de abrir la boca y llevar consigo en el estómago el vacío del silencio que se contiene y no se puede arrojar. Marchaban con la mirada lejana, fuente de presagios que cae como la lluvia y trae sobre los hombros la incógnita de un futuro incierto.

Ha comenzado el acuerdo tácito de quien habla y de quien escucha. La respiración del tumulto se detiene, se paraliza en las arterias, se aquietan los

cuerpos; un corazón de miles de personas deja momentáneamente de fluir ante la expectativa encarnada en la voz de aquel hombre. Gaitán mira por encima de las manos a esa multitud que respira y vive apasionadamente por su voz, para crear su propio silencio, el silencio adecuado para que su voz y sus manos se explayen como astas quijotescas para romper y darle un nuevo cauce al aire que penetra en su garganta. Gaitán respira y comienza a hablar con estudiada gravedad, en un tono menor pero tranquilo, expresión de serenidad fúnebre, con gestos y palabras que parecen ser propios de un diestro lanzador de cuchillos que siempre acierta al corazón. La multitud escucha maniatada a ese silencio que se ha vuelto suyo, haciendo uniforme el mismo sentimiento de acatamiento a esa voz que, apasionada, hace saltar en la razón la emoción que agita en la acción inmediata. Entonces Gaitán le dijo al señor presidente Ospina Pérez: «Os pedimos que cese la persecución de las autoridades; así os lo pide esta inmensa muchedumbre. Os pedimos una pequeña y grande cosa: que las luchas políticas se desarrollen por los cauces constitucionales. ¡No creáis que nuestra serenidad es cobardía!...».

Julio Ortiz Márquez, un hombre de confianza de Gaitán, recordaba con un nudo en la garganta que, «en la noche, después de pronunciar la Oración por la Paz en la formidable Marcha del Silencio en Bogotá, le dije al caudillo liberal: “Jorge Eliécer, a usted lo van a matar, usted tiene que cuidarse mucho”. Porque a él le gustaba andar solo y de golpe si salía de noche, era algo muy peligroso. Pero nos decía: “A mí no me matan, mi seguro es el pueblo, porque mi posible asesino sabe que a él lo matan en el momento en que me mate, y ese es mi seguro de vida”». Involuntariamente Gaitán, dos meses antes de que lo asesinaran, en la plena seguridad de su vida y de su triunfo electoral, estaba imaginando lo que después le sucedería a Roa Sierra en la tarde fatídica del 9 de abril. A Gaitán le enfurecía la idea de tener un grupo de guardaespaldas que cuidaran de él. Rechazó como un iluminado la oferta que en este sentido le hicieran muchas veces sus fieles amigos de la Jega. Gaitán sólo creía en su muerte natural.

A finales de 1947, en Colombia había un silencioso choque de poderes: el solitario, que habitaba en Palacio y lo ejercía el presidente

Mariano Ospina Pérez; y el de la calle, el de las multitudes vociferantes, que ejercía Gaitán desde su modesta oficina de abogado en pleno centro de Bogotá. Gaitán era de por sí, por el poder inmenso que ejercía sobre el pueblo, el futuro presidente de Colombia. Nadie podía detenerlo en su ambición de llegar a la Presidencia de la República. Pensar lo contrario era para cualquier persona, en ese momento, una actitud desquiciada.

En el transcurrir de 1947 el país vivía la desesperanza de estar al borde del abismo de la violencia partidista. Sus huellas de sangre se pisaban en el norte y sur de los Santanderes. En el occidente de Boyacá ya había aparecido el fantasma real de la policía chulavita. En Caldas y en el sur del país comenzaban a contarse los muertos en una suma interminable. Gaitán pensó en el profundo silencio de una masa herida, como protesta y antídoto para detener la muerte colectiva; Bogotá, con sus seiscientos mil habitantes, se paralizó como si se hubiera sumido bajo tierra para no escuchar la voz humana. El 7 de febrero de 1948, con la Marcha del Silencio, se hizo el prodigio del silencio atrapado en la mudez de miles de personas. Ese día, Gaitán había sellado su muerte.

Con la próxima e inminente derrota comicial frente a sus ojos, el Partido Conservador ya no creía en las vías electorales; Laureano Gómez acusaba al liberalismo de operar sobre una base de un millón ochocientas mil cédulas falsas, y este partido, a su vez, abandonaba el gobierno de Unión Nacional y comenzaba una sistemática oposición.

Una pesada atmósfera de perplejidad había invadido al país. «Pero no sólo fue la violencia política. También había una situación que podríamos calificar como el ensanche de la miseria de las grandes mayorías populares. Claro que las causas de esa miseria venían desde tiempos muy lejanos, pero en esa época se agudizó, porque se estaba afirmando en el país un régimen capitalista fuerte, que naturalmente conducía a lo que sabemos, a la concentración de la riqueza en pocas manos. Lo que determinaba, del lado del pueblo, una gran frustración social, una gran miseria», opinaba Gerardo Molina.

La situación política levantó aún más vuelo en su confrontación, con la celebración en Bogotá de la IX Conferencia Panamericana. Gaitán fue

excluido de la delegación colombiana. Lamentable error, que caldeó aún más la situación política. En la capital de la república se encontraba un personaje mundialmente conocido: el general estadounidense George C. Marshall, que presidía la delegación de su país. En sus manos traía la propuesta de mayor represión contra los movimientos subversivos en América Latina.

A la una y diez de la madrugada del 9 de abril, Jorge Eliécer Gaitán terminaba su emocionada defensa del teniente Jesús Cortés y pedía para él la absolución, alegando que había obrado en legítima defensa del honor del Ejército al ultimar de dos disparos de pistola al periodista Eudoro Galarza Ossa. A las dos de la madrugada las barras sacaron a Gaitán en hombros y de pronto él se encontró con la soledad de la ciudad. El delirio de sus seguidores quedaba a sus espaldas. Quizás, Gaitán no había tenido tiempo para leer el editorial del *Diario del Pacífico,* de Cali, el 8 de abril de 1948: «Gaitán es un líder en trance de agonía». Nadie cercano al caudillo creía en tales premoniciones. Era la atmósfera política que se respiraba.

BOGOTÁ, 1:05 P. M.

Plinio Mendoza Neira necesitaba hablar con Gaitán sobre alguna cosa urgente. Fue a su oficina, y allí lo encontró departiendo con varios de sus amigos, entre ellos Pedro Eliseo Cruz, Alejandro Vallejo y Jorge Padilla. Comentaban sobre la intervención de Gaitán en la madrugada, en defensa del teniente Cortés, verdadero éxito oratorio que todos calificaron de brillante. El caudillo recibía los últimos elogios de sus amigos. Había sido su más importante triunfo como penalista y por eso se sentía alegre, eufórico; «reía con mucha complacencia», recuerda Plinio. Este lo invitó a almorzar, «Acepto. Pero te lo advierto, Plinio, que yo te cuesto caro», dijo Gaitán al disponerse a salir, con una de sus habituales carcajadas cuando se hallaba de buen humor. Todos abandonaron la oficina para tomar el ascensor del edificio Agustín Nieto. Al salir por el pasillo que daba a la calle, Plinio lo coge del brazo y le dice al oído: «Lo que tengo que decirte es muy corto».

Mendoza sintió de pronto que Gaitán retrocedía, tratando de cubrirse el rostro con las manos. Escuchó tres disparos consecutivos. Trató de ayudarlo. Gaitán, demudado, los ojos semiabiertos, un rictus amargo en los labios y los cabellos en desorden. Un hilillo de sangre corría bajo su cabeza.

Plinio Mendoza pudo ver en forma absolutamente nítida al individuo que disparaba. Intentó dar un paso adelante para arrojarse sobre él, pero el hombre levantó el revólver a la altura de su rostro. Plinio hizo el mismo ademán de Gaitán: quiso ponerse a salvo entrando de nuevo al edificio; en ese momento, el asesino bajaba el arma con deseos de apuntarle al caudillo, que yacía inmóvil sobre el pavimento. Luego fue retirándose, protegiéndose en la fuga con el revólver en la derecha, vacilante.

Pedro Eliseo Cruz precisa la imagen del criminal que nunca olvidaría: le faltaban tres pasos para llegar a la puerta y vio claramente el cuerpo del atacante y los movimientos de su brazo en tres posiciones, la primera alta, sincronizada con las tres detonaciones, sin que pudiera percibir el arma, ni la mano, ni la persona sobre la cual disparaba.

El asesino era un hombre cargado de pasión. Así lo define Alejandro Vallejo. Parece que en esos momentos el hombre les hizo un disparo a ellos. Luego retrocedió buscando la Avenida Jiménez. Demostraba un perfecto dominio sobre sí mismo, una gran energía, en sus ojos había una mirada de odio inconfundible.

En el primer instante, Jorge Padilla pensó que los disparos no eran de revólver. Pensó más bien en los fulminantes que los emboladores ponían sobre la línea del tranvía. Miró hacia la puerta, vio que apoyándose contra el borde de la piedra norte del edificio, con las piernas dobladas en posición de tiro, revólver en mano había un hombre. «Estoy seguro de que disparó desde ese punto en esa posición», recuerda Jorge Padilla. En total, oyó cuatro disparos.

Cruz, en su condición de médico, examinaba a Gaitán. Al levantarlo del suelo, daba señales de vida. Era una serie de quejidos sordos. Minutos después llevaron su cuerpo a un taxi que lo condujo a la Clínica Central.

A la una y cinco de la tarde se había parado el reloj de Gaitán. Años más tarde, el médico Yesid Trebert Orozco recordaría que de los impactos

recibidos por Gaitán, especialmente el que penetró en el cráneo a la altura de la protuberancia occipital, hemisferio izquierdo, a más o menos cinco centímetros, fue el mortal. Murió en el sitio del abaleo. «A él le quedó naturalmente la vida animal, como a los toros de lidia cuando les clavan la puntilla y todavía quedan con vida, pero sin sentido de ninguna clase». En la nueva exhumación del cadáver, diez años después, le encontrarían en la espalda el cuarto proyectil.

El corazón de Gaitán dejó de latir a las dos menos cuarto, en la Clínica Central. La noticia de su muerte se mantuvo en secreto, mientras los dirigentes liberales discutían lo que se debía hacer; el país había cambiado profundamente en ese instante. Bogotá comenzó a incendiarse. La tranquilidad de mediodía se convirtió en un volcán de pasiones incontroladas. La ciudad, como el país, vivió una de las experiencias más dramáticas de su historia. En adelante vendría otra historia.

«COSAS MUY PODEROSAS QUE NO LE PUEDO DECIR»

El asesino intenta escapar. Los lustrabotas enfurecidos gritan: «¡Mataron al doctor Gaitán, mataron al doctor Gaitán! ¡Cojan al asesino!» El dragoneante Carlos A. Jiménez lo captura. «No me vaya a matar, mi cabo...», le dice el hombre en tono lloroso, suplicante. Se aglomera la gente, lo desarman y lo meten a la Droguería Granada para salvarle la vida. De turno está Elías Quesada Anchicoque. Los policías y Quesada bajan la reja. El hombre trata de evadirse saltando una de las vitrinas de la droguería. Lo apresan, y Quesada le pregunta:

—¿Por qué ha cometido este crimen de matar al doctor Gaitán?

—¡Ay, señor, cosas poderosas que no le puedo decir! ¡Ay, Virgen del Carmen, sálveme...! –contestó el hombre en tono lastimero.

Entonces Quesada le preguntó:

—Dígame quién lo mandó a matar, porque a usted en estos momentos lo va a linchar el pueblo...

—No puedo... No puedo –respondió.

Instantes después, la multitud lo sacaría a la fuerza de la Droguería Granada y comenzaría a matarlo de físico dolor.

Su madre, Encarnación viuda de Roa, recuerda que estaba oyendo la radio de un vecino suyo, en la casa donde vivía, arreglando un vestido negro para ponerse de luto por la muerte de Gaitán, cuando escuchó la noticia de «que el reo del doctor Gaitán era Juan Roa Sierra, es decir, que el matador era mi hijo Juan». Ella, en los interrogatorios, dijo que Juan había trabajado en la legación alemana «más o menos un año en calidad de portero» y también que a su hijo le venía notando cosas raras, como por ejemplo creerse «Santander o un personaje así como Santander». Roa Sierra había abandonado el trabajo y se quedaba absorto, «con sus propios pensamientos». Ella lo acompañó a casa de un adivino alemán y en su presencia este le examinó a Juan una de las manos.

Su hermano, Eduardo Roa Sierra, dijo en la indagatoria por el asesinato de Gaitán, que Juan era miembro de la secta Rosacruz, que le vio muchas publicaciones de esa secta, que tenía un libro titulado *Dioses atómicos* y que recibía correspondencia de los Estados Unidos permanentemente. Era solitario en el habla, recuerda su hermano, costumbre que «fue una cosa más bien adquirida de hombre».

Su mujer, María de Jesús Forero de Salamanca, con quien Juan tenía una hija que hoy contaría 52 años, si viviera, declaró que él permanecía distraído. Con la madre de Juan hablaban sobre esto, pues «ella me decía que estaba asustada de que él pudiera resultar lo mismo que Gabriel, el hermano que está en Sibaté, con su mismo estado». Igualmente, recuerda que Juan Roa Sierra escribió una carta al presidente Ospina, en la que le expresaba que «es y ha sido el anhelo constante de mi alma el llegar a ser útil a mi patria, a mi familia y a la sociedad» Y que el medio propicio que ha encontrado es dirigirse a «vuestra excelencia». Nadie supo quién le escribió la carta y mucho menos en qué máquina la hizo.

Su mentor espiritual, el hombre que le leía las manos, el alemán Juan Umlaud, dijo que en la visita que Roa Sierra le hizo a su consultorio, el 7 de abril, lo había visto tranquilo y que al despedirse le expresó: «Solo, tengo que hacer la vida. Y solo, tengo que seguir». A esas alturas el asesino ya

había adquirido un viejo revólver y estaba gestionando la compra de los proyectiles. Juan Roa Sierra era el instrumento perfecto para un crimen de esta naturaleza.

El grito inicial fue espontáneo: «¡A Palacio...! ¡A Palacio!» La multitud vibra en su venganza cuando lleva a rastras el cuerpo de Roa Sierra. Todos quieren matarlo de dolor para vengar la sangre del jefe: patearlo, golpearlo, escupirlo, maldecirlo, profanarlo. El presidente del Directorio Liberal de Bogotá ordena llevarlo a Palacio. En ese recorrido por la Séptima hacia el sur, la multitud se detiene y en enjambre vuelve contra el cuerpo inerme del asesino: un hombre le patea la cabeza, otro le chuza el estómago con una lezna; la expresión de los rostros de aquellos hombres adoloridos es terrible cuando la venganza se desborda. Detrás, como una huella de todo su cuerpo, polvo esparcido, rastros que iban quedando por la Carrera Séptima entre los rieles del tranvía; luego los emboladores, como llevando una carretilla, lo arrastran de las piernas, y así sigue el espectáculo, sin que nadie lo detenga, hacia la Casa de Gobierno.

En las puertas del Palacio Presidencial, Roa Sierra ya estaba semidesnudo, en pantalón; su ropa, igual que su vida, había quedado atrás, como señales que debe devorar el olvido; con los materiales de construcción que había en la calle, tratan de amarrarlo y crucificarlo en las puertas de Palacio. Era la venganza y, a la vez, un acto simbólico que señalaba al gobierno conservador como culpable, la reacción repentina de un pueblo dominado por la emoción; en esos momentos sale un pelotón de la guardia presidencial y dispara. Los primeros muertos. Había sido el intento inicial de la toma de Palacio, un acto consciente de la población enfurecida. Al final, el cuerpo de Roa Sierra quedó abandonado frente al Palacio de Nariño, con dos corbatas al cuello, dos nudos distintos, un girón de calzoncillos y un anillo de metal blanco en la mano izquierda, con una calavera en medio de una herradura.

«¡ARMARSE!», TRAS LA ILUSIÓN DE LA TOMA DE PALACIO

La noticia del asesinato se ha esparcido por toda la ciudad y, como humo que se junta en oleadas, de los barrios pobres descienden, en una carrera loca, los artesanos, los obreros y la masa que buscan de inmediato, por instinto de conservación, elementos de defensa. Antes había sucedido un hecho insólito: muchos policías, por el temor de ser linchados, habían entregado sus armas, porque por las noticias transmitidas por la radio se culpaba a un policía chulavita del asesinato de Gaitán; otros lo hicieron porque sentían simpatía por el caudillo. «¡Armarse!» es la voz apremiante que sale de las emisoras tomadas por asalto por gentes de izquierda, liberales gaitanistas y comunistas, estudiantes e intelectuales. Asaltan las ferreterías, los almacenes que venden armas de caza, depósitos de construcción… Asaltan las bombas de gasolina y, enardecidos, empapan sus ropas en gasolina; los incendios crecen en oleadas en el centro de la ciudad. Y ese pueblo enardecido se mete al parlamento y desmantela las oficinas, quema documentos. Luego, piensa sorprender de nuevo a la guardia presidencial; sube por la Carrera Sexta y baja por la Carrera Octava para realizar la segunda intentona. Por todas las bocacalles cercanas se reproduce la misma escena. Esa masa, sin ninguna experiencia en ese tipo de combate, obsesiva en sus objetivos, llevando en alto machetes y algún fusil, se lanza temerariamente sobre Palacio. Pero la tropa responde sin contemplaciones. Los muertos se amontonan en abrazo final.

Cerca de las tres de la tarde cae sobre la ciudad un salvaje y terrible aguacero. Desde los techos, desde las azoteas, los francotiradores siembran la muerte. Y, desde el Colegio San Bartolomé, otros francotiradores detienen con sus disparos la avalancha popular que trata, una vez más, de llegar a Palacio.

La tierra trepida. Alguien alcanza a ver los tanques que vienen por la Carrera Séptima, de norte a sur. En la torreta que va adelante, como insignia de la paz, ondea un trapo blanco. Sobre los tanques, muchos hombres esperanzados del pueblo hacen ondear sus banderas rojas. «¡A Palacio!», grita el pueblo que piensa que son sus tanques. Gaitán, al defender al teniente Cortés, había alimentado la ilusión de hacer sentir su influencia en los bajos mandos del Ejército. Los tanques continúan avanzando

pesadamente, como gigantescas orugas; a su paso, en un acto reverencial, pañuelos blancos saludan a los soldados liberales. Al llegar cerca de Palacio, sobre la esquina de la Plaza de Bolívar, el primero voltea su torreta y apunta sus ametralladoras hacia la multitud. Antes había sucedido un hecho confuso y aún inexplicable. El primer tanque iba al mando del capitán Serpa, un militar de convicciones democráticas, a quien le disparan desde el interior cuando intenta salir. Muerto Serpa, quien ocupa su lugar ordena hacer fuego contra la masa. Centenares de cadáveres quedaron entrelazados en la Plaza de Bolívar.

Había culminado dolorosamente la derrota, en la primera etapa del levantamiento, cuya expresión había sido la espontaneidad con un claro contenido político; luego vendría la otra fase, la descomposición del movimiento que condujo a la población al alcohol y al saqueo de la ciudad en forma masiva. En la anarquía de esa masa adolorida, fue funesto el papel contradictorio desempeñado por la radio; si bien produjo la debida y necesaria agitación, creó con sus falsas noticias el desconcierto de las masas al confundir el subjetivismo y la fantasía, al lanzar por doquier la noticia de la caída del gobierno conservador. El pueblo se dedicó a festejar el triunfo radial, especialmente los sectores más humildes; vinieron los asaltos a las cantinas, a las cigarrerías, y ese pueblo se embriagó y comió en cantidades inusitadas, como nunca lo había hecho en su vida. Los discursos radiales crearon también la falsa ilusión de que el liberalismo asumía el control del gobierno en la persona de Darío Echandía, mientras llegaba al país Eduardo Santos, primer designado a la Presidencia de la República.

De las cárceles se escaparon cientos de presos comunes, que hicieron su deleite pasional en los asaltos de la ciudad, no solo quemando sus prontuarios, sino saqueando y empujando al pueblo a seguirlos en su fugaz destino. Y ese pueblo honroso en ofrendar su vida en los intentos de la toma de Palacio, en ese momento decisivo no encontró ninguna orientación ni vinculación con sus dirigentes; fue abandonado a su ilusión y a su propia derrota. Eran los resultados lógicos de un movimiento que cifraba todas sus esperanzas en la voz y en las promesas de su caudillo. Muerto este, desapareció hasta su sombra.

El ejército recupera la Radiodifusora Nacional, que había estado en manos de los rebeldes por unas horas. A las seis de la tarde había acordonado la ciudad, cuadra por cuadra, desde Palacio hasta la Calle 26 con la Carrera Séptima. Por la tarde se había dedicado a custodiar las sedes bancarias. En horas de la noche comenzaría la implacable cacería de la población embriagada y de muchos francotiradores que continuaban disparando desde los techos y las azoteas. Sería una noche plena y certera por la presencia de la muerte.

El pequeño –y no determinante como fuerza política– Partido Comunista, que había cometido un gravísimo error histórico al no votar por Gaitán en las elecciones de 1946, pero que a finales de 1947 había llegado a un acuerdo con el propio caudillo para apoyarlo en su campaña presidencial en 1950, había lanzado desde tempranas horas la consigna de la huelga general. La consigna había repercutido de inmediato, no por la fuerza de la convicción, sino por el arrastre de la población en forma espontánea. Nadie escuchaba en ese mar de locura masiva. Eran oídos sordos a cualquier orientación, porque no había tiempo para ninguna receptividad. La ciudad se había paralizado con la noticia del asesinato de Gaitán y cada cual era una rueda suelta, coyuntura que hizo más fácil que la orientación de los comunistas prendiera momentáneamente, porque a pesar de los esfuerzos ingentes que se hicieron no hubo en Bogotá una fuerza orgánica que lanzara consignas adecuadas para encausar el levantamiento. Los comunistas, así como los liberales de izquierda, intentaron crear un lazo de conducción, de coordinación, y todo se convirtió en un imposible humano.

SALIDAS POLÍTICAS

Los definitivos epicentros políticos del conflicto se perfilan en la noche. La Clínica Central y el periódico *El Tiempo* fueron los primeros sitios donde se conjugaron las distintas opciones de lo que debía hacerse. En la sala de radiografía de la citada clínica se nombró a Darío Echandía como jefe del Partido Liberal, mientras que en las calles el pueblo esperaba, frente al viejo

edificio, que se le diera una orientación concreta; sin embargo, durante la tarde, a las cuatro, solo recibió la infausta noticia de la muerte de su líder.

En la clínica había tres tendencias muy marcadas entre los dirigentes liberales. Unos hablaban de la necesidad de reestablecer la Unión Nacional. Otros señalaban al gobierno como el gestor de la violencia. Otros más, entre ellos Plinio Mendoza Neira, sostenían la idea de que lo correcto era tratar con el Ejército para dar un golpe militar. Al final triunfó la idea de los partidarios de restablecer la Unión Nacional para acabar con el levantamiento y la anarquía reinante. La recién nombrada Dirección Liberal marchó hacia Palacio. Mientras tanto, en *El Tiempo* se hablaba de otra solución: el inmediato regreso de Eduardo Santos para que asumiera la dirección del país como primer designado.

Comenzaba la batalla política. Ospina Pérez había pedido refuerzos militares al gobernador de Boyacá, José María Villarreal, y estos ya se hallaban en camino. Además, el presidente tenía una clara información de que el levantamiento estaba controlado. La Conferencia Panamericana fue suspendida y la mayoría de los delegados extranjeros quedó bajo la protección de la Guardia Presidencial.

En los locales de la emisora Últimas Noticias se había creado la llamada Junta Central Revolucionaria de Gobierno, que intentó desesperadamente convertirse en un factor de dirección y control de un movimiento que, al caer la tarde, se había desbordado en la anarquía más absoluta. La junta estaba integrada por Gerardo Molina, Adán Arriaga Andrade, Jorge Zalamea, Rómulo Guzmán, Carlos Restrepo Piedrahita y Carlos H. Pareja. Se intentó, mediante decretos leídos desde la misma emisora, dar orientaciones organizadoras. Pero ya nadie escuchaba. Entonces algunos de sus miembros se trasladaron a la Quinta División de Policía –donde estaban los uniformados insubordinados al mando del capitán Tito Orozco–, que esa noche permanecería umbilicada al cordón telefónico, en línea directa con Palacio, a la espera de las órdenes de la Dirección liberal. En esa división de policía estaría el joven Fidel Castro como un testigo excepcional de los acontecimientos.

Las conversaciones en Palacio a lo largo de la noche y la madrugada determinaron la solución política de los acontecimientos del 9 de abril. Estas se desarrollaron en tres fases: entre los dirigentes liberales y el presidente Ospina; entre el mandatario y los militares, y entre Ospina y Laureano Gómez.

A su llegada a Palacio, los liberales tratan de enfriar la tensión de posibles acusaciones y esconden sus primarias intenciones. Le relatan al presidente las peripecias que pasaron en las calles hasta llegar a la Casa de Gobierno, y a petición del mandatario, Plinio Mendoza Neira cuenta cómo se produjo el asesinato de Gaitán. Se ocultan estrategias, nadie quiere mostrar las cartas. Por ello, quien primero habla en nombre de los liberales no es un caracterizado político, sino un objetivo periodista, Luis Cano. Y lo hace en un lenguaje indirecto, dijéramos diplomático, cuando le expresa al presidente que se debe considerar alguna medida rápida, porque el tiempo apremia.

Ospina es quien pregunta sobre la posible medida que debe tomarse en estos instantes. Nadie se atreve a responder. Quizá no hay un acuerdo entre los dirigentes liberales, o simplemente están tanteando el terreno. El presidente insiste en su pregunta. Luis Cano responde que no venía preparado para la entrevista. El más decidido es Carlos Lleras Restrepo, quien expresa que cualquier medida que se asuma llegará demasiado tarde. Recuerda los acontecimientos que habían ocasionado el rompimiento de la Unión Nacional, que aún estaban frescos en la opinión pública, y señala que solo el retiro del presidente podría tener la eficacia suficiente para calmar la multitud exasperada. Lleras Restrepo es lo suficientemente claro al expresar más tarde, que ellos no habían ido a Palacio como representantes de las gentes amotinadas ni como portadores de un ultimátum que una revolución hiciera «por nuestro conducto al gobierno». La preocupación liberal era, ante todo, salvar el sistema constitucional. Ninguna otra.

Alfonso Araújo culpa al presidente de los incendios que cubren la ciudad y de los ametrallamientos del ejército. Compara la situación con lo ocurrido los días 8 y 9 de junio de 1929 y predice que el gobierno se mantendrá sólo por unas pocas horas. Ospina, muy tranquilo, responde que

el Ejército cumple con su deber elemental de defender la Constitución. Luis Cano concilia, pide cordura y cordialidad en las deliberaciones. Echandía es un hombre mudo, elegido sucesor de Gaitán en la Clínica Central, en ese transcurrir decisivo de la política, y observa a todos con una inmutable indiferencia, como si estuviera soñando o filosofando. Espera pacientemente los resultados de ese laberinto de palabras.

Mendoza Neira expresa con gran entusiasmo que Echandía, por su prestigio, es el único hombre capaz de contener la ira del pueblo, porque fue aclamado por la multitud al conocerse la noticia de la muerte de Gaitán. Es tan grave la situación que ni siquiera la presencia de López Pumarejo o de Santos en el gobierno lograría dominarla. Ospina es quien tiende la mano a los liberales para que aclaren cuál sería la fórmula. Les pregunta: «¿Ustedes lo que quieren es que el presidente se retire del poder?» Lleras Restrepo, de inmediato, acoge la propuesta sin ocultar la euforia. Pero Ospina es el dueño de la situación. Tenía ante sí, en ese momento decisivo de nuestra historia, a interlocutores que sólo expresaban «simples puntos de vista». Él, en cambio, estaba jugando con el tiempo, porque sabía todo lo que estaba sucediendo en la ciudad y en el país, a través de los informes telefónicos. Les contesta que no desea pasar a la historia como un traidor, arrojando el más horrible baldón sobre la memoria de sus antepasados. Y les da un argumento de peso: hay que pensar qué sucedería en los departamentos en caso de su renuncia. Por lo menos seis de estos marcharían a la reconquista del poder, si este les fuera arrebatado. Ospina habla, impasible, de la posibilidad de una guerra civil, ante el pasmo de quienes lo único que deseaban era mantener el orden establecido.

Se rompe así el encanto de una posible ilusión. Los rostros de los liberales se tornan lívidos de rabia, de impotencia ante la amenaza de la guerra civil. No cuentan sino con los efectos de las palabras. No tienen, o dicen no tener, la representación de ese pueblo al que están masacrando en las calles de la ciudad. Vienen luego las incriminaciones de que el gobierno es el culpable de la violencia. Ospina les pregunta nuevos detalles de su llegada a la casa presidencial. Lleras insiste en la fórmula del retiro del

mandatario, y este responde que saldrá vivo de Palacio cuando culmine su período.

Se equivocaron los liberales, porque siempre creyeron que el temperamento suave y las buenas maneras del primer mandatario eran expresión de un espíritu de naturaleza endeble. El legalismo liberal no podía encontrar sino una respuesta de su misma estirpe por parte de Ospina. Su renuncia habría significado, dolorosamente para los liberales, un golpe de Estado. El presidente nada prometió, nada avanzó ante los comisionados liberales, como no fuera su propósito de permanecer a todo trance en el poder.

Los delegados liberales mantenían comunicación con la dirección de *El Tiempo* y con la Quinta División de Policía. Allí había 700 hombres insubordinados, al mando del capitán Tito Orozco, y algunos políticos, como Adán Arriaga Andrade. Todos estaban sometidos a la encrucijada de esperar órdenes desde arriba, porque más influía en ellos la sicología de ser subalternos que cualquier otra motivación. Sujetos a las jerarquías militares o políticas, si no había instrucciones precisas no se movilizaban. Así que esperaban, de parte de los dirigentes liberales que estaban en Palacio, la orden de avanzar a la sede de gobierno; sin embargo, dicha orden no llegó en esa angustiosa y larga espera en la noche, entre el sueño y el cansancio, sin tomar ellos por su cuenta la decisión de hacer funcionar las armas.

En la madrugada del 10 de abril llegaron los generales de la república a Palacio y hablaron con el presidente sobre la posibilidad de que el Ejército participara en el gobierno como una fuerza decisoria. Ellos fueron enviados por Laureano Gómez, quien desde el Ministerio de Guerra creía que la solución debía ser militar y no política; en concreto, su idea consistía en formar una Junta Militar. Los argumentos expresados por los generales se basaban en las implicaciones que se estaban gestando por la grave situación de orden público que se vivía en el país. Los altos mandos habían movilizado sus fuerzas con cierto desgano, pero evidentemente mantenían la esperanza de ser, en cierto momento, el factor de poder que abriera nuevos rumbos al conflicto. Dijeron que la esposa de Gaitán y su hija, con el cadáver del líder asesinado, pensaban avanzar en manifestación hacia

Palacio, circunstancia que podría ocasionar sucesos graves en la capital y añadieron que seguramente esa manifestación estaría acompañada de un ataque coordinado con la Quinta División de Policía, insubordinada y dispuesta al ataque, y que el choque podría llegar a ser sangriento y producir muchos muertos. Finalmente, los generales propusieron al presidente la formación de una Junta Militar, ofreciéndole incluso la protección adecuada para su persona, su esposa y sus hijos.

Ospina asegura que lo fundamental es la protección de la patria por las Fuerzas Armadas, y no considera constitucional la solución de la Junta Militar porque no está cobijada entre las atribuciones de la Constitución. Les propone, finalmente, la posibilidad de que ellos integren un gabinete militar, pero los generales responden que no están de acuerdo con esa solución, pues ellos no conocen el manejo de las carteras ministeriales. Además, señalan que todos los generales no podrían ocupar ministerios, porque entonces no quedaría nadie para mandar la tropa en un momento tan complejo y decisivo. Los generales no estuvieron a la altura de sus ambiciones; les faltó una voz de mando. El presidente, aprovechando la oportunidad, les agradeció su «apoyo» y nombró al general Germán Ocampo para el Ministerio de Guerra.

Ospina había afrontado sagazmente la crisis militar que se le había planteado. Ahora le tocaba asumir y resolver las consecuencias de la furia de Laureano Gómez, quien estaba refugiado en el Ministerio de Guerra; el presidente se comunicó con el jefe del conservatismo por segunda vez a lo largo de esa noche y esa madrugada. Ospina ya tenía entre las manos los hilos de la solución política. Le dice a Gómez, aunque no lo siente, que le gustaría que lo siguiera acompañando en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Le comunica, a través de la línea telefónica, la nómina de los otros ministros, insistiendo en que su presencia en el gabinete era esencial para el gobierno, y que en caso de no aceptar Eduardo Zuleta Ángel ocuparía su lugar en el ministerio.

Posteriormente Laureano Gómez, desde su exilio voluntario en Madrid, reconstruyó aquella conversación con el presidente, y al respecto dijo que la insinuación por parte de Ospina para que se quedara en el

Ministerio de Relaciones Exteriores fue mínima; en cambio, el mandatario le planteó que la condición para que siguiera funcionando la Unión Nacional era que conservadores muy desteñidos y liberales muy caracterizados integraran el gabinete. Que la única interpretación que él le daba a esa conversación era que el presidente había resuelto prescindir de su nombre, y aclara que su opinión sobre aquellos momentos, en lo cual fue muy insistente, es que resultaba equivocado y funesto negociar con los liberales, porque el golpe del 9 de abril era netamente comunista y los dirigentes liberales que estaban en Palacio no tenían ninguna ascendencia sobre quienes incendiaban la ciudad. Sostuvo desde Madrid que en caso de una insurrección comunista, sólo el Ejército podía salvar a la sociedad colombiana. Recuerda muy dolorido que «fui destituido en la madrugada del 9 de abril, como el primer bocado para las fieras».

No obstante, aquel diálogo del 9 de abril había sido cordial, aunque a través del hilo telefónico se configuraba la división conservadora al derrumbarse, en ese instante, la ascendencia política que Gómez ejercía sobre Ospina. Más adelante se descubre el fondo de la razón que tuvo el presidente para no permitir que Laureano Gómez llegara esa madrugada a Palacio, tal como este pretendía. Era muy simple: Gómez habría impedido cualquier negociación con los liberales, y estos lo primero que pidieron fue la cabeza del jefe conservador.

EPÍLOGO

Ospina Pérez había propuesto a los liberales un gabinete de Unión Nacional como solución. Al sentirse sin las ataduras del jefe del conservatismo, el presidente llama a Darío Echandía, ya en la mañana del 10 de abril, le lee por teléfono la lista de los nombres que integrarían el gabinete, en el que el propio Echandía quedaría como ministro de gobierno. Los liberales aceptan. El mandatario, desde el punto de vista político, habla ganado la batalla; con ese acuerdo comenzó a gestarse lo que más tarde se conocería como el Frente Nacional. Con la división conservadora y la ambición de poder de

los generales, se gestaría también el golpe militar de Rojas Pinilla del 13 de junio de 1953.

Para el pueblo colombiano fue, en definitiva, una inmensa derrota en sus ilusiones, una dramática frustración, porque aquella tarde se enterró un futuro cercano que ya se vislumbraba. Colombia cambió su destino. Después vendría la oscura etapa de la Violencia en los años cincuenta, y a las espaldas quedaría, como oscura y amarga visión, la inutilidad de tantos muertos. Como siempre, el pueblo ofrendó su vida por unos ideales que quedaron sembrados entre las sombras de un brutal olvido.

---

[1] Publicado en el libro *El saqueo de una ilusión: el 9 de abril, 50 años después*, Revista Número Ediciones, 2007.

El cuerpo de Gaitán[2]

Herbert Braun

En las primeras horas de la madrugada del 10 de abril, las calles de Bogotá estaban desocupadas, salvo por los soldados que llegaron de Boyacá. Tras pasar toda la noche en la Clínica Central, doña Amparo podía llevar al fin a su casa el cuerpo de su marido. Le ayudó Pedro Eliseo Cruz, quien consiguió un ataúd sencillo en una funeraria cercana. Al no poder conseguir una carroza ni un camión, el ataúd fue colocado en una zorra. Lentamente recorrieron el camino desde el centro de Bogotá a la casa, unas treinta cuadras al norte.[3] Pero la historia no iba a terminar así.

A los convivialistas[4] no les quedaba más remedio que organizar un funeral público. Si enterraban de manera clandestina a Gaitán en una tumba anónima, inevitablemente harían de él un mártir y no podían reclamarlo como suyo. Al enterrarlo en público podrían tornarlo en un civilista; al no hacerlo lo convertían en un caudillo subversivo. Pero, ¿dónde enterrarlo? Al principio se dijo que el cuerpo de Gaitán iba a reposar, o bien en la Plaza de Bolívar, al lado de la estatua del Libertador, o bien en la Calle Real, en el sitio donde el jefe liberal Rafael Uribe fue asesinado en 1914.[5] Pero estos eran sitios públicos, donde con seguridad se convocaría al pueblo en manifestaciones futuras. Además, estaban dentro de «las cuadras prohibidas», la zona central donde la muchedumbre había efectuado la mayor destrucción, y que ahora estaban acordonadas por el ejército. Los convivialistas temían que la muchedumbre regresara al centro para el funeral. Enterrar a Gaitán a la vista del Palacio Presidencial era invitar a un motín más pavoroso que el primero. Pensaron en el Cementerio Central, a quince cuadras del centro, pero ese lugar también parecía muy arriesgado.

El problema más inmediato para los convivialistas era la viuda de Gaitán. Ellos no tenían el cadáver. En una larga conversación de la noche anterior, se habían olvidado del cuerpo del jefe caído, y ya un pequeño grupo de los gaitanistas más leales mantenían una vigilia armada para evitar

que se robaran el cuerpo del jefe.[6] Actuando básicamente por su propia cuenta, doña Amparo se negó con firmeza a autorizar el entierro mientras Ospina Pérez no fuera derrocado. Además, estipuló que ni Santos ni Lleras Restrepo podían ser presidentes.[7] Insistía en que el asesinato de su marido era un crimen político planeado en las más altas esferas del gobierno conservador, con la posible complicidad de jefes liberales, lo cual implicaba, naturalmente, que Santos y Lleras Restrepo habían tenido alguna participación. Además, los jefes sindicales se empeñaban en que la huelga general no se levantaría hasta que Ospina Pérez renunciara y Gaitán hubiera sido enterrado.[8]

En la mañana del 10 de abril se habían realizado pocas de las aspiraciones de los gaitanistas. No se veía por ninguna parte el cambio de gobierno que habían esperado se produjera durante la noche. Las calles vacías eran patrulladas por soldados a quienes no conocían. Las estaciones de radio que solían escuchar estaban en silencio, y sólo podían conseguirse algunos ejemplares de *El Liberal*. *El Tiempo, El Espectador* y *El Siglo* no aparecieron. A través de lacónicos e intermitentes anuncios en la Radio Nacional llegaba la noticia de que el régimen conservador permanecía en el poder. *El Liberal* confirmaba esa sorpresa. Nadie sabía con certeza lo acontecido, pero se difundió el rumor de que los jefes liberales, conforme a la vieja usanza, habían integrado un gobierno de coalición con los conservadores. Pero quedaban algunas esperanzas, ya que, según *El Liberal,* los liberales estaban en control de diversas ciudades y alcaldías.[9]

De acuerdo con las informaciones oficiales, se había restablecido el orden en Bogotá y en la mayor parte de la nación. Pero no era el orden de la multitud. Vivían en estado de sitio y con un toque de queda a las 6 p. m.[10] Nadie sabía dónde estaba el cadáver de Gaitán. Pocas personas se atrevían a salir a la calle. A quienes lo hacían, los soldados les ordenaban caminar con los brazos en alto, haciéndolos verse tan vulnerables como efectivamente se sentían. No podían ponerse los vestidos nuevos por temor de que los militares los detuvieran o incluso de que los escarnecieran sus vecinos. Un sentido de culpa se sumaba al dolor y a la confusión.

Era sábado, cuando normalmente se trabajaba medio día, pero las instrucciones de la Radio Nacional eran de permanecer en casa. Continuaba la huelga general. Los empleados de los bancos y del gobierno sabían que las oficinas no irían a funcionar. Los recolectores de basura y los barrenderos comprendieron que ese día no empezaría su monumental tarea. No había transporte público, y muchos conductores del tranvía sabían que sus vehículos estaban destruidos. Los policías, hubiéranse o no sumado a la muchedumbre, temieron que los fueran a destituir[11]. Eran pocos los bogotanos que tenían en sus casas comida para más de dos días.

Ese orden ajeno no era tan total como lo pretendía el gobierno. Los liberales en la Estación Quinta de Policía no se entregaron hasta el 12 de abril, cuando el nuevo gobierno de coalición se aprestaba a bombardear el edificio con aviones y con artillería pesada.[12] En su primer acto como ministro de Gobierno, Echandía intentó sin éxito obtener de Ospina Pérez la promesa de una amnistía política para los rebeldes, y trató de convencerlos de que abandonaran el edificio, rogándoles que no fueran a cometer ninguna imprudencia. Echandía creía que los rebeldes estaban fuertemente armados. En realidad, Arriaga Andrade nunca distribuyó las pistolas, y los fusiles seguían bajo llave en la estación. Los rebeldes estaban indefensos y se rindieron al ejército.[13]

Por la mañana, el Colegio de La Salle, uno de los pocos establecimientos religiosos que no había sido atacado la víspera, fue arrasado por un incendio. Pequeñas pandillas saqueaban los depósitos del municipio y algunas plazas de mercado, que el Ejército había dejado sin protección.[14]

Para los gaitanistas lo más grave era el rumor de que su jefe no había sido asesinado por los conservadores sino por un hombre a quien nadie conocía, un vagabundo común y corriente que aparentemente había actuado por motivos de venganza personal.[15]

Creyéranlo o no, la noticia los despojaba de una explicación comprensible, política, para la muerte de su jefe. Una cosa era que lo hubiera matado el gobierno pues esto era confirmación de su poderío y de su prestigio, del peligro que había llegado a simbolizar; otra muy distinta

era que lo hubieran matado por cuestiones puramente personales. Su muerte perdía así todo sentido y resultaba imposible de aceptar.

En la noche del 11 de abril el presidente le hablo a la nación. Al referirse a su audiencia como «colombianos», se dirigió a conservadores y liberales, obreros y campesinos, a todos los ciudadanos de la nación colombiana.[16] «Jamás una ciudad fue sometida, como Bogotá, a más tremendo sacrificio», manifestó. «Sus edificios, sus monumentos, sus ricas mansiones fueron objeto de la más vandálica destrucción que redujo a escombros obras de arte y de belleza, orgullo de la cultura colombiana. Cuando habíamos construido con inmenso esfuerzo para presentarnos decorosamente ante las naciones amigas, fue bárbaramente aniquilado [...] La historia nacional no conoce una página más vergonzosa de profanación y cobardía. Una urbe generosa como la capital de la república, que les ha abierto siempre sus puertas hospitalarias a los hijos de la patria, no merecía tanta humillación y tanta afrenta. En nombre de la cultura yo condeno estos atentados que nos postran ante el mundo civilizado».

El presidente podía hablar con el lenguaje moralista de la vida pública a los «hombres y mujeres de mi patria» porque su vista iba más allá de las fronteras nacionales. No solo le preocupaban la imagen de Colombia en el exterior y la impresión que fueran a llevarse los ministros extranjeros y sus delegaciones, sino que creía también que esos «brotes de salvajismo» no procedían del país. «Extrañas, sí, extrañas fueron aquellas manos que se alzaron criminalmente», proclamó. «No fue el pueblo de Colombia; no fueron brazos patriotas los que prendieron fuego a los edificios históricos, a los almacenes, a los colegios, a los templos, a los hogares, a los modestos talleres. Fue un espíritu ajeno a nosotros [...] Estamos ante un movimiento de inspiración y prácticas comunistas».[17] Ospina Pérez estaba convencido desde la noche del 9 de abril de que los comunistas eran responsables de la asonada. Sólo así se podía explicar lo sucedido. El pueblo era incapaz de hacer tales cosas.[18]

Algunos de los que escuchaban el calmoso discurso del presidente se sintieron seguros y tranquilos. Muchos más fueron los que quedaron perplejos. Los que habían asaltado Palacio, robado almacenes, destruido

San Carlos y otros edificios históricos no sabían que los comunistas les ordenaron hacerlo. Eran pocos lo que podían sentirse orgullosos de sus actos, especialmente cuando estos no provocaron un cambio de gobierno; incluso, debían sentirse un poco avergonzados.[19] Pero sabían también que sus acciones eran resultado de su indignación y expresión de su furia. ¿Era posible que los hubieran manipulado? ¿Su cólera había sido utilizada por gentes a las que no conocían? ¿La destrucción de los edificios de Bogotá se produjo, no a causa de su odio, sino de un plan elaborado fuera de las fronteras colombianas? ¿Alguien los había incitado a saquear?

Estas preguntas se abrieron camino inevitablemente en la mente de los amotinados.[20] No tenían pruebas para refutar los asertos del presidente. Los momentos después del asesinato de Gaitán fueron tan confusos que podían contemplar la posibilidad de haber sido manipulados. Muchos de ellos casi no podían creer lo que habían hecho. Al mismo tiempo la idea de conspiradores comunistas tenía cierto sentido. Para algunos de los amotinados era una idea tranquilizante. Las acusaciones del presidente implicaban que ellos no habían sido responsables de sus actos.

La explicación de Ospina Pérez absolvía de igual forma a los convivialistas de complicidad en el asesinato de Gaitán y de responsabilidad por el motín. Si el asunto se había incubado por fuera del país no podían ser tenidos como responsables de las condiciones sociales que pudieron haber provocado tal estallido. No podía ponerse en tela de juicio su lugar en la sociedad, como personajes públicos. Si el Bogotazo había sido causado por los comunistas, todavía era posible la vida pública en Colombia.

El gobierno trató de respaldar sus cargos. Fueron allanadas casas de extranjeros en busca de pruebas comprometedoras. Los jefes del Partido Comunista terminaron en la cárcel, y los periódicos publicaron informes detallados de sus actividades en los meses anteriores. A los ojos del gobierno, sus críticas contra la Conferencia Panamericana bastaban para implicarlos en el asesinato de Gaitán y en el motín. La noche del 9 de abril el gobierno afirmaba ya que el asesino había sido un comunista.[21] El jefe izquierdista venezolano Rómulo Betancourt, quien encabezaba la

delegación de su país a la conferencia, fue mencionado específicamente, y se investigaron sus conexiones con la izquierda colombiana.[22] El 12 de abril el corresponsal de *The New York Times*, Milton Braker, despachó desde Balboa, en Panamá, la primera información no censurada sobre el motín. En ella decía que el gobierno colombiano incitaba a los corresponsales a enfatizar «el factor comunista» en sus despachos. Los que recalcaban la «normalidad» y la eficacia del Ejército y soslayaban los temas políticos no tendrían ningún problema con la censura.[23]

La teoría de una conspiración no obtuvo al principio muchos adherentes. Aunque los telegramas del embajador Beaulac al Departamento de Estado en la tarde del 9 de abril aseveraban que turbas dirigidas por los comunistas se habían apoderado de la ciudad, a órdenes de locutores de radio comunistas,[24] Washington tenía sus dudas y el secretario de Estado Marshall guardó silencio sobre el tema en Bogotá hasta el 12 de abril. El 11 un editorial de *The New York times* llegó a la conclusión de que el Bogotazo fue una revolución puramente política. Aparentemente el pequeño Partido Comunista Colombiano no instigó el motín, «pero se precipitó a tratar de sacarle provecho».[25] Muchos de los delegados extranjeros también se mantuvieron escépticos. Pero Thomas Dewey, el candidato republicano a la Presidencia, sostuvo el 10 de abril que el Bogotazo se conformaba a «un patrón clásicamente comunista».[26]

El día 12, el secretario Marshall afirmó que había seguido «el mismo patrón definido de los acontecimientos que provocaron las huelgas en Francia e Italia». Le atribuyó la responsabilidad a Moscú.[27] Ese día Colombia rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.[28] El 19, una subcomisión de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos inició unas audiencias sobre el asunto.[29] El pueblo de Bogotá estaba siendo explotado por políticos norteamericanos que lo desconocían completamente, con el fin de promover tanto sus propias carreras políticas como para azuzar la mentalidad de la Guerra Fría, que entonces empezaba a tomar vuelo.

El 14 la Conferencia Panamericana reanudó sus deliberaciones en el Gimnasio Moderno, un colegio liberal en el norte de Bogotá. Aunque el secretario Marshall se marchó pronto y muchas delegaciones, al igual que numerosos ciudadanos norteamericanos, fueron evacuados de la ciudad, la conferencia prosiguió sus trabajos hasta fines del mes. Marshall no quiso irse hasta que se aprobó una declaración en la que se afirmaba que el comunismo era un agente extranjero «incompatible con la libertad americana y con la dignidad del individuo».[30] La resolución figuraba en la agenda inicial. Después del motín no quedaron dudas sobre su aprobación.

El entierro de Gaitán, previsto inicialmente para el día 12, fue aplazado tres veces.[31] El 15 los liberales convencieron a Víctor Julio Silva, de la CTC, de que levantara la huelga general. El 17 llegaron a un acuerdo con doña Amparo. Ofrecieron comprar la casa de Gaitán y convertirla en monumento nacional y eventualmente en un gran museo para el pueblo si doña Amparo permitía que Gaitán fuera enterrado allí. Doña Amparo recordó que Franklin Roosevelt había sido enterrado en el jardín de su residencia y pensó que el de la suya era un sitio apropiado de reposo para su marido.[32] Convino también en asistir a los funerales, sin desempeñar ningún papel en ellos, y en retirar su exigencia de la renuncia de Ospina Pérez.

La solución rebasaba las mejores esperanzas de los convivialistas. No había que mover a Gaitán; quedaría enterrado fuera del centro de la ciudad, y en una casa privada, no en ninguno de los lugares históricos del centro. Sin duda el pueblo se sentiría orgulloso y satisfecho de ver la casa de su jefe convertida en monumento público, pero hallaría poco espacio para congregarse en las estrechas calles residenciales del barrio. Gaitán, el intruso de la convivencia, quedaría por fuera del área física de la vida pública.

Tomada esa decisión, los liberales, que eran los responsables de enterrar al jefe caído, y en vista de que no se le otorgarían los honores de un entierro oficial, decidieron convertir la ceremonia en una demostración masiva para restaurar su influencia sobre la muchedumbre. Deliberadamente trataron de imitar la disciplina y el talante sombrío de la

Manifestación del Silencio. La ocasión, claro está, se prestaba como ninguna para tal efecto. Los gaitanistas de *Jornada* llegaron hasta rogarles a los seguidores de Gaitán que se comportaran como en aquella fecha histórica.[33] El silencio del pueblo significaría que los liberales controlaban la muchedumbre y que esta aceptaba su jefatura. Los jefes liberales manejaron el duelo del pueblo para que este asumiera una vez más su papel pasivo dentro de la vida nacional. Sobre el silencio del pueblo intentaron imponer su arte oratorio.

Los liberales no llegaron a entender el significado del ritual producido hacía dos meses por Gaitán. El silencio que había creado en la Plaza de Bolívar era el símbolo de un pueblo que exigía la vida, que no aceptaba la muerte. La manifestación había sido dirigida contra un gobierno en protesta por la violencia infligida desde el poder. El entierro era dirigido contra el pueblo, a fin de domeñar la violencia que había cometido contra la sociedad. El 7 de febrero Gaitán le había rogado al presidente que llevara el orden a las vidas del pueblo. Al hablar en nombre de este, había desafiado las jerarquías tradicionales de la vida pública. Los liberales querían restaurar esas jerarquías mediante un espectáculo público en el que el pueblo volviera a ser tan sólo un espectador pasivo.

En vida, Gaitán se había situado entre los políticos y el pueblo. Ahora los convivialistas se enfrentaban al pueblo sin él. La ceremonia fue breve. Se efectuó en el Parque Nacional, a unas cuadras de la casa de Gaitán. Como no había tribuna, se improvisó un escenario y se colocaron altoparlantes en los árboles. Los oradores hablaron ante más de cien mil personas.[34] Dos eran gaitanistas. Darío Samper y Jorge Uribe Márquez pronunciaron elegías elocuentes y desgarradoras. Pero el discurso principal estuvo a cargo de Carlos Lleras Restrepo, nuevo jefe del Partido Liberal y uno de los enemigos más constantes de Gaitán. Cuando se levantó a hablar, algunos en la multitud le volvieron la espalda.[35]

Habló con voz serena, característica, escasamente audible, «Señores liberales: se inicia aquí el desfile de las masas del pueblo que van a rendir su postrer homenaje al cadáver de quien hasta hace pocos días vieron a su

cabeza, indomable y fuerte, como un símbolo de todos los anhelos populares [...]».[36]

Lleras Restrepo habló de la única forma como sabía hacerlo. De pie frente al pueblo, no le hablaba a él, sino que hablaba de él. A través del pueblo se dirigía a los otros jefes políticos, a los «señores liberales», a los que tenían el poder para influir sobre la historia. Lleras Restrepo estaba otra vez colocando la oratoria en su sitio, como una expresión de la vida pública. Afirmó que compartía «la pena del pueblo». Habló de la relación del pueblo con Gaitán como si el pueblo fuera una entidad situada más allá del ámbito de su propia existencia. Les dijo a los otros jefes lo que estos sabían ya muy bien. «Por unas semanas, por meses, por años, mantuvo con el pueblo un diálogo ininterrumpido cuyo solo recuerdo causa asombro, y llegó un momento en que ya no fue posible distinguir entre esas dos voces: la de Gaitán y la del pueblo».

Las palabras de Lleras Restrepo mostraban que él también había entendido lo que fue Gaitán. El orador exhortó a sus copartidarios a que siguieran su ejemplo, ya que el caudillo triunfó donde ellos habían fracasado. Gaitán había tenido la sensibilidad «para recoger el vago clamor de las multitudes agitadas». Después de Gaitán no se podía excluir al pueblo de la vida pública. «Atrás queda el gesto vanidoso de quienes creen poder sacar de sus propias cabezas todos los programas políticos, como si estos no tuvieran que ser forzosamente la sistemática y ordenada interpretación de los anhelos populares. Atrás queda el aristocrático aislamiento de los grupos rectores [...] Atrás las orientaciones imaginadas en círculos estrechos, que no se cree necesario explicar abiertamente en el aire libre del ágora». Pidió establecer vínculos más fuertes entre jefes y seguidores. «No podrá ya hacerse en Colombia una política que merezca tal nombre sino con el pueblo [...] Nada remediaremos con alejarnos de las masas y con hacer que se sientan extrañas a nosotros».[37]

En su oración fúnebre, Lleras Restrepo reveló la honda grieta que existía entre los políticos y el pueblo. Era como si en Colombia dirigentes y dirigidos vivieran en países distintos. Los que lloraban a Gaitán escasamente podían sentir que habían participado en su entierro.

Después de los tres cortos discursos, una procesión de los dirigentes, encabezada por doña Amparo y su hija Gloria, de once años, se encaminó a la reunión con el cuerpo de Gaitán. Ante el rápido paso de los liberales, ellas fueron quedando atrás. Los jefes cruzaron la angosta puerta de la casa antes que ellas. *El Tiempo* había explicado que a causa de «problemas técnicos» el cadáver no podía ser enterrado en el jardín.[38] Aparentemente, hasta el jardín resultaba un santuario demasiado accesible. Un desconocido capellán del Ejército y dos curas párrocos oficiaron mientras el ataúd descendía a un hueco hondo en la sala de la casa.[39] Se guardó un minuto de silencio. Los jefes liberales se marcharon rápidamente.[40] Por la tarde el pueblo hizo cola para entrar a la casa y ofrecer sus condolencias. Poco después del toque de queda las puertas de la casa se cerraron. Para los convivialistas se había vuelto a establecer en Bogotá cierto grado de civilidad. El pueblo se quedó por fuera.

---

[2] Publicado en *Mataron a Gaitán*, Punto de lectura, 2013.

[3] Esta afirmación me fue suministrada por doña Amparo Jaramillo vda. de Gaitán, en los meses de noviembre y diciembre de 1978. Doña Amparo no deseaba ser entrevistada, pero muy amablemente y en varias ocasiones me recibió en su casa. No tomé nota durante nuestras conversaciones.

[4] Gaitán criticaba el orden «convivialista», en el que la política se practicaba en círculos cerrados, es decir, que solo unas cuantas personalidades decidían el futuro del país, ahí donde se encontraba concentrada la oligarquía que mantenía dominado cada ámbito de la vida en el país. (Nota del editor)

[5] *El Liberal,* 11 de abril de 1948, pág. 1.

[6] Entrevista 5, con Pío Nono Barbosa Barbosa, 9 de abril de 1979.

[7] DEEU, Archivos Consulares de Bogotá, 800, *Colombian Revolution,* de Beaulac al secretario de Estado, telegrama No. 248, 14 de abril de 1948.

[8] *Ibid*., de Beaulac al secretario de Estado, telegrama No. 258, 15 de abril de 1948.

[9] *El Liberal*, 10 de abril de 1948, pág. 1.

[10] Decreto No. 1239, 10 de abril de 1948. *Diario Oficial,* vol. 2, 1948, pág. 289.

[11] Entrevista 36, con el oficial de policía Salvador Millán, 27 de noviembre de 1979, y entrevista 38, con Heliodoro Africano, 28 de noviembre de 1979.

[12] DEEU, Archivo Decimal 821.00/5.748, despacho de Beaulac al secretario de Estado, 7 de mayo de 1948, pág. 7.

[13] Entrevista con Arriaga Andrade.

[14] *El Liberal,* abril de 1948, pág. 1; *El Tiempo*, 16 de abril de 1948, pág. 1.

[15] La idea más generalizada es la de que Juan Roa Sierra fue el asesino. Era un hombre pobre de Bogotá, usualmente desempleado, sin convicciones políticas profundas, que al parecer había

alardeado en público sus intenciones de matar a Gaitán. Aunque la investigación del asesinato de Gaitán, que duró 25 años (1948-1973) y sólo fue dada a la luz pública en 1978, nunca estableció plenamente un motivo para el crimen, se descubrieron pocas alternativas convincentes. Un tal César Bemal Cordovez («el Flaco») habría podido ser cómplice, pero nunca fue interrogado, si bien pasó muchos años en el hospital mental, PROG, vol. 24b, folio 422-436 (1959).

Un hombre de nombre Roa Sierra había solicitado una entrevista con Gaitán, y un hombre cuya apariencia general semejaba la de Roa Sierra estuvo merodeando en los alrededores de la oficina de Gaitán acompañado de otro hombre. Un grupo de investigadores apenas si pudo obtener las huellas digitales de un hombre desnudo, con una corbata anudada al cuello, que yacía fuera del Palacio a eso de las 2:30, momentos después de que la Guardia despejó la calle (PROG, vol. 1A, folios 5-6, 6-17). Al día siguiente, un cuerpo similarmente desnudo, pero con dos corbatas, fue hallado en el Cementerio Central, a donde muchos de los muertos fueron transportados por la marina (entrevista 16, con Alberto Vejarano Laverde, 21 de septiembre de 1979). A pesar de estar bastante mutilado, el cuerpo fue identificado por los investigadores que habían tomado las huellas el día anterior como el mismo que habían visto frente al Palacio. El cuerpo fue identificado como el de Roa Sierra por su amante, su madre y sus tres hermanos (PROG, vol. 1A, folios 37-64; vol. 1B, folio 48 y folios 111-17, 179-171). Fue identificado por el doctor Jorge Cavelier, quien había practicado una apendicectomía a Roa Sierra en 1941 (PROG, vol. 1A, folio 16). El arma condujo también a Roa Sierra. Hay poca evidencia para implicar a otras personas, o para sugerir que tenía conexiones con políticos de importancia o con comunistas. Si acaso, Roa Sierra pudo haber sido azuzado por algunos oponentes de Gaitán que conociesen sus siniestras intenciones.

Para los puntos de vista del primer fiscal, véase Ricardo Jordán Jiménez, *Dos viernes trágicos* (Bogotá: Editorial Horizontes, 1968). Jordán incluye el trabajo del grupo especial enviado por la Scotland Yard por disposición de Mariano Ospina Pérez y Eduardo Zuleta Ángel (págs. 173-221). Poco lograron los investigadores, en buena parte porque no hablaban español. Su misión original había sido la de reorganizar la policía. Para su informe final, véase PROG, vol. 32, folio 191-200.

[16] República de Colombia, *El Gobierno de la Unión Nacional*, 5 vols. (Bogotá: Imprenta Nacional, 1950), 5, págs. 403-410.

[17] *Ibid*., págs. 405-406, 409.

[18] Avante, 11 de julio de 1948, pág. 1; PROG, vol. 24B, folios 314-315 (testimonio de Mariano Ospina Pérez).

[19] La idea de que los amotinados estaban avergonzados de sus acciones es parte de la historia «oficial» del Bogotazo. La mayor parte de la información de que dispongo proviene de esa historia oficial y de las entrevistas que tuve con gaitanistas de importancia. Estoy convencido de su sinceridad al decirme que ellos no habían participado en la destrucción y en el saqueo, en buena parte por su fuerte compromiso con el orden y la moral. Todos los gaitanistas que entrevisté sentían, sin embargo, que la revuelta había sido el fruto de los peores instintos del pueblo, los cuales no quisieron ni condenar de plano, ni defender.

[20] Todos los gaitanistas entrevistados se mofaron de la idea de que la revuelta hubiese tenido inspiración comunista, y de que el asesinato de Gaitán hubiese sido parte de una conspiración internacional, o que el pueblo hubiese sido manipulado por extranjeros. Todos ellos comprendían que los dirigentes de los partidos deseaban descargar la culpa a terceros. Doña Amparo reaccionó con furor ante tales sugerencias en los días siguientes al asesinato de su esposo. Estaba

convencida de que el responsable de la muerte de Gaitán fue el régimen conservador, que por lo demás intentaba descargar la culpa en otro lado. Sin embargo, cuando yo insistía en la idea con los gaitanistas, muchos de ellos aceptaron fácilmente la posibilidad de que la multitud hubiese sido manipulada por comunistas. Al entrevistarlos tuve la sensación de que muchos de ellos habían pensado ya seriamente en esa posibilidad.

[21] DEEU, Archivo Decimal 821.00/4.948. Telegrama entrante No. 197, 9 de abril de 1948, 10 p. m.; *La Razón*, 13 de abril de 1948, pág. 1.

[22] *The New York Times*, 16 de abril de 1948, pág. 1. En lo relacionado con los intentos de atribuir la responsabilidad a los comunistas, véase Alberto Niño H., *Antecedentes y secretos del nueve de abril* (Bogotá: Editorial Pax, 1949); José María Nieto Rojas, *La batalla contra el comunismo en Colombia* (Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones, 1956); Francisco Fandiño Silva, *La penetración soviética en América Latina y el nueve de abril* (Bogotá: Editorial ABC, 1949); Raúl Andrade, *La nacional negra en Colombia y otros ensayos* (Quito: Editorial Quito, 1954); DEEU, Archivos Consulares de Bogotá, 800, Colombian Revolution, SC, memorandos confidenciales No. 311, 20 de mayo de 1948, y sin número, 21 de mayo de 1948.

La única persona que fue encontrada culpable de traición fue el capitán José Phillips, pero por su condición de militar fue sentenciado a dos años de prisión (Entrevista 47, con José Phillips, 4 de diciembre de 1979; *El Tiempo*, 18 de junio de 1948, pág. 8). Otro oficial militar, el capitán Elías Escobar Salamanca, fue llevado a juicio, del cual salió absuelto (Entrevista 39 con Elías Escobar Salamanca, 29 de noviembre de 1979). Tres liberales se fueron al exilio a Venezuela, amenazados y perseguidos, e incluso muchos pasaron algunos meses en prisión. Ninguno fue juzgado realmente. Rómulo Guzmán fue detenido por lo menos tres veces antes de que el Congreso reiniciara sus actividades y le otorgara inmunidad.

[23] *The New York Times,* 13 de abril de 1948, pág. 4.

[24] DEEU, Archivo Decimal 821.00/4.948. Telegramas entrantes Nos. 192, 4:00 p. m. y 193, 5:53 p. m.

[25] *The New York Times,* 11 de abril de 1948, sección 4, pág. 10.

[26] *Ibid*., 11 de abril de 1948, pág. 37.

[27] *Ibid*., 13 de abril de 1948, pág. 1.

[28] En realidad, la ruptura de relaciones diplomáticas no fue oficial sino hasta el 3 de mayo de 1948 (*ibid*., 13 de abril de 1948, págs. 1, 26; 4 de mayo de 1948, pág. 1). Mientras tanto, ni siquiera los diplomáticos soviéticos sabían si se habían roto o no.

[29] *Ibid*., 16 de abril de 1948, pág. 1.

[30] *Ibid*., 23 de abril de 1948, pág. 1.

[31] *Ibid*., 14 de abril, pág. 10; 15 de abril, págs. 1, 17; 17 de abril de 1948, pág. 7; 18 de abril de 1948, pág. 1.

[32] Conversaciones con doña Amparo Jaramillo vda. de Gaitán, noviembre de 1978.

[33] *Jornada,* 20 de abril de 1948, pág. 4.

[34] Esta es la cifra citada en la prensa nacional. Fue la misma que se informó sobre la Manifestación del Silencio del 7 de febrero. Antes del funeral, *The New York Times* calculó que se esperaban 100 mil asistentes. Sin embargo, el diario de los Estados Unidos concluyó que tan solo 20 mil se hicieron presentes (21 de abril de 1948). Los convivialistas no tenían una mayor experiencia en el cálculo de las muchedumbres y tenían interés en alegar un resultado alto. Pudo suceder que muchos dejaran de asistir a la ceremonia por ser patrocinada por los liberales o por temor a nuevos brotes de violencia.

[35] Entrevista con Ricaurte.

[36] El discurso está impreso en *El Tiempo*, 21 de abril de 1948, pág. 13.

[37] *Ibid*.

[38] *Ibid*., 19 de abril de 1948, pág. 9.

[39] Pío Nono Barbosa Barbosa, quien adujo no haber salido de la casa desde el 10 hasta el 21, comentó al autor que él nunca había visto una fosa tan profunda. La bóveda estaba revestida de cemento, y el féretro de Gaitán se introdujo en una urna de tres láminas de zinc. *El Tiempo*, 21 de abril de 1948, pág. 16; *The New York Times*, 21 de abril de 1948, pág. 16.

[40] Conversaciones con doña Amparo Jaramillo vda. de Gaitán, noviembre de 1978.

Jorge Eliécer

Jorge Eliécer Gaitán[41]

Lucas Caballero, Klim

La vida de Forfeliécer, como más frecuentemente se conoce al doctor Gaitán, es lo mismo que uno de esos accidentados gráficos de temperatura que hay a la cabecera de los enfermos. Un día goza de enorme prestigio, al siguiente desciende hasta el asfalto, se vuelve a elevar luego y más tarde se precipita en barrena contra el suelo.

La niñez y la juventud del doctor Gaitán fueron duras, como las de todas las personas que pertenecen económicamente a las clases menos favorecidas. Pero su grande ambición, tan aguda como sus colmillos antes de ser *descogotados*, lo disparó a los primeros planos de la atención nacional.

El Forfeliécer fue el prototipo del *chifoca* en sus años mozos. Medias negras de color indefinido hasta más arriba de las rodillas, cachucha ladeada sobre la oreja derecha, cuello de celuloide con corbata escocesa y mirada conquistadora y fanfarrona. Era el tipo clásico del estudiante que invita a *coquiar* a sus compañeros de clase en el recreo.

Tenía, naturalmente, la peculiar terminología de los alumnos del Politécnico. Decía que prenderse andando de los tranvías era algo *meco*; que los helados eran una cosa *número uno A* y que había una china que tenía unos *tarros* algo *flex*. Cuando le contaban un hecho sensacional decía por único comentario: *aijuemíchica* o *¡ah feroz tiple!* y para iniciar sus peleas provocaba al adversario con esta frase lapidaria: *escupa, manteco...*

Pero al mismo tiempo era muy estudioso, obtenía las mejores calificaciones en todas las asignaturas y era el encargado de recitar en las fiestas del Instituto las composiciones alusivas al santo del Hermano Prefecto. Desde entonces comenzó a descollar.



Actualmente, el Forfeliécer es un señor que le queda mal a la ropa, de facciones afiladas, frente muy calzada sobre las sienes y una tonalidad *marrón foncé* que no desdeñaría tener ningún sobresaliente de espada. Esto no quiere decir que, ataviado convenientemente, con grandes aros en las orejas raboegallo en la cabeza, trenzas al aceite, blusa y falda de zaraza, no pudiera también ganarse honorablemente la vida diciendo la buenaventura como cualquier gitana. Y en cuanto el raboegallo se reemplazara por una mantilla de blonda y la falda de zaraza por una saya desteñida, el doctor Gaitán podría obtener sin ningún tropiezo una beca en el Sindicato de la Aguja o en el Dividivi, lugares estos en donde reciben apoyo las señoras honorables atropelladas por la vida.

Afortunadamente, el doctor Gaitán no necesita de estos expedientes para poder vivir, porque tiene una oficina de abogado con abundante clientela y es un penalista muy notable. Ha sido senador, representante, diputado y ministro del despacho, y su mayor empeño es el de llegar algún día a ser presidente, para lo cual cuenta ya con varios votos; el de su familia, el de un escogido sector de las clases populares y el de su factótum de toda la vida, señor Gaitán Pardo. Y «de grano en grano, llena la gallina el buche», como decía él en sus buenos tiempos de billarista.



Lo verdaderamente característico en el doctor Gaitán es, sin embargo, el hablado, que consiste en decir las palabras con los dientes apretados y la lengua contra el paladar, comunicándoles al lanzarlas un golpeado peculiar. Dicha característica le permitió al doctor Gaitán llegar hasta el corazón de las clases populares , y los individuos que podían hablar así hace diez años fundaron un partido que se llamó la UNIR.

Para ser miembro de la UNIR había que dar una pequeña cuota mensual y ofrecer bajo juramento votar por el Forfeliécer para presidente de la república.

Pero el requisito esencial era el de la pulcritud ortológica que el mismo doctor Gaitán se encargaba de verificar. Si el aspirante no podía decir con la propiedad de un ornamentador de hierro: «señorita, se tiene la fineza de acompañarme con una dulce» o si no pronunciaba con la precisión de un lotero cuando invita a bailar a la Resura, eso de: «¡india astronómica, concrétese al afto!», se trataba de un quintacolumnista a quien había que rechazar.

La UNIR tuvo una vida efímera, porque sus éxitos profesionales le permitieron al doctor Gaitán comprar un automóvil y sus socios se sintieron traicionados. Guando lo veían pasar le hacían señas desobligantes con los dedos de las manos y exclamaban:

—¡Mirán al oligarca'en carro!

No obstante, la admiración de los antiguos uniristas por su jefe permanece latente, robusta y soterrada. Ellos nunca podrán olvidar que durante una conferencia que dictaba el doctor Gaitán sobre el eclipse de los partidos tradicionalistas, al ser interrogado por uno de los afiliados acerca del significado de esa extraña palabra, el doctor Gaitán respondió:

—Eclitse es que... sale el sol, sale la luna, se funtan, se arrefuntan, se contaminan, se electrizan y suáz, ala, ¡eclitse!

—¡Aijuemíchíca –dijeron los camaradas– comu'es de conciso el Forfeliécer!



El doctor Gaitán en la universidad fue un revolucionario, que dejaba secos de la admiración a los estudiantes de provincia cuando les decía frases como esta:

—Yo debo mis éxitos con las mujeres, no a grandes aptitudes intelectuales ¡sino a mis ojos gitanos y a mi belleza morena!

Y cuando algún día alguien lo interrogó sobre el poco caso que hacía de él una mesera de un establecimiento a donde los estudiantes concurrían a

tomar café tinto y a estudiar, con un divertido aire de superioridad, replicó:

—¡Insensato! ¡Las mujeres se arrastran a los
Jorge Eliécer Gaitán como una cadena!

Un día tuvo menos fortuna y se escapó de ser bañado en las fuentes luminosas por sus compañeros indignados. Se trataba de una huelga contra un profesor y el Jorge Eliécer era el encargado de llevar palabra. En el momento de mayor emoción, embriagado por la música de sus propios períodos, dijo este divertido exabrupto: «... porque es que todos ustedes, señores, no pueden olvidar que descienden directamente de Policarpa Salavarrieta, de Alejo Savaraín ¡y de seis compañeros más!».



El doctor Gaitán, más que un orador es un excelente tribuno. Podría ser lo primero, si hubiera estado siempre personalmente ceñido con la mesura; pero, a medida que va avanzando en su exposición, se acalora, pierde el control, suda, y lo que es peor, va rubricando cada uno de sus elevados períodos con prendas de su atuendo personal. Cuando termina, el presidente de la corporación tiene que arrojarle encima la carpeta de la mesa de la secretaría, porque en la tribuna diplomática hay señoras y no está bien que vean a todo un ministro de la educación en calzoncillos, así sean ellos, como los del doctor Gaitán, de un delicado color de crema de curuba.

—A mí no me importa que me vean en ropa de aventura, dice el doctor Gaitán: a mí lo que me importa es pasar el proyecto! Y en realidad, este pasa, porque el distinguido penalista es muy inteligente y muy erudito, y raciocina con mucha habilidad y no menor desparpajo.



En Europa, cuando el doctor Gaitán fue a perfeccionarse en derecho penal, bajo la dirección del profesor Enrico Ferri, dicen quienes lo vieron, que el tostado joven suramericano llamaba la atención en todas partes. Este éxito lo comparten por igual dos circunstancias: la belleza agarena del gallardo penalista suramericano y el hecho de que su atuendo personal fuera de lo más complicado que es posible imaginar. Guantes color canario, saco negro

galoneado, pantalones gris perla, *spats* de una tonalidad café con leche, corbata verde perico, sombrero morado, y flores en todos los ojales del saco, del chaleco e inclusive de los pantalones.

En cierta ocasión una duquesa italiana daba una fiesta en su palacio, a la cual ningún colombiano había sido invitado. El doctor Gaitán se formó el propósito de asistir y cruzó apuestas con todos los miembros de la colonia sobre que él sería el único de los colombianos que concurriría al sarao. Efectivamente, ante el pasmo de todos ellos, cuando el doctor Gaitán se presentó a las puertas de la residencia ducal, trajeado de etiqueta con un modelo confeccionado bajo su propia inspiración, el portero le franqueó la entrada. Minutos más tarde pasaba las puertas en sentido contrario, presa de la mayor indignación:

—¿Qué opinan? –les dijo a sus amigos–: ¡estos miserables me miraron el frac, me miraron la cara y luego tuvieron el atrevimiento de preguntarme si yo era el prestidigitador del Indostán!



Al mismo tiempo que le ocurrían estos pintorescos episodios, el doctor Gaitán se hacía admirar de sus maestros italianos por su consagración y por su inteligencia. Hasta el punto de que cuando presentó su teoría sobre la premeditación, el profesor Enrico Ferri, reconocida autoridad mundial en criminología, puso sus labios sobre la mejilla morena del joven suramericano, honor este que el viejo maestro sólo había dispensado hasta entonces a su señora y a sus hijos.

El doctor Gaitán lo cuenta con su voz sacudida por calderones sindicalistas:

—El aula estaba llena: asistían el rey y sus ministros; Mussolini ocupaba el palco principal; Edda concentraba en mí todo el ígneo voltaje de sus miradas; las demás mujeres suspiraban; los hombres me distinguían con un doble sentimiento de admiración y de envidia. Yo leía mi trabajo pausadamente, vocalizando como sólo Jorge Eliécer Gaitán sabe hacerlo.

»Al terminar, el delirio se apoderó de la concurrencia. Todo el mundo lloraba, Mussolini aplaudía, Edda me lanzó un guante que

desgraciadamente no llegó a mi poder porque no fue disparado con el suficiente impulso; Víctor Manuel me gritaba: "¡Molto bene, bambino, molto bene!".

»Fue entonces –agrega Jorge Eliécer– cuando el viejo Ferri, desprendiéndose del estrado de los examinadores, se acercó a mí, me tomó entre sus brazos venerables y trémulos, me dio un *pico* en la mejilla y se soltó a llorar sobre mis hombros. "¡Mío caro, mío caro, carítsimo!", me decía el viejo, ¡enjugándose las lágrimas, que le corrían un verdadero clásico por las arrugas de la cara!».

Ahora bien: si hay otro penalista colombiano que pueda decir lo mismo, que tire la primera piedra.



Una cosa que ha perjudicado no poco al doctor Gaitán, a despecho de sus insignes cualidades es el ansia de figurar, el afán de prestigio, la embriaguez de las alturas. Cuando estaba de ministro de la educación, se cuenta que se desmontó un día del coche del ministerio muy ceremoniosamente. Un modesto embetunador de calzado, antiguo unirista, le salió al paso y le dijo:

—¿Lu'embolo, don Forfeliécer?...

Este respondió descompuesto:

—Usted está equivocado, joven. Para que lo sepa de una vez por todas, yo soy el ministro de la educación.

El *chino* se quedó perplejo, y rascándose la cabeza por debajo de la gorra:

—¡Peru'a bergante pa parecerse al Forfeliécer! –comentó.



Yo tengo para mí, que ninguna razón de peso se puede alegar para que Jorge Eliécer Gaitán no ocupe la presidencia de la república. Sus mismos adversarios reconocen en él grandes virtudes, vasta preparación, múltiples talentos y un equilibrio sorprendente entre sus merecimientos y sus ganas; pese a lo cual, no es posible evitar que se hagan este proditorio raciocinio:

si el Forfeliécer es un *self-made-man*, esto es, si es un hombre que se hizo a sí mismo, ¿por qué diablos no se haría de otra manera?

El tiempo, con minúsculas, se encargará de decir la última palabra.

---

[41] Publicado en *Klim, ciento por ciento*, Editorial Debate, 2013.

GAITÁN CORPORAL[42]

Herbert Braun

Gaitán era el tema de la campaña. Su aspecto y su voz, sus gestos, su lenguaje y su oratoria se convirtieron en el principal objeto de conversación en los cafés, en las casas, en los clubes de la ciudad. La élite de Bogotá se obsesionó, no sólo con su lenguaje crudo y su piel morena sino con sus dientes, su boca, y hasta con el sudor que le brotaba de la frente y del bozo cuando pronunciaba sus oraciones.

Los convivialistas siempre se habían preocupado por la dentadura. Cuando joven los grandes dientes de Gaitán habían sido motivo de embarazo.[43] El joven Alfonso López fue operado para corregirle sus protuberancias frontales. Alberto Lleras Camargo era conocido como «el Muelón» porque sus dientes asomaban encima del labio inferior.[44] Pero Lleras Camargo era un hombre de modales discretos y sus dientes no eran amenazantes. En cambio, los de Gaitán habían sido siempre un símbolo de agresión. Germán Arciniegas reconoció que la boca de Gaitán le causaba una fascinación continua, porque sus dientes eran el símbolo de su personalidad: agudos, incisivos, caninos; la «arquitectura de la mandíbula superior remata con unos dientes que forman una ojiva de la más aguda personalidad».[45]

Todo lo que de físico había en Gaitán se volvió profundamente simbólico. El recelo paternalista con que lo habían tratado en el pasado se convirtió en terror y aborrecimiento. Como político con ambiciones excesivas era una cosa; como candidato presidencial era otra muy distinta. Al mismo tiempo, la campaña lo liberó. Terminaron los momentos de conciliación, de debilidad. Mientras que a los jefes políticos les repugnaba su comportamiento, sus partidarios gozaban con sus desplantes vulgares que lo hacían algo semejante a ellos.

Sabía lo que hacía. Bogotá quedó rápidamente empapelada con su imagen. Sus entusiastas lugartenientes buscaban paredes que nunca habían

conocido un cartel, y a veces el propio Gaitán los seguía para cerciorarse de que no quedara manzana desprovista y de que los carteles no fueran pegados con desmaño.[46] Al comenzar la campaña le dio instrucciones a Daniel Rodríguez, un fotógrafo de Bogotá, para que lo hiciera aparecer lo más feo posible en la fotografía inicial.[47] La mayoría de sus retratos muestran a un Gaitán de tez oscura, con los ojos entrecerrados, en un signo culturalmente reconocible de sospecha y desconfianza considerado característico de la «malicia indígena». Gaitán se presentó de forma invariable con una sonrisa sarcástica, la boca abierta, los dientes expuestos en mueca amenazante. La foto más conocida es también la más insólita. No sólo muestra su rostro y sus hombros, como de costumbre, sino de cuerpo entero, erecto, el puño cerrado levantado al aire en señal de desafío. Para demostrar su cercanía al pueblo, hizo que se le tomaran foto tras foto rodeado de los pobres. Tras haber sido escarnecido durante muchos años como «el Negro Gaitán», el candidato a la Presidencia impuso su imagen a todos los bogotanos. Su cuerpo, que tanto lo había mortificado, se convirtió en motivo de su liberación.

No es sorprendente que estuviera muy consciente de su cuerpo. Al fin de cuentas, casi a diario se lo habían recordado. De niño había sido débil y enfermizo, y las privaciones materiales de su juventud necesariamente tuvieron que hacerle pensar en sus necesidades físicas. Su inalterable confianza en sí mismo debió llevarlo a concentrarse no solo en sus capacidades mentales sino también en lo físico. Se cuidaba bien. De joven se esforzó por ampliar los pulmones, entrenó la voz para que soportara la tensión de la agresiva oratoria, y se pasó horas enteras declamando ante un espejo. Su costumbre de trotar por el Parque Nacional en las mañanas fue ridiculizada por sus adversarios políticos, quienes consideraban tal actividad impropia de un hombre instruido.[48] Fumaba poco y rara vez bebía alcohol. A menudo era de los primeros en regresar a casa tras las reuniones y manifestaciones ceremoniales que él mismo había organizado.[49]

Gaitán reconocía con orgullo que la oratoria pública era algo natural para él. En lo más álgido de la campaña, pronunciaba fácilmente ocho o

diez discursos diarios.[50] No tenía por qué pensar en su próxima intervención, como si se tratara del editorial de un periódico. En toda su carrera de orador sólo escribió cinco discursos.[51] Tenía confianza en que podría improvisar. Tampoco planeaba los gestos. Todo lo contrario. «Cuando estoy frente al pueblo me transformo fundamentalmente. Siento una emoción inexpresable, una embriaguez sin límites».[52] Su oratoria se basaba en la emoción. Si la transformación tardaba en producirse, su hombre de confianza, el «Coronel» Ricaurte, estaba preparado para poner un poco más de brandy en el vaso de agua en la tribuna.[53] Sin un texto preparado, era libre de cambiar las palabras y de entregarse a su pasión, compartir el ánimo de la multitud y entrar en un diálogo espontáneo con ella. No sólo era la confianza lo que le permitía dirigirse a su auditorio sin un texto escrito. Sentía que representaba al pueblo y que su personalidad y su ideología se correspondían y armonizaban con las de sus oyentes.[54] Decía ser «el más hondo intérprete» del pueblo.[55] Nada podía salirle mal.

A los convivialistas les repelía y los seducía el estilo oratorio del caudillo. Ya desde 1933, cuando comenzaba apenas a perfeccionar su acento, su estilo tribunicio fue captado por Germán Arciniegas, el liberal que había percibido también la índole clasista de la UNIR. Así debieron de verlo muchos convivialistas: «Desde el propio momento en que Gaitán comienza su discurso inicia una gimnasia constante, se recoge y se estira, hunde el pecho, maneja las manos como si fueran atados de nervios, frunce la frente, afila la nariz, poniendo en esto tanto rigor que se le soplan las venas del cuello y a los treinta minutos de hablar ya está bañado de sudor, el cabello se le empapa, se le entrapa el cuello de la camisa, y materialmente puede decirse que salpica. Habla dos, tres horas, en un crescendo wagneriano. Hacia el final, revuelve contra la frente, con furia, los cabellos que el sudor tiene pegados en haces; la garganta se le inflama, le abre el cuello de la camisa, le afloja el nudo de la corbata [...] Se dirá que es exageración, pero he visto a Gaitán echar espumilla por la boca, espumilla que le forma dos menudos copos en los rinconcillos que forman los extremos de los labios».[56]

Según la biografía de Richard Sharpless, Gaitán comenzaba sus discursos con voz lenta y mesurada. «Pero gradualmente acelera el flujo de las palabras. La voz se vuelve ronca y emocional, el cuerpo se pone tenso, los brazos rasgan el aire. En el clímax de un discurso escupía una frase tras otra, llevando la emoción del auditorio y la suya propia al ápice de la intensidad [...] Por lo general, cuando terminaba de hablar desaparecía rápidamente del escenario».[57]

Cuando ascendía a la tribuna sabía que la muchedumbre veía en él algo más que una personalidad pública, más que un hombre de talento superior. Gaitán, el orador, inevitablemente representaba tanto una imagen pública como una privada. Entre la muchedumbre anónima y el hombre que salió de la pobreza para fustigar a los ricos y a los poderosos había una afinidad que los convivialistas nunca podrían haber conjurado. La necesidad de expresar en público las peripecias de su viaje al poder, privado de medios económicos, coincidía con la necesidad que sentía la multitud de que le hablaran de los éxitos de su jefe y poder proyectar su futuro sobre ese ejemplo. Así pudo hablar con naturalidad de su origen humilde y de las penurias de su juventud, de su familia, en especial de su madre, de sus logros y sus padecimientos. Siempre que tenía delante una audiencia vasta y solidaria, se alababa a sí mismo y a sus oyentes por haber logrado esa espléndida experiencia colectiva, a la que invariablemente se refería como la primera en la historia de la nación.

Cuando Gaitán oía perorar a sus adversarios se daba cuenta de que aunque las muchedumbres admiraban su pericia retórica y el acento lírico de sus palabras, les resultaba difícil identificarse con los conceptos filosóficos abstractos que expresaban[58]. Esa oratoria ya no estaba en su momento. Para Gaitán el desarrollo del capitalismo había impuesto cuestiones económicas y sociales en la conciencia del pueblo. En los años cuarenta, abstracciones como libertad y justicia sonaban a hueco. Creía que al pueblo ya no le interesaba «la muerta realidad de la forma». En lugar de «refugiarme en la simple armonía retórica», preconizaba un diálogo sobre «hechos de la realidad» que satisficiera la nueva sensibilidad de la multitud.[59] Salpicaba su oratoria con referencias a las preocupaciones de la

multitud –comida, casa y empleo–. Había llegado el momento de que la oratoria expresara sus propias inquietudes sociales y económicas.

No cabe entonces sorprenderse de que dependiera de la oratoria a expensas de las declaraciones escritas. Hablaba sin parar. Durante las campañas, sus «Viernes culturales» en el Teatro Municipal se convirtieron en una institución. Con impresionante fidelidad el pueblo colmaba el teatro y las calles alrededor del Palacio Presidencial. Según el psicohistoriador Mauro Torres, la oratoria de Gaitán era «un diálogo […] una cátedra viva y permanente para el pueblo que no tiene libros ni maestros».[60] Sus críticos no estaban del todo descaminados cuando acusaban al caudillo de creer que podía resolver cualquier cosa con su próximo discurso.

La dramatización explícita del cuerpo de Gaitán resultaba desconcertante. Apuntaba a la conducta franca de los individuos que se mantienen inflexibles en sus creencias y en sus actos. Contradecía las acciones circunspectas en defensa del *statu quo* que los convivialistas ocultaban tras la distinción entre lo público y lo privado. Las formas de control corporal eran parte integral de la estructura altamente formalizada de los convivialistas y eran fundamentales en su separación del pueblo; el comportamiento de Gaitán era una rebelión consciente contra las barreras sociales que la élite mantenía.[61] El sudor profuso, la insolente exhibición de las axilas húmedas, los brazos agitados en el aire y los dientes al descubierto le servían para recordarles a sus adversarios su propia animalidad. Contradecía su creencia de que eran expresión de la razón y del espíritu por encima de la dimensión física. Además, intensificaba su sentimiento de aislamiento como blancos civilizados y superiores rodeados de mestizos y de indios primitivos y semejantes a animales.

Su deliberada informalidad alentaba una intimidad con el pueblo que los convivialistas procuraban evitar a toda costa. Su capacidad para mostrarse refinado y tranquilo en las conversaciones dentro de la cultura de la convivencia los desconcertaba todavía más. Conceptualmente al menos, Gaitán los despojó de sus papeles ritualizados. Si podía comportarse con responsabilidad dentro de la política de los jefes, tan solo para volcarse en las calles hacia el pueblo, entonces la distancia que a ellos los separaba del

pueblo no era tan grande como lo imaginaban. El cuerpo de Gaitán era un puente entre el mundo social de los políticos y el pueblo.

La presencia física de Gaitán se hacía sentir también de otras maneras. Los gaitanistas introdujeron en las ciudades una violencia política desusada. Cuando *El Tiempo* lo dejaba de mencionar durante semanas enteras, sus partidarios apedreaban las ventanas del edificio en un ritual nocturno que llegaron a comprender incluso los redactores y los trabajadores del periódico.[62] La noticia en primera página del incidente era prueba para los convivialistas de que se enfrentaban a turbas incontrolables, pero sus partidarios comprendían que el jefe estaba determinado a no ser un liberal tradicional. Los gaitanistas obligaron a Lleras Restrepo a que abandonara la campaña cuando ahogaron su voz una noche en el Teatro Municipal y lo siguieron luego hasta su casa.[63] Cuando Lleras se retiró, los liberales trataron de oponerse a Gaitán con el siempre reticente Darío Echandía, pero este también retiró su candidatura cuando los gaitanistas, situados estratégicamente en todas sus manifestaciones, le gritaban preguntas agresivas.[64]

Sólo perseveró Gabriel Turbay. Tan ambicioso como Gaitán y tan intruso como él, Turbay comenzó su campaña cuando el caudillo llevaba casi un año en la suya. A él también lo recibían en todas partes multitudes hostiles de gaitanistas que tenía que dispersar la policía.[65] Sin poder contar con Lleras Restrepo ni con Echandía, a los liberales no les quedaba más remedio que depositar sus esperanzas en Turbay. Dos intrusos dividieron al partido: Gaitán, empeñado en cambiarlo desde fuera, y Turbay, en hacerlo desde dentro. Los liberales estaban irremediablemente divididos.

El 23 de julio de 1945, tres días después de que López renunciara a la Presidencia, los jefes liberales se reunieron, como de costumbre a puerta cerrada, para hacer de Turbay el abanderado oficial del partido. Ningún gaitanista fue consultado ni tomó parte en las deliberaciones. Una muchedumbre gaitanista intimidó a los delegados cuando hacían su ingreso al elegante Teatro Colón.[66] Tras decidirse por Turbay, los liberales se pusieron rápidamente de acuerdo en el nombre de Alberto Lleras Camargo,

el leal consejero de López, para que concluyera los quince meses que faltaban de la segunda administración López.

---

[42] Publicado en *Mataron a Gaitán*, Punto de Lectura, 2013.

[43] José Antonio Osorio Lizarazo, *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia,* reedición (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979), pág. 48.

[44] Hugo Latorre Cabal, *Mi novela: apuntes biográficos de Alfonso López* (Bogotá: Ediciones Mito, 1961), págs. 179-180.

[45] Germán Arciniegas, *Memorias de un congresista* (Bogotá: Editorial Cromos 1933 [?]), pág. 40.

[46] Entrevista 5 con Pío Nono Barbosa Barbosa, carpintero y albañil de Bogotá, seguidor de Gaitán, 9 de abril de 1979, y conversaciones subsiguientes; entrevista 21 con Luis Eduardo Ricaurte, guardaespaldas de Gaitán, 2 de noviembre de 1979, y conversaciones subsiguientes.

[47] Entrevista 54 con el fotógrafo Daniel Rodríguez Rodríguez, de Bogotá, 6 de diciembre de 1979.

[48] Para el «Coronel» Ricaurte, uno de sus guardaespaldas, las caminatas diarias de Gaitán eran una agonía. El y sus amigos temían por la seguridad de Gaitán mientras recorría a solas las colinas de la ciudad. Gaitán se enfurecía cuando encontraba a sus guardaespaldas en el parque, y, en todo caso, ninguno de ellos podía darle alcance. Entrevista con Ricaurte; véase también Sharpless, *Gaitán of Colombia,* págs. 117-118.

[49] Entrevista con Rafael Galán Medellín, legislador gaitanista y alcalde de Girardot de 1947 a 1948, 26 de julio de 1979. Galán recuerda con delicia uno de los raros momentos festivos de Gaitán. En una visita a Girardot, la víspera de Año Nuevo, en 1947, sobrepasó en bebida a todos los gaitanistas y, al día siguiente, antes de que muchos estuvieran en sus cinco sentidos para seguirlo, había emprendido hacia Ibagué. José María Córdoba, secretario de Gaitán, conoció mejor su vida privada. Lo recuerda en permanente control de sí mismo y siempre preparado para los quehaceres políticos por venir. Entrevista 8, 15 de julio de 1979.

[50] Sharpless, *Gaitán of Colombia,* pág. 118.

[51] *Ibid*., pág. 117.

[52] Peña, *Gaitán íntimo,* pág. 15.

[53] Entrevista con Ricaurte. El «Coronel» aceptó que le «colaba» más brandy a las bebidas de Gaitán, añadiendo que al «capitán no parecía importarle, y que siempre mejoraba» durante sus discursos.

[54] Para un penetrante análisis de la importancia de la armonía entre las «estructuras promedio» de los líderes y seguidores, véase Wilhem Reich, *The Mass Psychology of Fascism* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1973), pág. 35.

[55] Gaitán, discurso pronunciado antes de las elecciones del 5 de mayo de 1946, en una colección de sus discursos grabados, *Jorge Eliécer Gaitán, tribuno del pueblo* (Medellín: Discos Fuentes, 1973), vol. 1.

[56] Arciniegas, *Memorias,* págs. 66-68.

[57] Sharpless, *Gaitán of Colombia,* pág. 117.

[58] Este problema fue resumido de forma sucinta por el psicólogo José Gutiérrez: «El bien hablar de nuestros retóricos no es fácilmente comprendido por nuestro pueblo, cosa que parecía absurda si no fuera tan sumiso, bondadoso y seducible nuestro campesino, que admira a los oradores que le hablan, no porque los entienda, sino por el tono de voz, por los ademanes fascinantes que usan, y

porque sus giros retóricos le suenan bonitos», en *De la pseudoaristocracia a la autenticidad: psicología social colombiana* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 196), págs. 25-26.

[59] Gaitán, discurso de aceptación de la posición como jefe único del Partido Liberal, 24 de octubre de 1947, en la colección de discursos grabados *Jorge Eliécer Gaitán, tribuno del pueblo,* vol. 1.

[60] Mauro Torres, *Gaitán: grandeza y limitaciones psicológicas* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 197), págs. 75-76.

[61] Mis ideas acerca del significado social del cuerpo físico provienen de Mary Douglas, *Natural Symbols: Exploration in Cosmology* (Nueva York: Vintage Press, 1974), en especial págs. 93-103. En Ernest Becker, *The Denial of Death* (Nueva York: Free Press, 1973), págs. 25-37, 48-66, hallamos una perspectiva más existencialista.

[62] Recuerda Ricaurte que llegó a conocer a muchos de los guardias y escritores de *El Tiempo* que hasta se burlaban de él preguntándole cuándo organizaría el próximo ataque al periódico. Entrevista con Ricaurte.

[63] Entrevista 42 con Gabriel Muñoz Uribe, abogado y político gaitanista, 1° de diciembre de 1979.

[64] *Papeles Gaitán* (PG), archivo Córdoba, mayo de 1945; Ortiz Márquez, *El hombre,* pág. 112.

[65] *El Tiempo*, 28 de enero de 1945, pág. 1; 3 de marzo de 1946, pág. 1.

[66] Entrevista con Ricaurte.

Personajes

Santiago García Pinzón[67]

Miguel Torres

Santiago García Pinzón
Estudiante de Arquitectura de la Universidad Nacional. La Concepción.

Mi hermana Inés y yo acabábamos de almorzar y yo estaba por salir otra vez para la Nacional cuando empezaron a transmitir por radio las noticias de la muerte de Gaitán. Nos quedamos sentados en el comedor comentando la gravedad de la noticia y afanados sin saber el paradero de Arturo, mi hermano mayor, que siempre llegaba a mediodía a almorzar con nosotros. A las dos y media salí a la calle. Por todos lados se oían los pitos de carros y camiones con banderas rojas que se desplazaban hacia el centro. Pero esos vehículos iban llenos de gente y ninguno me quiso llevar. Me subí caminando hasta la Carrera 13 y en la esquina de la Calle 67 encontré a mi hermano conversando con varias personas. Por él supe que estaban en las mismas, y en vista de que no encontrábamos en qué irnos, decidimos seguir haciendo el recorrido a pie por toda la 13. Caminamos en grupo más de una hora hasta que llegamos a un sitio que estaba controlado por el ejército, en la Calle 26, que es donde funciona la Escuela Militar. Ahí los soldados estaban alebrestados y nos subimos a la Séptima. Del grupo inicial sólo quedábamos mi hermano y yo, siempre en compañía de distintas personas. La consigna era llegar hasta el sitio del asesinato y seguir al Palacio de

Nariño. Seguimos caminando de prisa, a veces corriendo, y ya éramos una multitud desgranada en grupos por el centro de la calle, cuando empezaron a llover tiros y tuvimos que seguir avanzando contra las paredes. El cielo estaba muy nublado y empezaban a caer goterones cuando llegamos a la Calle 19. Allá casi no pudimos pasar porque había incendios y muertos tirados en los andenes y en medio de la calle, y muchos de los que venían con nosotros se fueron quedando en los almacenes, en las licoreras y en las salsamentarías de los polacos que en ese momento estaban siendo saqueadas. En ese recorrido llegaban disparos desde las ventanas más altas y desde las azoteas de los edificios. Al llegar al edificio de Colseguros, en la esquina de la Calle 17, alguien dijo al pasar que los curas estaban disparando desde la torre de la iglesia de San Francisco, que no siguiéramos avanzando hacia allá, y cuando volví a mirar no vi a Arturo. Lo busqué con la mirada entre la gente que venía corriendo agazapada y entre los que permanecían quietos, pegados a las puertas y a las paredes, pero no lo vi. Para mi alivio, tampoco distinguí su chaqueta de pana color vino tinto entre los cuerpos tendidos en la calle. Por un momento pensé que se había adelantado en dirección a la Jiménez, hacia el lugar donde se decía que había más peligro. Estaba ahí parado en esa esquina sin saber qué diablos hacer, mirando las llamaradas que se elevaban del edificio de la Gobernación y de otros incendios más allá de la Jiménez, cuando oí que me llamaba y lo vi haciéndome señas desde la puerta enrejada de una sastrería, abajo de la Séptima. Corrí hacia allá, y los dos seguimos 17 abajo, siempre agachados y contra las paredes, a ver cómo lográbamos dar una vuelta y volver más adelante a la Séptima. Al llegar a la esquina de la Octava oímos bala, pero nos lanzamos a cruzar en medio de un grupo suicida y al parecer cogimos por sorpresa a los que disparaban, porque la nueva tanda de tiros se oyó cuando ya habíamos alcanzado la otra esquina sanos y salvos. Seguimos bajando y al llegar a la Carrera Novena nos encontramos con un pelotón de soldados que aparecieron por esa esquina. Para mí que eran chulavitas, porque los uniformes y los cascos alemanes hundidos hasta las cejas les quedaban como prestados. Traían fusiles con bayoneta calada y nos arrinconaron contra una pared a todos los que veníamos, que éramos

como cinco o seis, y uno de ellos nos ordenó a los gritos: Arriba las manos, y otro nos preguntó: ¿Ustedes están armados?. Yo, con las manos levantadas, les dije que sí, que yo estaba armado, y entonces ese soldado me dijo: Muestre a ver. Arturo se asustó y empezó a gritar: Él está bromeando, él está es mamando gallo, pero el soldado me dijo que tenía que sacar el arma y yo con la punta de las uñas saqué un alfiler que llevo siempre en la punta de la solapa y le dije: Mire, aquí tiene mi arma. Al ver el alfiler el soldado se enfureció y me puso la bayoneta en el estómago y me arrinconó aún más contra la pared. El tipo era chiquito, gordito, como boyacense. A mamarle gallo a su madre, gran hijueputa, me gritó en la cara haciéndome hundir el estómago al sentir el empujonazo de la bayoneta. Yo me tragué la muerte. Mi hermano y todos los demás gritaban que no me fuera a matar, que yo me las estaba dando de chistoso, y en medio de esa gritería, sorpresivamente, los gruesos goterones que reventaban como granizo contra el suelo se desataron en un tremendo aguacero y el soldado se echó atrás apartando el fusil. Piérdanse, piérdanse, nos dijeron, y nos hicieron cruzar la calle a patadas y a empellones mientras nos gritaban que habíamos estado de buenas, que nos alejáramos de por ahí y no jodiéramos más. Los que venían con nosotros se quedaron rezagados porque se habían emberracado conmigo, y mi hermano y yo seguimos bajando muertos del miedo. Cada vez que llegábamos a una esquina teníamos que esperar hasta no oír ni un tiro y cruzar rápidamente, porque los tiros venían por las carreras, y cuando atravesábamos las esquinas oíamos gritos y lamentos a lado y lado de la calle. Siempre bajando por la 17 llegamos a la 13, y desde ahí vimos el incendio de *El Siglo*. En esa esquina había caído mucha gente, pero la cruzamos, y después de pasar la Caracas decidimos que con semejante aguacero y tantos muertos y heridos en las calles, lo mejor que podíamos hacer era buscar refugio donde unas tías que viven abajo del Voto Nacional, y después de dar un gran rodeo, a veces escampando y a veces huyéndole a las balas, llegamos a la casa de mis tías como a las siete de la noche. Las viejas se pusieron felices al vernos, nos dieron toallas para secarnos y nos sirvieron tinto bien caliente. Con el tinto nos pusimos a oír las noticias. Unas emisoras daban consignas revolucionarias y otras, al contrario, decían

que las vainas estaban muy difíciles, que nadie fuera a salir de su casa. Después de comer nos quedamos charlando en familia hasta que dejó de llover, y más tarde, como a las diez, nos subimos al tejado para ver qué era lo que estaba pasando. Desde arriba, con la vista hacia el oriente, contemplamos un panorama apocalíptico. El centro de la ciudad estaba completamente a oscuras, pero, gracias a esa oscuridad, se veían muy bien las llamaradas de los incendios, se oían las explosiones, las ametralladoras, los tiros a lo lejos, como una guerra. La impresión era la misma que le daban a uno los noticieros de la Segunda Guerra Mundial que pasaban antes de las películas hace tres o cuatro años, y el espectáculo era fantástico, horrorosamente bello: ver el centro de la ciudad en llamas bajo el resplandor anaranjado del cielo. Así estuvimos hasta las once de la noche. A esa hora mis tías nos hicieron bajar del tejado y nos mandaron a dormir.

---

[67] Del libro *El incendio de abril*, Editorial Alfaguara, 2012.

UNA CÁMARA REGISTRA EL 9 DE ABRIL[68]

Guillermo González Uribe

Un 31 de diciembre de finales de los años sesenta, pasadas las doce de la noche, mientras los hijos quemábamos pólvora en la calle, mi padre abrió la ventana del segundo piso de la casa, sacó un revólver y echó varios tiros al aire. Nunca lo había visto disparar ni sabía que tuviera un arma de fuego. Subí las escaleras corriendo hasta llegar a su lado y lo mire. Me contó que cuando era fotógrafo cedulador del Partido Liberal, una noche, en un pueblo, no quisieron apagarle la luz de la habitación. Era una casa de techos altos. El sacó su revólver, le pegó un tiro al bombillo, dio media vuelta y se durmió. No me dijo nada más.

Por aquella época, el 7 de diciembre de 1941, en la estación de Barbosa, Antioquia, un hombre alto, de bigote, ojos claros grandes y mirada dulce, que llevaba colgada con orgullo una cámara fotográfica, leía el periódico mientras llegaba el tren para Medellín. De tanto en tanto asomaba los ojos por encima de las páginas, y se ocultaba cuando una esbelta joven que sonreía con cierta picardía, le devolvía la mirada. Mucha gente esperaba el tren. Él subió rápido y guardó dos puestos. Al llegar a su destino, la suerte estaba echada. Permanecieron juntos para siempre.

El oficio de fotógrafo estuvo ligado a los momentos más especiales de su vida. La primera vez que cogió una cámara fue cuando se la entregó Mercedes, su madre, porque deseaba conservar el recuerdo de Teodosio, que acababa de morir. Con la cámara de cajón, un adolescente, Sady González, tomó su primer retrato: el de su padre muerto. De la fotografía tampoco se separó ya en la vida.

Trabajar en cedulación era arriesgado. A finales de los años treinta los dos partidos tradicionales iban de pueblo en pueblo enlistando a sus copartidarios; el fotógrafo era indispensable. Sady recorrió Cundinamarca y

luego Antioquia, donde conoció a su mujer, Esperanza Uribe, aquel día en la estación de Barbosa. Un año después, ya casados, se establecieron en Bogotá. Sady trabajó en reportería gráfica con Carlos Martínez, hasta que montó su propia fotografía, Foto Sady, administrada por su esposa, mi madre, quien aprendió pronto los secretos del naciente arte.

En los agitados años cuarenta Foto Sady fue la primera empresa independiente de reportería gráfica en Colombia, en la cual trabajaron varios profesionales de la época. En ese entonces los reporteros gráficos se movían libremente y recogían su versión de los hechos. Sady iba a todas partes, era arriesgado y conocía gente. A diario captaba lo que ocurría en Bogotá, así como en otras ciudades y países, y enviaba material a los medios. Sus imágenes hacían parte de las crónicas y reportajes que se publicaban en la revista *Cromos* y en el periódico *El Tiempo,* principalmente, y a la vez colaboraba con otros medios como *El Espectador, El Liberal,* las revistas *Semana* y *Estampa, La Razón* y *El Siglo*. Fueron los tiempos de los pioneros de la reportería gráfica como tal, entre ellos se contaban Carlos Martínez, Daniel Rodríguez, Carlos Jiménez, Ignacio Gaitán y Sady González.

UN LEGADO

De su trabajo, que se prolongó hasta 1979, conservamos un pequeño tesoro que se encuentra depositado en un clóset en la casa de doña Esperanza. Allí, en una desvencijada caja de cartón, hay cerca de cien sobres que no se guardaron junto con el archivo principal: una selección que recoge imágenes particulares de los años en que buena parte de los archivos fue quemada. Aquí está el sobre que contiene los negativos del paro de choferes de tranvía de 1946. Allí, en otro, aparece el célebre actor Campitos en el teatro Municipal en 1944, escenario en el que Jorge Eliécer Gaitán se comunicaba con su pueblo en los «Viernes culturales» y que fue destruido años después del asesinato del caudillo. Desfilan por estos acetatos los políticos de entonces, que parecen ser los mismos de siempre: López,

Lleras, Turbay, Gómez, Santos. Los salones de la vida social. El Carnaval de los Estudiantes, en 1944.

Recorremos los sobres como pasando páginas de un libro de historia de la vida cotidiana: «El ministro de Gobierno, Roberto Urdaneta, reunido con los doctores Jorge Eliécer Gaitán y Laureano Gómez, agosto 12 de 1942». «Manifestación de la paz en Alemania, mayo 7 de 1945». «Té bridge en el Club Médico en honor de la Sra. Amparo Jaramillo de Gaitán, octubre de 1945». Dice el sobre impreso: «Sady González Moreno. Reporter Gráfico. Cra. 9ª No. 17-45. Tel.: 7-43. Al servicio de la prensa. Trabajos a domicilio». Los sobres están numerados, marcados al respaldo con detalles de cada evento, y en la lengüeta tienen el número de negativos que trae cada uno. Doña Esperanza archivó los negativos toda la vida. «Fiesta en el cabaret Montecarlo con motivo del 16 aniversario de la proclamación de la República Española, abril 14 de 1947». «Dueño de un automóvil comprando gasolina en la bolsa negra, enero 21 de 1948». «Quema de tranvía, 9 de abril de 1948».

IMÁGENES DEL BOGOTAZO

Luego de un almuerzo, hace cerca de dos años, observábamos con mi madre los antiguos registros. Miramos a través de la luz el negativo del tranvía quemado. Al preguntarle por otras imágenes de aquel día, me dice que ella y Sady tenían un paquete que debía estar guardado desde esos tiempos. Buscamos entonces entre los clósets y en su armario personal.

Hay cámaras, sombreros, diplomas, cintas de primera comunión, credenciales de prensa, fotos, poesías de él a ella y todo tipo de objetos de los siete hijos. Aparece un viejo paquete con negativos. Lo desempolvamos: son imágenes de los primeros reinados de belleza. Más adelante encontramos una caja con negativos de políticos y jefes de Estado, con énfasis en los cuatro períodos en que Sady fue el fotógrafo de la presidencia: desde Lleras Restrepo hasta comienzos de Turbay, pasando por Pastrana y López Michelsen. Continúa la búsqueda. Ahora hay una caja con el registro de las primeras vueltas a Colombia en bicicleta. Ya cuando

vamos perdiendo la esperanza, ella saca un sobre grande de manila, marcado con su propia letra. Dice: 9 de abril. Abrimos el sobre, miramos negativos... Después, contamos. Uno, dos tres..., siete sobres... Hay más o menos 150 negativos.

EL 9 DE ABRIL

Sady murió en 1979. Quienes estuvieron más cerca de él en la época del 9 de abril fueron su esposa, Esperanza, y su cuñado, Manuel Uribe.

Esperanza: —Ese día Sady estaba tomando fotos del presidente Ospina, cuando entró una llamada de un tipo que dijo ser de *El Tiempo,* pero yo no lo conocía.

—¿Está Sady?

—No, no está –le respondí.

—¿Dónde anda?

—Está con el presidente –le contesté–. Entonces me dice el tipo:

—Él debía estar aquí, cerca de *El Tiempo.*

Esa llamada fue a la una de la tarde, momentos antes de que mataran a Gaitán. Nadie supo quién la hizo. Poco después Sady llegó a la casa demacrado por lo que había visto en la calle y se puso nervioso con la llamada. Pero ahí mismo se fue a tomar fotos.

Manuel: —Llegué de Andes, Antioquia, a Bogotá, el 5 de abril de 1948. Conocí primero Bogotá que Medellín. Así que recién llegado me quedé con Sady y Esperanza y comencé a acompañarlo a tomar fotos. Imagínese el susto mío en aquellos días, pues las únicas explosiones que conocía eran las de los voladores de las fiestas de la patrona en el pueblo... Y venir a meterme entre semejante turbamenta.

El 9 de abril veníamos con Sady del Coliseo de Exposiciones, a donde había ido Ospina Pérez a inaugurar una muestra agropecuaria. Llegando ahí a Bavaria, en la Carrera 13, los carros andaban a toda velocidad, y la gente estalla en la calle. Eran como las dos de la tarde. El conductor no quiso seguir, así que nos fuimos caminando hasta la foto, en medio de eso que estaba pasando y que no sabíamos qué era. Allí prendimos la radio y nos

enteramos. Ya equipados, cogimos para la Clínica Central. Gaitán se encontraba malherido; con él estaba su amigo Pedro Eliseo Cruz, junto con otros médicos, bregando a salvarle la vida. Y la gente vociferaba. Todavía no comenzaban el levantamiento ni los saqueos. Como a la media hora bajaron y contaron que había muerto. Una foto de Sady muy famosa es la que muestra a Pedro Eliseo Cruz sosteniendo la cabeza de Gaitán. Luego vino el desorden general.

LO QUE SIGUIÓ

Manuel: —Nosotros estábamos en todo el foco de la quema. Por un lado se encontraba J. Glottmann, uno de los primeros almacenes a los que les metieron candela para saquearlos. Por otro lado, en la Carrera Séptima con Calle 18, estaba El Hospicio, una especie de reformatorio de niñas a las que mantenían rapadas; fue también de lo primero que incendiaron para sacarlas de allí y hacer su festín.

Yo subía mucho a la terraza del tercer piso; en el primero funcionaba la Foto y, en el segundo, la casa familiar. Ahí cerca había otro almacén grandísimo que se llamaba El Emporio de Paños. De ahí de la terraza vi una escena que no se me olvida. Venían un par de zorreros: el uno traía un rollo de paño y el otro le pidió que le diera un pedazo, un corte. El que tenía el paño se negó, y de mala manera le dijo que fuera a sacar del almacén. El otro se enojó y se picaron ahí mismo. Llamamos varias veces para que se llevaran los cadáveres, pero nada, ahí se quedaron varios días.

Esperanza: —Vivíamos en la Carrera Novena con Calle 17. En esos días nos tocó poner los armarios del material fotográfico contra las ventanas, porque durante la noche pasaban echando bala. Eso fue tremendo. Sady salía en el carro de la Cruz Roja con doña Blanca Martí de David Almeida, que era la directora. Se iban a recoger heridos y cadáveres. Cuando volvían estaban acostados en el piso y el carro perforado, ni las ambulancias se salvaban de los disparos.

Manuel: —Sady salía todos los días a tomar fotos y no había quien lo atajara. Lo recogía a veces un amigo suyo, el coronel Willy Hollman,

director encargado de la Policía. Tenían un nexo especial, porque la misma partera que asistió a los primeros hijos de Sady atendía a su familia. Un día el coronel Hollman llegó por Sady, para que fuera al cementerio a tomar fotos de las galenas llenas de cadáveres. Esperanza insistió en que yo lo acompañara. Llego allá, veo una nube de moscas, siento esa fetidez, observo los muertos y me desmayo.

Ocurrió en esos días que cuando el fotógrafo Parmenio Rodríguez estaba enfocando, un francotirador le metió un tiro a través del lente y lo mató. Fabio Parra, hermano medio del periodista Tartarín Moreira, regó el cuento en Andes de que el muerto había sido yo. Entonces, la primera vez que nos vimos en Bogotá, me dijo: «Avemaría, Manuel Uribe, me debes un mundo de padrenuestros».

Esperanza: —Nos sirvió mucho que manteníamos paquetes de rollos, montones, y el papel se compraba en cajas grandes. Así que tuvimos provisión suficiente de material. Además de entregar las fotos que Sady tomaba a los medios de acá, se vendían a los extranjeros que habían venido a la Conferencia Panamericana, quienes me las pagaban en dólares. Abría yo el cajón del escritorio y decía: «tanta plata y uno sin qué comer». Eso era terrible. Mucha gente se quedó encerrada en las casas. Yo tenía cuatro meses de embarazo y, de la angustia, perdí el niño. Claro, Sady todo el tiempo por ahí en la calle tomando fotos.

Manuel: —Nos cogió el suceso en un desabastecimiento tremendo, porque no hacíamos mercado grande. Las muchachas mercaban a diario en la Plaza de las Nieves, que estaba cerca. Así que sólo teníamos galletas de soda y chocolate. Luego, con un amigo español de Sady, que trabajaba en Nestlé, conseguimos unos tarritos de leche Klim. Hasta que empezaron a llegar aviones; Sady iba al aeropuerto a tomar fotos del descargue de alimentos. Los primeros aviones que arribaron fueron los argentinos, enviados por Evita Perón. Mandaron cantidad de rancho argentino, enlatados y de todo: ese fue el desquite del paladar.

DESPUÉS

Esperanza: —Empecé a salir como el 15 de abril, cuando ya las cosas se habían calmado un poco. Lloraba al ver el estado de la ciudad. Al llegar a la Séptima me tocó sentarme en unos ladrillos por la impresión que me produjo la destrucción. Había cosas quemadas por todos lados y olores terribles. El ambiente era pesadísimo: humo mezclado con niebla; como en una guerra.

Manuel: —Recién pasado el 9 de abril, empezamos a botar el miedo; salía uno a noveleriar. Por todas partes había enormes charcos; era época invernal y además estaba el agua que usaron los bomberos para apagar los incendios. Todo era un lodazal, así que fuimos con Sady a hacernos embolar, ahí al lado de la iglesia de La Veracruz. De pronto los francotiradores empezaron de nuevo su labor, y uno, a pegar carrera. Más de una semana duró el desorden.

Esperanza: —Llegaron una vez a hacer requisa y yo escondí los rollos, en el coche de los niños, dentro de los pañales. Iban dizque a buscar armas y material subversivo. Entonces les dije a los tipos que allí no había nada, pero que si querían subieran a la terraza. Y se metieron al zarzo; cómo me puse de contenta cuando salieron todos tiznados. Claro, en esa época cocinábamos con carbón.

Yo era muy alzada. Otra vez, cuando Sady tomó la quema de unos ranchos por la policía, llegaron los detectives a la Foto a llevarse la máquina de escribir. Al comienzo yo hacía los sobres del archivo y las leyendas de las fotos para los periódicos, todo a mano, pero se me torció un dedo por recargar mucho la pluma; Sady me llevó entonces una máquina Smith Corona que yo quería mucho. Les dije a los tipos que si se querían llevar la máquina o los dedos que escribían sobre ella, y me respondieron que la máquina... por ahora. Se la llevaron, pero a los pocos días Sady habló con Ospina y logró que me la devolvieran. Todavía la tengo.

Manuel: —En Foto Sady trabajaban otros fotógrafos. Entre ellos recuerdo a Luis Velasco y a Carlos Caicedo, el que fue después de *El Tiempo,* quien ayudaba como laboratorista. Algunos de los que trabajaban en la Foto no volvieron después del 9 de abril. Todo, o casi todo lo que se tomó en esos días y que está en el archivo, son fotos de Sady.

FOTO SADY

Manuel: —En esos tiempos uno iba por la noche a *El Tiempo* y llevaba diariamente treinta o cuarenta fotos, entre sociales, policíacas, deportivas. Allá seleccionaban y devolvían el resto. Por lo general escogía don Enrique Santos, y otras veces don Hernando. Foto Sady, junto con Foto Gaitán, de Ignacio Gaitán, y Foto Press, de Carlos Jiménez, eran de las más grandes, entre las que recuerdo. También estaban Luis Gaitán «Lunga» y Daniel Rodríguez.

En esa época las cámaras Rolleiflex, y una que se llamaba Speedgraphic, eran lo más moderno. En los días de la IX Conferencia Panamericana llegó una máquina alemana, muy parecida a la Speedgraphic, que se llamaba Buch Pressman. Existen negativos de distintos tamaños porque había una Speedgraphic grande y una pequeña; igual pasaba con la Buch Pressman.

Esperanza: —Las cámaras que más se usaban eran la Rolleiflex y luego la Rolleicort. También la Speed para panorámicas, para grupos grandes. Sady tema varias Kodak en las que se usaban negativos de distintos tamaños.

En una época llegamos a tener cuatro o cinco fotógrafos en Foto Sady, pero no siempre duraban mucho; aprendían y se iban.

Sady tomaba cuatro o cinco fotos de un rollo, de aquellos que venían recubiertos de papel, y eso se tenía que revelar ahí mismo. Entonces me enseñó a cortarlos en el cuarto oscuro; pegaba con cinta la película al rollo de papel, luego de cortar. Yo me encargaba de muchas cosas mientras él trabajaba por fuera: del manejo de la Foto, de la compra de material e incluso preparábamos los químicos, el fijador con hiposulfito y el revelador con hidroquinona, ellon, sulfito, carbonato y bromuro, en unas balancitas de las que todavía tengo dos. Recuerdo que después revelábamos los rollos con canciones. Uno oía tres, y podía mirar el rollo con una luz roja muy tenue.

Sady siempre fue un enamorado de la fotografía. Casi no usaba exposímetro pues él mismo calculaba la luz. Iluminaba las fotos con pincel, arte que le aprendí; luego Esperancita, la mayor de las niñas, comenzó a

iluminar recortes de fotos ahí al lado nuestro. Tiempo después se dedicó a la pintura.

Una de las fotos que más queremos es la del Papa Pablo VI besando tierra en Colombia; fue la primera vez que un Papa besó la tierra, y Sady fue el único que la tomó. Esa foto le dio la vuelta al mundo. Sady la negoció con Guillermo Cano en exclusiva para *El Espectador* en Colombia, y por eso se le armó un problemonón con los otros medios. Claro que él también hizo muchas otras cosas en la vida. Cuando joven fue torero, ciclista y boxeador.

UN FOTÓGRAFO HABLA DE OTRO FOTÓGRAFO

Varias veces el fotógrafo Jorge Mario Múnera me habló del trabajo de Sady. Luego vio estas fotos.

Jorge Mario: —Sady era, en esencia, un reportero gráfico. Un reportero que poseía información visual del mundo de su época; se nota en sus fotos. Tenía un estilo propio. Maduro en su oficio, conectado con una tradición y una forma de ver el reportaje muy personales. La labor de Sady tiene conciencia. Se siente que conoció el trabajo de reportería gráfica que se hizo en la Segunda Guerra Mundial; seguramente bebió en revistas y publicaciones de la época. Uno siente a veces en sus imágenes ecos de las ciudades europeas destrozadas. Aquí hay un ojo; un estilo. Tiene olfato para el instante.

En aquellos días, Sady y su cámara eran un blanco fácil. Él reconoció la importancia histórica del momento. Tenía la conciencia del instante decisivo, pese a que aún no se había popularizado lo que Henri Cartier Bresson llamó «El momento decisivo», que les costó la vida a sus compañeros de trabajo en la agencia Magnum, Robert Capa y David Seymour «Chim», quienes murieron en actos bélicos. En otras palabras, sabía que lo que estaba ocurriendo era trascendente.

Otro aspecto interesante es que su fotografía de personajes no es una mirada que refuerce o enaltezca la importancia del poderoso o del poder. Se

acerca a las diferentes personas con la misma distancia. No le da un protagonismo especial a nadie. Por ejemplo, en la foto en que está el expresidente de Venezuela Rómulo Betancourt, él no es el centro.

Tenía una respuesta visual para la guerra; sabía qué hacer. Podríamos decir que tenía las cosas por lo menos tan claras como doña Bertha: ella no dejaba salir a Ospina de Palacio y Sady, presintiendo la importancia histórica del momento, se dedicó a cubrir toda la situación. Es impresionante el recorrido que logró realizar trabajando en esa Bogotá arrasada.

SADY

Aparte de la nota sobre Sady que aparece en el libro *Quién es quién en Venezuela, Panamá, Ecuador y Colombia*, Bogotá, Olivero Perry y Cía. Editores, 1952:

> González Moreno, Sady. Reportero gráfico nacido en Bogotá, Colombia, el 15 de mayo de 1913. Hizo estudios secundarios en el Colegio de La Salle de Bogotá. Especializado en reportería gráfica, habiendo montado un laboratorio hace muchos años. Se inició como reportero gráfico de *El Liberal, La Razón, Comandos* y *El Siglo*. Es actualmente reportero gráfico del diario *El Tiempo* y de la revista *Cromos*. Ha sido así mismo colaborador gráfico de las revistas internacionales *Time* y *Life*, y de otras publicaciones nacionales y extranjeras. Campeón nacional de ciclismo. Ganador de la vuelta doble Bogotá-Tunja, en diciembre de 1929. Fue presidente del Círculo de Reporteros Gráficos de Bogotá.

---

[68] Publicado en el libro *El saqueo de una ilusión: el 9 de abril, 50 años después*, Revista Número Ediciones, 2007.

MANUELHACHE, EL FOTÓGRAFO[69]

Víctor Diusabá Rojas

Había tantos cadáveres que todos parecían iguales. Con su cámara en bandolera y el miedo entre los pantalones, Manuelhache Rodríguez dio varias vueltas a la rotonda del Cementarlo Central, la morgue del Bogotazo.

Era la mañana del 10 de abril y algunos pocos deudos con suerte terminaban la búsqueda de sus familiares. Los muertos eran gentes humildes casi todas, con las ruanas mugrientas aún terciadas y los zapatos nuevecitos que acababan de robar. Manuelhache escuchaba los sollozos y se iba un poco más allá a mirar las últimas caras desmadejadas.

De pronto lo vio. Estaba desnudo y lacerado. No tenía, a diferencia de casi todas las víctimas, heridas visibles de fusil. Una corbata sin color le caía en curvas sobre el pecho y el hueco profundo de la frente parecía consecuencia de un golpe terrible. Buscó a los legistas que tomaban huellas gélidas. Los médicos lo vieron y también entraron en curiosidad. En esas llegó Felipe González Toledo, un maestro de la crónica roja que tenía olfato de perro de presa, y el cuerpo de Juan Roa Sierra, el único hombre señalado de ser el asesino de Jorge Eliécer Gaitán, dejó de ser un enigma.

Esa no es su fotografía más célebre, y, además, pocos saben que es suya. A Manuelhache lo conocen por otras fotos, como la que le tomó a Manolete, el torero, en 1946, recostado en las tablas de la Santamaría, a la espera de la muerte, que lo visitó un año después.

O la de Alberto Lleras Camargo, subversivo en tiempos del general Rojas Pinilla, con la «V» de la victoria, en un banquete en el Hotel Tequendama. O la de Luz Marina Zuluaga, radiante, simplemente reina de todas las reinas.

Pero si algún día Manuelhache recibió la alternativa como fotógrafo (de cada tres palabras que pronuncia, dos son taurinas), ese fue el 9 de abril. En medio de la batahola supo que lo suyo eran las cámaras, porque, hasta

aquel fatídico viernes, andaba unos días en las imprentas y los demás en los «cuádrese bien y no vaya a cerrar los ojos».

Es probable que de impresor, Manuelhache hubiera cumplido el ciclo de los trabajadores del ramo: del linotipo de sus años mozos a las rotativas de hoy de su vejez. En 1948 sabía manejar las ruidosas máquinas en la Tipografía Granada y levantaba tipos con prontitud. Si sigue por ahí, hoy estaría jubilado y gritaría ole desde el balcón de sol en la Plaza de Toros de Santamaría. Pero mataron a Gaitán y Manuelhache se dedicó a la fotografía y es el único no torero que tiene libertad para ir y venir por el callejón de la plaza de toros de Bogotá.

El día de la muerte de Gaitán, Manuelhache tenía 25 años, la mujer que siempre lo ha querido y el laboratorio rústico en un rincón de una casita de La Concordia, seis cuadras arriba del lugar del magnicidio. A la luz de los libros aprendió a disparar, revelar, copiar y ampliar. Aprendió todo, menos a cobrar. Nunca le pagaron las fotos de Manolete. Tampoco las del Bogotazo. Y perdió algunas muy valiosas prestadas a *El Espectador* cuando lo incendiaron en septiembre de 1952.

Las fotografías de Gaitán embalsamado en la Clínica Central, de los tranvías hechos humo, de los saqueos y de Roa Sierra hecho una masa de carne y huesos rotos las tomó con una máquina alemana que permitía doce fotos de seis por seis.

El 9, después de mediodía, se la colgó al hombro luego de jugarse un chico de billar en el Café Mercantil y de saludar a unos amigos en el Café Colombia. Al frente estaba el Gato Negro, el café donde Gaitán solía ir. Si se queda diez minutos más, hubiera tomado fotos de Gaitán tirado en el piso, con el hilillo de sangre y los estertores de la muerte, y de Juan Roa en la Droguería Granada, a la espera del patíbulo. Pero se fue a almorzar y apenas puso la radio escuchó el golpe. Entonces se devolvió por el mismo camino.

Ahí comenzó la tarde más larga de su vida. No sabe cómo le alcanzó el tiempo, pero estuvo en tantos sitios que el único que no parece haber visitado es el despacho del presidente Mariano Ospina Pérez.

Presuroso, antes de dar con el sitio del crimen miró hacia la Ferretería Berrío y vio el que pudo ser el primero de todos los saqueos. Un grupo de hombres había abierto un paréntesis en la reja y por ahí salían martillos, hachas, guadañas, machetes, tubos. Se acercó y les pidió que posaran. Lo hicieron como si estuvieran en la Revolución Mexicana, con las armas al viento. Luego dijeron ir a tomarse el Palacio, que nunca se tomaron. Manuelhache quiso seguir hacia la Jiménez con Séptima, pero uno de los saqueadores preguntó a dónde iría a parar la foto. Entonces varios comenzaron a perseguirlo, intentó correr pero lo sujetaron por la correa. El fotógrafo parecía condenado a otro linchamiento de los del día, cuando una voz lo salvó: «Ese es Manuelhache, el de los toros, déjenlo». Y lo dejaron.

De ahí en adelante, las aventuras de un hombre con cámara y sin miedo. Primero buscó las huellas de la turba que ya había matado a golpes a Roa frente a la Sombrerería San Francisco. Supo que se lo habían llevado a Palacio, pero no los encontró. Halló más bien dos rapiñas, una frente a la Joyería Bauer y otra en las vitrinas y estantes de la Joyería Americana. Sacó la cámara y clic.

Roa Sierra tardaría en aparecer. Ahora Manuel-hache estaba en la Plaza de Bolívar. Ardían los tranvías, sonaban disparos y, por la Carrera Séptima, a un costado del Capitolio, estaban las primeras víctimas. Eran dos cuerpos tirados frente a la placa que señala el sitio del asesinato de Rafael Uribe Uribe.

Manuelhache se atrevió, pero cincuenta metros más allá un oficial le advirtió, «si avanza, disparamos». Echó para atrás hasta dar con un lugar donde no hubiera ángulo de tiro. Pidió un pañuelo prestado y lo trepó en la punta de un trozo de madera. Sacó su pañuelo, también blanco, y se lo amarró en el brazo derecho, «era para que creyeran que era de la Cruz Roja o algo así», dice, lo había visto en alguna película o se le ocurrió en ese momento. Estaba tan dispuesto que le salió un voluntario para sostener el palito, un joven como él. Los dos asomaron las insignias de paz y comenzaron a caminar. El oficial le hizo una señal de tregua a sus soldados, apostados en la Calle Novena con Séptima. Tomó dos fotos, la de un par de obreros ilusos, muertos con las manos crispadas.

Los recuerdos se le atropellan. No sabe en qué orden, pero ahí están los testimonios en blanco y negro. Fue a la Clínica Central y se metió hasta el lugar donde yacía el jefe en su silencio eterno. Las enfermeras se acomodaron y el hombre, agachado, hizo otra vez clic. Salió corriendo de allí. Era una mezcla de dolor y abatimiento, pero más de incertidumbre. En la calle seguía el jaleo. Volvió a la Plaza de Bolívar y vio llegar a la cúpula liberal, encabezada por Carlos Lleras Restrepo y Alfonso Araújo. Una descarga al aire de los soldados los hizo retroceder. Manuelhache escogió el peor lugar para guarecerse detrás del tubo que sostenía uno de los faroles de la plaza. Dios estaba con él.

Se fue a buscar más riesgos. Pasó frente a los santos en llamas de la Iglesia el Hospicio y al aviso de Almacenes J. Glottmann, único vestigio de la tienda. Y donde hoy es la Biblioteca Luis Ángel Arango, vio rodar los caros barriles de vino de la Iglesia por la calle empinada. Escuchó discursos en muchas esquinas. Uno de Joaquín Tiberio Galvis en la Carrera Cuarta con Calles 13 y 14, desde lo alto de un tranvía hecho carbón. Todos lo miraban pero nadie lo escuchaba. Alcanzó a ver una figura en lo alto de la torre de la iglesia de Santa Bárbara y luego una torre a medio destruir, sin figura por dentro, un segundo después del cañonazo del ejército. entonces se le acabaron los rollos y la luz, y volvió a la casa a revelar, a copiar, a ampliar. Al otro día encontró a Roa Sierra.

Cuando la ciudad volvió a andar, Manuelhache regresó a los billares. Todos tenían una historia del 9 de abril y otros algo más: paños ingleses, radios, joyas, vestidos. La suya, su historia, estaba en fotos, como las que ilustran este libro. El tipo decidió ser fotógrafo.

---

[69] Publicado en el libro *9 de abril: la voz del pueblo*, Editorial Planeta, 1998.

Las mujeres en el 9 de abril[70]

Dos testimonios: la secretaria de Ospina Pérez y una líder popular

María Cristina Alvarado

A la 1:05 de la tarde, hoy hace 30 años, moría asesinado el hombre que fuera llamado «la voz de un pueblo». Lo que vino después ha sido repetido demasiado. Sin embargo, hay una versión que no ha sido tan difundida: el punto de vista de las mujeres que estuvieron ligadas a tales acontecimientos.

Y asombra. Porque hay mujeres que tienen mucho que contar al respecto. Nosotros encontramos algunas. Para sorpresa nuestra, entre tantas mujeres entrevistadas, solo había dos enfoques. Dos miradas distintas de los hechos. Claramente logramos establecer que dichos enfoques son marcadamente antagónicos: el oficial y el del pueblo.

Fue entonces cuando decidimos la suerte de este artículo. Escogimos una representante de cada sector. Las que mejor se identificaran con los intereses que defendían. Por eso invitamos a Cecilia Piñeros de Ricardo, secretaria privada del presidente de la época, y a Carmen de Rodríguez, líder popular.

Ambas combatieron. La una desde el Palacio Presidencial la otra desde el barrio Las Aguas.

Cecilia confiesa intimidades de su encierro en Palacio que duró 25 días junto a los jefes conservadores y liberales. Carmen dice a los cuatro vientos que saqueó almacenes de víveres durante esos días, para sobrevivir.

Al paso que una se unía a la agitación popular para exigir el derrocamiento del gobierno conservador, la otra abogaba por la calma y escribía comunicados apaciguadores para la Radio Nacional.

Dejemos que sean ellas, con sus propias palabras, quienes describan los momentos de delirio que vivieron. Aquellos que nunca se borrarán de su memoria.

De pedagoga a secretaria presidencial

Cuando Cecilia Piñeros inició su carrera de pedagoga en un lejano pueblo cundinamarqués, nunca imaginó que su fogosa personalidad la llevaría a escalar las más altas posiciones oficiales. Todavía menos se figuraría que la experiencia más interesante de su vida la viviría, muchos años más tarde, al lado de Mariano Ospina Pérez. Tal experiencia tiene una fecha insigne: 9 de abril de 1948. Ningún ciudadano del mundo se mostró imperturbable ante los sucesos de ese día. Ella, menos. Era la secretaria del presidente cuya cabeza exigía la exaltada turba, después que muriera el más querido de sus caudillos.

Antes y después de las 12:30

Cecilia Piñeros de Ricardo desempolva hoy los recuerdos del momento preliminar al célebre Bogotazo, que convirtieran a Colombia en la sede de los más rojos acontecimientos. El diálogo con la ex secretaria de Ospina se desenvuelve en el más clásico ambiente europeo. La decoración de su hogar, compartido con Víctor G. Ricardo, mezcla toda clase de elementos franceses y holandeses. Clásicos escritorios preciosamente recamados, al lado de multitud de objetos de mármol y bronce. La más exquisita gama de tapetes persas a nuestros pies enmarcaban la sala que sirvió de recibo a sus declaraciones para este diario.

«El presidente me estaba dictando una carta para uno de sus hijos que vivía en el exterior, cuando nos interrumpió una llamada telefónica. Exigían su presencia en una exposición. Yo me iba para un coctel. Vine a mi casa, a eso de las 12 y media. Allí me enteré de la fatal noticia. La radio anunciaba que se había venido encima la catástrofe. Me fui volando a coger un vehículo para palacio. En el taxi que tomé iban el chofer y otra persona. Ambos vociferaban contra el presidente Ospina. Lo llamaban asesino, porque había mandado matar a Jorge Eliécer. Yo discrepé. Les dije que ellos no podían decir eso, porque no conocían al presidente. Que él era un ser de

inmensas cualidades humanas. Y que estaba segura que no había tenido nada que ver en eso. Que seguramente había habido alguna instigación comunista en este acontecimiento, para producir el caos en el país».

La conversación de Cecilia es ágil. Se diría que aprendió la misma prosa política y que la aplica en cada uno de sus diálogos. Así continuó su brillante exposición:

«Cuando llegue al Capitolio había allí un tiroteo fuerte. Bajé por la Calle Décima, mientras se desató el aguacero. Me detuve en una sastrería a mirar cómo quemaban carros. Yo no sé de dónde salía aquella turba que todo lo destruía. Me dirigí a la puerta de Palacio que estaba fuertemente custodiada por tropa. No me dejaron entrar. Pretendí meterme por debajo pero fracasé en mi intento. Fue entonces cuando apareció el general Ocampo diciendo ¡Alto! ¡Déjenla entrar, que es la secretaria del presidente!».

Definitivamente esta entrevista fue fácil.

Nuestro personaje contaba los hechos de manera emocionante. Todo lo describía además con una impecable minuciosidad. Después de cada frase se detenía para dejar entrar el suspenso en aquella hermosa sala. La cronista, entonces, se limitó a escuchar a su elocuente interlocutora, sin hacer ningún esfuerzo.

«Cuando llegué a la oficina del presidente, encontré allí un ambiente de gran expectativa y profunda preocupación. El doctor Ospina, quien estaba acompañado de su esposa y de Ángela, la hermana de esta, me pidió que llamara a todos los gobernadores para enterarlos de los hechos. Se les pedía que tomaran medidas para conjurar el desorden. Había que declarar turbado el orden público y, para ellos, tendría que expedirse un comunicado firmado por todos los ministros. Solo tres no estaban allí».

La misma hora en Las Aguas

Antes de las doce y media de ese día, Carmen de Rodríguez, costurera de esa época, dedicaba su tiempo a zurcir frente a la máquina de coser. Los

trabajadores de las fábricas y almacenes salieron a almorzar, sin que nada presagiara desgracia.

Carmen también se enteró de la noticia por la radio: ¡que habían herido a Gaitán!

Luego de contarnos que el 9 de abril comenzó con una mañana tranquila, Carmen nos emocionó con los hechos que narró después. Hablamos con ella en la sala de su casa. Fotografías familiares en todas las paredes. Flores artificiales. Adornos alegres. Muebles modestos, pero confortables. La casa de Carmen y su familia respira un buen olor. Es pequeña. De entrada, se conocen todos sus rincones.

La conversación de nuestra interlocutora es rápida, clara, inteligente.

Se refiere a los hechos en tercera persona. Carmen habla a nombre del pueblo. Es vocera de su clase. De la clase pobre de este país.

QUÉ HACÍAN LAS MUJERES

«Nosotras no creíamos. Pero a medida que fueron dando minuto a minuto la noticia, la gente se fue convenciendo. La mayoría de las mujeres que simpatizaban con las ideas gaitanistas, como buenas católicas, demostraron su angustia rezando y prendiendo velas en las calles. Imploraban que no muriera Gaitán. El Señor Dios lo salvaría. Pero cuando anunciaron que el caudillo estaba muerto, la gente se transfiguró. Mucha gente que yo vi enloqueció de decepción. Maldecían. Decían que un policía había sido el asesino». Las palabras de esta mujer evocaban los fatales acontecimientos, mientras su rostro reflejaba parte de la tensión que vivió en esa oportunidad.

LA PROTESTA CALLEJERA

«A las dos y media de la tarde, vimos cómo los policías salieron a sumarse en la protesta. Ellos entendieron que Gaitán predicó la igualdad sin discriminaciones. Fueron ellos, los policías, quienes entregaron al pueblo las armas. A las cinco de la tarde, no se vio un policía más por las calles. En cambio, se vieron uniformes y cascos en ellas. Todos se habían despojado

de sus uniformes tras haber saqueado almacenes de vestidos, con el fin de vestirse de civiles».

¡EN UN TANQUE BLINDADO!

Que nos disculpe el lector por obligarlo a retroceder el cronógrafo de los acontecimientos. Volvamos con el decreto de perturbación del orden público. Cecilia Piñeros era la encargada de hacerlo firmar por los ministros que no estaban en Palacio. Cecilia entonces tenía que salir de allí a buscarlos. Y salió.

Trepada en un tanque blindado, por entre balas, hachas y machetes, se dirigió al norte de la ciudad. Iba a la residencia de José Antonio Montalvo, uno de los firmantes que faltaban. Debía encontrar también a Anzola Cubides y a Laureano Gómez. Pues bien. Encontró a dos de ellos. El último no firmó el decreto.

«YO SAQUEÉ»

Mientras Cecilia Piñeros enfrentaba la turba, Carmen de Rodríguez formaba parte de ella. Y participó activamente. Así lo confiesa: «Yo sí saqueé. Pero casi no me sirvió de nada. Le voy a explicar por qué tuvimos que robar aquel día: estábamos convencidos que nos moriríamos de hambre si no nos aprovisionábamos bien. Yo tenía dos hijos y debía darles algo de comer. Me limité a robar alimentos, tamales y galleticas. ¿Sabe dónde? En la lonchería El Palace, en la Calle 18 con Carrera Séptima. Yo sí confieso eso, ya que nadie lo hace. Nadie robó pero los almacenes de la ciudad quedaron desocupados».

Después de la carcajada, Carmen cuenta una anécdota chistosa: «No solo la gente pobre saqueó. También lo hicieron los ricos. Ellos venían desde el norte, en carro. Se metían a los almacenes lujosos para proveerse de buena ropa».

POR LA CABEZA DE OSPINA

El clímax se sintió cuando la multitud en las puertas de Palacio pedía a gritos la cabeza de Ospina Pérez. En el barrio Las Aguas, la marejada subía. El odio contra el gobierno se acrecentaba. En Palacio, en cambio, liberales y conservadores pactaban para compartir el poder.

El pueblo, convertido todo en liberal, en gaitanista, en anarquista, exigía la caída del gobierno conservador, responsable, según ellos de la muerte de Gaitán.

Cecilia Piñeros de Ricardo tuvo en este momento una vital actuación. En vista de que afuera los ánimos caldeaban cada vez más, mientras los políticos adentro no se ponían de acuerdo tomó una decisión, que se convirtió luego en histórica.

«Si yo hubiera contado lo que hice no estaría ahora viva. Mientras los jefes liberales y conservadores estaban a puerta cerrada, dialogando largamente, Evaristo Sourdis me increpó: "¿Qué hacemos? Si no llegamos a un pronto acuerdo, el país caerá en un error que nunca terminará de lamentar".

»Entonces yo redacté una comunicación para la Radio Nacional, diciendo que los jefes liberales habían ofrecido su apoyo al presidente de la República, para salvar al país. Después que los jefes se enteraron de la falsa comunicación, tildaron de "pendenciera" y "belicosa" a la persona que la había ideado. Hasta le ofrecieron cárcel. Recuerdo que Elvira Mendoza llamó a su padre para reprocharle que el Partido Liberal se hubiera entregado al gobierno. Pero la muchedumbre se calmó. Después, el comunicado se entendió como una solución nacional».

La historia bien conoce los acontecimientos que sobrevinieron. Nadie pudo contar jamás los muertos que se encontraban en las calles, en los templos, en las aceras.

En la Perseverancia, en «el cinturón rojo del gaitanismo», Carmen de Rodríguez continuó su lucha. La misma de su pueblo. El esfuerzo por sobrevivir. Y Cecilia enfrentó la suya, desde la diplomacia, al lado de su marido, recorriendo a Europa y Suramérica.

Ellas se formaron, cada una con experiencias distintas, como políticas. Cecilia como conservadora, Carmen como líder popular. La una combatió

hasta que terceras personas truncaron su carrera parlamentaria. Carmen, en cambio, añora el día en que surja otro líder como Gaitán para lanzarse otra vez a la calle.

---

[70] Publicado en *El Espectador*, 1978.

Un peronista en el Bogotazo[71]

Aníbal Pérez

Un reportero argentino llega a Bogotá en 1948 con el fin de cubrir la Conferencia Panamericana. Pocos días después matan a Jorge Eliécer Gaitán y él le escribe a su padre una larguísima carta al respecto. Por azar o destino, la misiva permanece inédita 62 años. Tal es la cautivante historia de las páginas que siguen.

Bogotá, 21 de abril de 1948

Querido papá: No sin cierta emoción me he sentado a escribirte. Tantas veces quise hacerlo pero como quería escribirte largo y tendido encontraba que siempre me faltaba el tiempo. Ayer he recibido una carta de tío Olsen y hoy otra de Raúl por la que me he enterado de que todos están bien. De Elsa la última que recibí es del 6 del corriente y no sé siquiera como habrá pasado los días en que nosotros andábamos de «baile». Aunque supongo que conociendo mis habilidades para andar en esta clase de cosas no se habrá asustado mucho.

Ayer también recibí un ejemplar de *Democracia*, fecha 14, en el que con gran satisfacción leí la segunda parte del relato de mis aventuras durante el día de la revuelta. Si tú lo has leído habrás tenido una impresión aproximada del asunto, porque como había censura telegráfica muchas cosas las tuve que callar por temor a que no me dejaran pasar el cable. En *La Prensa* de ese mismo día hay una crónica de Milton Bracker en la que cuenta las dificultades de transmisión.

En realidad, parte de lo acontecido lo habíamos previsto ya nosotros que venimos de un país donde hasta la última persona es considerada como gente y tratada como tal. Acá subsiste aún el régimen de las «200 familias» que, junto con los agentes de las empresas imperialistas, son quienes dominan todo. Tanto en el Partido Liberal como en el Conservador, que está

en el gobierno, los dirigentes pertenecen a la oligarquía y las resoluciones partidarias así como la política que desarrollan es completamente a espaldas del pueblo.

La gente de trabajo ha abierto mucho los ojos con la política de Perón, a pesar de que acá la conocen muy poco porque los diarios ocultan toda noticia que provenga de la Argentina y muy en especial lo que se refiere a la política peronista. Desde que estoy acá, a lo que le han dado mayor importancia (un título de dos columnas) fue a la noticia sobre la posible huelga de jugadores de fútbol.

Sin embargo, por la propaganda en contra de Perón realizada por los diarios durante el período revolucionario y el electoral, la gente se alegró mucho al saber de su triunfo y lo ha conservado como una bandera. Nadie ignora acá todo lo relativo al intervencionismo de Braden y a la derrota que sufrieron los «gringos», como les llaman a los yanquis.

El salario medio de una persona está calculado entre 60 y 80 pesos colombianos mensuales. Pero eso es para los obreros especializados. Los demás perciben un sueldo que nunca sobrepasa los 50 pesos. Tengo el caso de un mozo empleado en la confitería del Capitolio al que le pagan un peso diario y hablando con él me dijo: «¿Cómo cree usted que yo pueda mantener a mi mujer y los niños?». El mismo caso se nos presentó en el Hotel Astor, donde las mucamas, que entran a las siete de la mañana y sirven desayuno, hacen la limpieza y las camas, sirven el almuerzo, luego el té y finalmente la cena y se retiran a las diez de la noche, ganan solamente 25 pesos mensuales mientras que a nosotros nos cobraban 20 pesos diarios.

El descontento era general. Así que la muerte de Gaitán fue como si la mecha hubiera llegado a la pólvora. Un verdadero estallido de ira. Gaitán era muy querido porque era de origen «humilde» para estas tierras. Era hijo de un librero, por lo tanto no formaba parte de la oligarquía, la que le tiraba desde todos los ángulos posibles. Gaitán tenía 46 años y había asimilado mucho de la política peronista. En sus discursos es frecuente observar coincidencias notables o copia de frases de Perón como «la masa sudorosa que elabora la grandeza del país», etcétera. La gente humilde lo idolatraba y cuando él hablaba concurría mucha gente a los mítines. Por lo general, al

disgregarse se organizaban manifestaciones que apedreaban algunas casas de oligarcas, por lo que estos veían en Gaitán un enemigo formidable al que bajo ninguna forma debían dejar llegar al poder.

Los jerarcas liberales –antes de la última elección– se conjuraron para impedir la candidatura electoral de Gaitán y mediante una maniobra lograron impedirla, fomentando así la división del partido. No obstante, Gaitán se presentó como candidato con el partido dividido pero fue derrotado. Como aquí no rige el padrón nacional sino que hay un sistema de cedulación muy raro, el fraude no fue difícil y así triunfó el candidato conservador Mariano Ospina Pérez, que forma parte del círculo de conservadores denominados «godos» por su cerrado espíritu y dependencia del clericalismo jesuita.

Esta división partidaria fue fomentada y acordada entre los oligarcas conservadores y liberales y así fue demostrado durante una sesión del Senado del mes de noviembre pasado por el senador César Ordóñez Quintero (un joven abogado de 30 años, posible sucesor de Gaitán, también «humilde» hijo de campesinos), a quien durante el debate uno de los conservas amenazó pistola en mano cuando se vieron acorralados ante los documentos que Ordóñez presentó ante la Cámara acerca del entendimiento oligárquico. Este Ordóñez es natural de Santander del Sur, tierra de donde se dice que los hombres «comen plomo y escupen soldaditos».

Después de la elección comenzó una persecución contra todos los simpatizantes liberales. Laureano Gómez –el hombre más odiado de Colombia– preconizaba desde el diario conservador *El Siglo* su exterminio y cuando a raíz de un levantamiento en la provincia de Santander (la tierra de los bravos) fue nombrado ministro de Gobierno, expresó, durante una sesión de la Cámara de Diputados en la que fue interpelado, que «el Partido Conservador se mantendría en el poder a sangre y fuego».

Aunque acá en la capital el ambiente estaba aparentemente tranquilo y no se producía ningún disturbio, todos los días leíamos en los diarios las noticias más asombrosas provenientes del interior. Títulos como «Veinte liberales muertos en tal parte» o «Exterminan la familia del liberal fulano»

eran corrientes y un día o dos antes leímos la noticia de «Cincuenta muertos en la provincia de X» (no me acuerdo del nombre).

Toda esta trágica persecución política, unida al descontento de los trabajadores por los bajos salarios y el alto costo de la vida (una libra –400 gramos– de carne cuesta 63 centavos), nos dieron la impresión de que cuando esto estallara iba a ser incontenible. Había odio y rencor en la clase baja. Por lo general, son tipo mestizo descendientes de los antiguos chibchas que poblaron esta zona. La gente vive en casas con más de cien o doscientos años de antigüedad, con lo cual la mugre anda a la orden del día mientras que la oligarquía tiene sus residencias en el barrio denominado Chapinero que supera en belleza y elegancia a todo cuanto podamos tener en Buenos Aires. Este barrio, a pesar de su belleza, da una impresión desoladora: no se ve gente en los jardines y las casas siempre están cerradas. Hacen una vida muy retraída. Casi monástica. Los hombres van a sus ocupaciones y las mujeres se quedan en casa. Por lo general se acuestan a las seis de la tarde y cenan en la cama. La aristocracia local es de lo más cerrada y los «200 apellidos» se repiten en una forma impresionante. Se casan entre primos y es común encontrarlos: Londoño y Londoño, Lozano y Lozano, Uribe Uribe, etcétera.

Eso, que se repite también con mayor amplitud entre la clase baja, no contribuye por cierto al mejoramiento de la raza. La inmigración acá es casi nula y el aumento vegetativo de la población es reducido por la gran mortandad infantil. La sífilis, según me han dicho, comprende a un 60 % de la población, índice verdaderamente aterrador. Por otra parte, también hay lepra y el primer día que llegamos nos dieron la recomendación de que tuviéramos cuidado con los leprosos porque acostumbran restregar sus pústulas con quien pueden para transmitirle la enfermedad. También hay tifus debido a la mala calidad de las aguas y para completarla nos enteramos de que, como homenaje a los delegados de la Conferencia Panamericana, muchos de los lugares que ellos debían visitar habían sido dedetizados para matar las chinches, pulgas y piojos que abundaban. Además, también como medida de homenaje, se recluyeron en campos de concentración a todos los mendigos de la ciudad (que debían ser muy abundantes) y se mataron la

mayoría de los perros en virtud del alto índice de canes rabiosos que andaban por las calles.

El verano acá había sido muy largo y como consecuencia el abastecimiento de agua del Salto del Tequendama había quedado reducido casi a la nada, con lo que la ciudad estaba en peligro de quedar sin agua y sin electricidad porque la usina es hidroeléctrica, instalada también aprovechando el salto. Para evitar la contingencia de que la Conferencia pudiera carecer de estos elementos, se arbitró una medida muy simple: cortar la corriente y el agua a los barrios pobres. Con lo cual esta gente vio agravada su miseria con dos elementos más. También durante los primeros días de nuestra permanencia en el Hotel Astor a las 21 se cortaba la luz y debíamos alumbrarnos con velas.

Después de este alegre «panorama», en el que creo no me olvido nada, podrás imaginarte que la reacción popular ante el asesinato de Gaitán debió ser como fue.

Pero antes de entrar en detalles sobre la rebelión, agregaré otra cosa más y de la que me olvidaba: los borrachos. La gente acá se pesca unas curdas fenomenales. El whisky es de lo más común en todos los bares y almacenes. El precio es de 16 pesos colombianos la botella de litro para el Vat 69 y hay otros más baratos, hasta 12 y 14 pesos la botella. También se vende mucho en botellas de medio litro. En el hotel nos estafaban cobrándonos la copa a 2 pesos (cuatro pesos argentinos), pero creo que en los bares se debe cobrar más barato (alrededor de 80 centavos la copa). Yo no lo he probado por razones de higiene (lavado de copas deficiente). Pero también los «piscos» (nosotros diríamos «tipos») se emborrachan con cerveza. Una cerveza local medio regular que se envasa en unas botellas parecidas a las de medio litro de agua Villavicencio y de las cuales los individuos se mandan media docena o más cada uno. También hay una especie de aguardiente anisado (30 centavos la copa) al que le llaman «trago». Por la noche, después de las 9:30 o 10:00, nos ha sido frecuente el espectáculo de grandes cantidades de borrachos en una forma como en Buenos Aires jamás se ha visto. La policía ni interviene en el asunto porque prácticamente no existe en las calles, salvo en dos o tres paradas de la zona

céntrica o alguna ronda que realizan por parejas pero que siempre acaba en un boliche porque acá no hay ninguna clase de disciplina al respecto. ¡Esto no es Buenos Aires ni la Argentina!

Con respecto a la policía agregaré otro detalle. Está dividida en la «popol», los «chulavitas» y el «detectivismo». La primera de ellas es la policía política que ha tenido mucho que ver con la persecución de los liberales. La segunda es la uniformada, el nombre es un mote popular sinónimo de asesinos. Se le adjudicó tal mote en virtud de la gran cantidad de indios chulavitas que Laureano hizo ingresar a la policía para perpetrar los asesinatos de los liberales. No son tipos valientes (yo los he visto temblar de miedo el 9 pasado), pero sí sanguinarios y alevosos. El «detectivismo» es la simple policía de investigaciones (que, también en homenaje a la Panamericana, se lució encanando a todos los carteristas, ladrones, asaltantes y asesinos conocidos que pululaban por estas calles y que reunió en otro campo de concentración especial). El auge de los asaltantes y carteristas hace que aquí nadie lleve dinero. Todo se paga en vales. En confiterías, almacenes, tiendas, la gente más o menos conocida hace su consumición y firma un vale, que luego no sé cómo es reembolsado.

Cuando llegue –ya que la Conferencia finaliza el 30– te contaré algo del paisaje que rodea la ciudad, recostada sobre el maravilloso cerro Montserrat, en cuya cima hay un monasterio objetivo de muchas excursiones. Pero estas excursiones algunas veces suelen terminar mal porque los salteadores emboscados detienen los automóviles y asaltan a sus pasajeros y se da el caso de que las mujeres acompañantes no suelen salir indemnes de la emergencia como un caso que sucedió durante nuestra estadía aquí –antes del 9– y que reprodujeron los diarios.

¡Esto es algo de lo que vi en Bogotá y también de lo que he podido comprobar! Pasemos a los sucesos del 9.

A las 13:20 me encontraba en la sala de periodistas del Capitolio cuando llegó corriendo un muchacho colombiano diciendo: «¡Acaban de matar a Gaitán!». Yo y otros muchachos que estábamos en la sala dijimos: «Es imposible». En verdad la noticia era increíble. Pero ante la afirmación

rotunda y otros detalles, con dos periodistas yanquis nos lanzamos a la carrera hasta el lugar del asesinato distante unas seis cuadras. Te podrás imaginar que íbamos con el corazón en la boca por la altura de acá (2.600 metros), detalle del que estarás enterado por lo que le escribí a Elsa. Ya en la calle tuvimos la impresión de la tragedia. Las primeras cuadras estaban desiertas y al fondo, hacia el lugar del asesinato, un hormiguero de gente que iba engrosando con personas que corrían desde todos lados. Mientras tanto en las calles transversales aparecían hombres jóvenes gritando: «¡Pueblo de Colombia, acaban de matar al doctor Gaitán!», gritos que eran recibidos con incredulidad por la gente que se arremolinaba a inquirir detalles y luego corría hacia el sitio del asesinato.

En el lugar del hecho aquello era un caos. La gente gritaba: «Asesinos», «Muera el Partido Conservador», «Queremos la cabeza de Ospina», «Viva Gaitán», «Viva el Partido Liberal». En todas las solapas comenzaban a aparecer ya cintas rojas, emblema del partido liberal, y junto a ellas una cinta negra de luto. Yo no sé de dónde las habían sacado. Posiblemente desgarrando la primera tela que tuvieron a mano. Los conductores tranviarios abandonaron los vehículos y se paralizó su circulación. Tuvimos que dar un rodeo para llegar hasta el lugar donde había caído Gaitán. Los dos yanquis rajaron para el Hotel Granada y yo me quedé solo mezclándome entre la multitud. Me aproximé hasta la vereda donde había caído Gaitán (al que ya habían trasladado a un sanatorio), eran las 13:30 y en ese momento cubrían el sitio donde cayó con una bandera colombiana. Momentos antes, según me dijeron, mucha gente había mojado su pañuelo en la sangre del líder para guardarlo como recuerdo.

Metros más allá, en medio de un remolino de gente, yacía el asesino a quien habían ultimado a puntapiés. El desorden y el fervor eran extraordinarios. Una reacción inigualable de un pueblo sojuzgado. De inmediato se organizó una manifestación al grito de «Al Palacio», «Al Palacio» (se referían al Palacio Nariño, sede de la presidencia).

Seguí a la carrera con los manifestantes mientras dos personas llevaban el cadáver del asesino al frente tirándolo de los pies. Mientras lo arrastraban, se le fue saliendo la camisa y camiseta, quedando medio

desnudo. Para llegar al Palacio Nariño pasamos por la plaza Bolívar y un costado del Capitolio. Allí ya comenzó la pedrea y hasta el momento no había ninguna reacción policial. Una cuadra más allá del Capitolio hay una comisaría y algunos de los chulavitas la abandonaron plegándose a los revoltosos al grito de «Viva la policía liberal».

Prácticamente la manifestación no entró en la Casa de Gobierno por indecisión. La guardia, según tuve la impresión, estaba aterrada e indecisa y la gente enardecida se limitó a proferir gritos y a depositar el cadáver del asesino frente al Palacio Presidencial, mientras que cundía por todas partes un desorden al que se le podría dar el calificativo de «gran jerarquía». Como espectáculo era magnífico. En las esquinas se improvisaban oradores que incitaban a la acción, mientras hombres y mujeres expresaban sus quejas por el asesinato y algunas lloraban. A mi lado una mujer secándose las lágrimas dijo: «Dios mío, me lo han matado». Subrayo el «me» porque eso podría indicar mejor lo que el pueblo sentía por Gaitán. Era de ellos.

Unos disparos al aire hechos desde el cuartel de la custodia presidencial bastaron para que la multitud se dispersara. Pero estos disparos la enardecieron más y comenzaron a destruir edificios. Atacaron en primer lugar los focos de luz de la Universidad Javeriana, frente al Capitolio, y enseguida la emprendieron contra este por uno de los costados. Ante la impresión de que lo iban a atacar, me dirigí hacia el mismo por la entrada principal, constituida por una escalinata de unos diez peldaños en todo el frente de la plaza Bolívar. La entrada es sin puertas, solamente la demarca un pórtico con columnas de estilo jónico que dan entrada a un patio en cuyo centro se encuentra la estatua de Santander.

Sobre este pórtico montaban guardia permanente unos 30 chulavitas, a los cuales se les había dado un uniforme especial de paño azul marino con botones dorados y un casco plateado modelo similar al inglés de la primera guerra, pero más bien grotesco y con forma de «vacía» de peluquero, que dio motivo a los más jocosos comentarios entre los mismos bogotanos. (Algunos decían que lo utilizaban como cazuela para el rancho.)

Cuando llegué hasta donde la fila de chulavitas montaba guardia, me di cuenta de que el Capitolio era una presa fácil. Tenían el gran ca...

(imaginátelo vos) del siglo. Algunos temblaban y la totalidad se encontraban azorados. (También como homenaje a la Panamericana estaban solamente armados con palos.) Uno de ellos exclamó todo tembloroso: «Pero cómo nos dejan así solos. Si tuviéramos dos ametralladoras terminábamos con todo esto». No era en realidad tarea de ametralladoras sino de decisión y coraje. Los estuve alentando y dándoles confianza. Llegué a decirles: «No tengan miedo que no va pasar nada». Pero mientras les decía esto la gente se agrupaba en la acera de enfrente (unos 25 a 30 metros) y vociferaba contra la Panamericana y contra el gobierno, mientras algunos cabecillas se adelantaban al medio de la calzada incitando a los demás a avanzar contra el Capitolio. Observé entonces que algunos de los policías emprendían una retirada estratégica para el fondo y que sus filas iban quedando raleadas.

La gente advirtió el temor y avanzó. Los cabecillas ya estaban ascendiendo la escalinata, lo que motivó el desbande de los policías que se replegaron hacia el fondo del patio. Corrí entonces hacia la oficina de prensa, para avisarles a los muchachos que el Capitolio era invadido. En uno de los corredores me encontré con unas diez chicas taquígrafas con un susto mayúsculo. También les di ánimo de pasada y prometí venir enseguida a auxiliarlas. Cuando llegué a la sala reinaba un pánico mayúsculo.

Los vidrios caían a pedazos por las pedradas arrojadas desde la calle. Crucé la sala hasta el fondo (12 metros) y en una habitación encontré a los enviados de *La Nación*, *El Mundo*, *La Prensa* y otros a quienes informé de lo que pasaba y les indiqué la necesidad de que se retiraran por la puerta del fondo, que hasta el momento no había sido atacada.

Después de esta información y ante su indecisión, regresé para atrás y al cruzar la sala bien erguido, para que nadie fuera a pensar que sentía miedo, una piedra como de medio kilo atravesó uno de los vidrios y pasó por sobre mi cabeza, yendo a estrellarse contra la pared. Ni siquiera me encogí, porque no sentía miedo (o el mío era menor que el de los demás), me di media vuelta para observar el efecto de la piedra y proseguí mi camino. Ya la turba había entrado al Capitolio y por todas partes se

escuchaba el estallido de los vidrios y golpes de muebles y máquinas arrojados al suelo.

Espié hacia el patio y los policías habían desaparecido. En este caía toda clase de muebles arrojados desde el piso superior que la gente de abajo volvía a agitar para terminar de romperlos. Volví a la sala de prensa y ya todo el mundo se había retirado. Iba a hacerlo yo mismo cuando me acordé de las taquígrafas. Varios revoltosos habían pasado por ese corredor rompiendo vidrios. Me dirigí a la puerta de la oficina de ellas (felizmente era toda de madera) y golpié para que abrieran. Salieron todas llorosas y me rodeaban desesperadas. Por más que hacía no podía animarlas. Las decidí a que nos dirigiéramos a la puerta de atrás y así lo hicimos. Todo estaba tranquilo por este lado y salimos hasta una explanada desde la cual por una escalinata se llega a la calle.

Ya estaba el problema resuelto. Sin embargo, apareció en ese momento un hombre que con una piedra apuntó hacia nuestro lado. Le hice señas de que no tirara y me dio a entender que no lo iba a hacer. Pero las chicas se asustaron tanto que quisieron volver adentro. Al regresar ya nos encontrábamos cercados. Frente nuestro apareció un negro petizo y motoso esgrimiendo un garrote sacado de una pata de mesa. Dos de las niñas se me prendieron una a cada brazo y las otras se colocaron detrás mío. Pude desasirme de una de ellas y levantando el brazo le increpé entre afirmativo y dubitante: «Supongo que no pensará atacar a las mujeres». El pobre tipo me superó ampliamente en el susto, porque se avergonzó todo, miró hacia abajo y con un «no» muy debilucho y desganado pasó a mi lado con la pata de mesa enarbolada. Fue un momento realmente dramático en que yo no sabía qué hacer. Estaba tranquilo pero no las tenía todas conmigo y me preocupaban esas chicas de las que salí a hacer de protector porque me daba asco la rajada en masa de los colombianos que las dejaron solas.

Por indicación de una de ellas, que conocía la casa, nos dirigimos hacia la azotea. Desde allí tuve un formidable punto de observación. Habían comenzado a volcar autos y tranvías y a prenderles fuego, al que luego agregaban los magníficos sillones y sillas que sacaban del Capitolio. La grita era ensordecedora y vibrante acompañada por el ruido de vidrios rotos,

muebles que eran arrojados desde la galería interior del primer piso, así como máquinas de escribir, de contabilidad y otras.

Varias veces intenté bajar, pero las chicas no querían desprenderse de mí. En ese momento llegaron Jean Lagrange y Ana Kipper, corresponsales de la France Press, con su maquinita portátil de escribir. El francés se sentó en el borde de un paredón, apoyó la máquina sobre las rodillas y lo más trucho prosiguió escribiendo sus crónicas. También llegó minutos después Carlos Muzio Sáenz Peña (22 años), hijo del director del diario *El Mundo*, a quien dejé a cargo de las taquígrafas, encargo que me relevó de permanecer en la azotea.

Me dirigí hacia abajo y ya habían comenzado a entrar los soldados al Capitolio por la puerta de atrás; pacientemente y sin actos de fuerza iban empujando a los revoltosos hacia afuera. Ya en el patio observé cómo uno de los de la turba hería en la cara con un caño a uno de los soldados, quien conservó la calma y no repelió la agresión a pesar de que manaba sangre por la herida. Poco a poco los retiraron del patio y ya apostada la guardia con fusiles el interior era un sitio más o menos seguro. Por afuera se escuchaban descargas de fusil y revólver, las que luego fueron creciendo en intensidad.

Me dirigí hacia la sala de periodistas adonde nuevamente habían llegado los franceses y me puse a escribir mi primer relato de los sucesos a *Democracia*. Llegó en esos momentos el gerente de American Cables, míster Goodwin, quien enseguida se puso a nuestra disposición para que mandáramos todo aunque nos adelantó que le acababan de informar que se había implantado la censura y que no salía ningún despacho telegráfico, aunque me aconsejó que terminara el mío «porque así ganaba turno». Así lo hice. Cuando estaba escribiendo, seguían cayendo piedras contra los cristales y, a pesar de estar las persianas bajas, como eran de un material plástico flexible, las piedras pasaban cómodamente por entre las mismas. Uno de los empleados de la conferencia que había aparecido de no sé dónde me recomendó que me escudara contra una pared. Pero le contesté lo más tranquilo: «De acá no me muevo».

Llegó minutos después Abello, corresponsal de *Clarín*, quien desde ese momento se convirtió en compañero de aventuras. Cuando terminé el despacho, me dirigí con uno de los cadetes de la All American hacia el sótano donde estaba míster Goodwin para hacerle una consulta y allí me encontré con varios delegados argentinos con estado de ánimo fácil de imaginar. Conversé con ellos unos minutos y luego me fui al mostrador a tomar una solemne copa de coñac que me cayó muy bien porque hasta ese momento, las 16, no había tomado nada ya que no acostumbro a desayunarme y el almuerzo ha quedado pospuesto hasta mi regreso al hotel.

Ya era imposible salir del Capitolio porque estaba sitiado. Me dediqué a recorrer las dependencias y estuve en el frente del pórtico, donde conversé con los soldados y su comandante, un capitán Miranda, que tuvo un comportamiento magnífico. Desde una de las ventanas del costado vi dos barricadas hechas con sillas y muebles arrojados desde el Capitolio, en una de las cuales se encontraban soldados cuerpo a tierra con fusil y bayoneta y en la otra dos piscos, uno de ellos semierguido blandiendo un florete o sable de esgrima (robado de las armerías) con el que trazaba grandes remolinos en el aire incitando a un grupo de hombres refugiado a la vuelta de la esquina de la Calle 10. En la tierra de nadie que separaba las dos barricadas había una mujer muerta. Se trataba de una mujer del pueblo, de humildes vestiduras, algo gorda y de unos 45 años de edad. Uno de los soldados que estaba al lado mío me pidió que me retirara. «Están echando bala», me dijo, «y puede caerle alguna». (Palabras textuales usando idioma local. No dicen tiran tiros sino "echan bala".)

Durante mi recorrido y cuando serían las cinco, los diplomáticos y delegados, así como gran cantidad de personas, se retiraron protegidos por una fuerte escolta de soldados hasta el cuartel de la guardia presidencial distante una cuadra y media. Yo volví al bar y me enteré de que proseguía sitiado y nuevamente volví a juntarme con Abello, la Kipper, otra mujer pintora francesa y dos muchachos ayudantes de la France Press (Lagrange se retiró con el grupo y dejó a sus compañeros).

Como el coñac me había dado hambre, pregunté dónde quedaba la cocina y me dirigí hacia ella. Allí encontré a la pobre cocinera, no sé si

aterrada o llorosa por la muerte de Gaitán. Sobre el piso había colocado una vela, que no permitió a nadie que la tocara, y rezaba en medio de grandes suspiros. Me dio algunos sándwichs y también me trajo un plato de rost biff semifrío que comí con gran apetito. Traté de invitar a Abello, el que nervioso me respondió: «Vovos eesestas loco –es medio tartamudo a veces–, pensando en comer mientras estamos en este lío». Evidentemente no las tenía consigo y así lo declaró, pero se portó gallardamente en todo momento.

Organicé una tertulia en el salón comedor, entre unas treinta o cuarenta personas que éramos en total. Conseguí que se nos sirviera café y chiste de acá chiste de allá lo fuimos pasando bastante bien. Recorrí varias veces los puestos de los soldados y ayudé a servirles café. Eran casi las 18 y ya obscurecía. En medio de la obscuridad consiguió entrar en el Capitolio uno de los mozos, de apellido Soto, que había andado con la turba y que era portador de una campana: la del diario *El Siglo* (órgano del Partido Conservador fundado, dirigido e inspirado por Laureano Gómez). Nos relató varios episodios de los disturbios y nos informó del estado de la calle, acerca del cual no necesitábamos mayores datos ya que las continuas descargas nos daban la impresión exacta de lo que estaba sucediendo.

Posteriormente el capitán Miranda dijo que era necesario evacuar el edificio y que darían garantías para la salida. Organizamos un grupo con Ana Kipper, la pintora, Abello y los dos muchachos de la France Press para dirigirnos a la Embajada Francesa. La policía había dejado estacionado el auto del lado de atrás y como por el mismo no habían provocado incendios teníamos la esperanza de hacerlo marchar. En medio de un gran chaparrón salimos y nos metimos en el auto –modelo chico en el cual seis personas íbamos como sardina en latas–. Las garantías del capitán Miranda se limitaron a decirnos «sigan para abajo por la Calle 9». La Kipper –tal vez habituada a las acciones de Europa (tiene una cara de arpía que impresiona)– se portó valerosamente. Personalmente manejó el auto y salimos a marcha moderada. Comenzamos a percibir el resplandor de los incendios hacia nuestra derecha (el centro de la ciudad) y la marcha de la gente cargada de cosas producto del saqueo. Muchas de ellas blandiendo

machetes hacían gestos en dirección a este único auto solitario que se aventuraba a esas horas en que muchos de ellos habían sido quemados ya. A los gritos de «Viva el Partido Liberal» respondíamos con sonoros vítores desde el auto. Pero al doblar una esquina uno de los facinerosos le tiró un mandoble a una de las ruedas y percibimos claramente el sonido del machete contra la goma. Felizmente no sucedió nada. Más allá y ahí sí que nos las vimos negras, una cadena de hombres tomados de la mano en el medio de la calle nos hizo señas de que nos detuviéramos. «Que nadie hable», les dije, «yo me encargo de ellos». Cuando el auto se detuvo un pisco malentrazado se nos acercó. A su lado había un camión detenido y señalando hacia él nos dijo que necesitaban un «crique», si le podíamos facilitar alguno. Le dije que no llevábamos y que no se preocuparan por eso porque teníamos también un camión y que cuando llegáramos a «la casa» (nadie dice aquí «mi» casa) se lo íbamos a mandar para que los ayudara y los remolcara también si lo necesitaban. Aunque creo que lo del crique era cuento y tenían intenciones de hacernos la boleta, se frenaron al ver a dos mujeres adelante, se dieron por satisfechos y después de darnos las gracias nos dejaron seguir.

Llegamos a la Embajada Francesa en medio de la lluvia. Frente a la misma un grupo de personas se ocupaba de forzar las puertas de un negocio para saquearlo. Penetramos en la Embajada, donde nos recibieron muy bien. Ahí nos volvimos a encontrar con Lagrange. Hubo mutuos saludos y la oferta por parte del embajador de una buena copa de coñac. Hablé por teléfono al Granada y les anuncié dónde estábamos y que nos íbamos a dirigir hacia allá. A eso de las ocho y media o nueve salimos Abello, dos muchachos de la Embajada cuya residencia quedaba en el camino y yo hacia el Granada.

Después de caminar una cuadra entramos en la Carrera Séptima. El espectáculo era pavoroso. Personas armadas con fusiles, pistolas, machetes, en fin, con todo lo que habían podido sacar de las armerías en una ronda infernal circulaban por el medio de la calle o se agrupaban en las puertas de los comercios, sacando las mercaderías y saliendo cargadas con ellas. Era la reproducción de *La calle de la tranquilidad* de Carlitos Chaplin, aunque

corregida y aumentada. Ya había muchos, muchísimos borrachos. Uno de ellos, un muchacho de unos 18 años, nos enfrentó con un «Viva el Partido Liberal» medio gangoso. Tal vez nuestra contestación no tuvo la suficiente fuerza porque se nos puso al lado y nos insistió: «Ustedes son liberales». «Por supuesto, camarada», le contesté, a lo que nos replicó mientras seguía caminando a nuestro lado: «Porque si no yo tengo acá algo con qué echarles bala a los que no sean liberales» y abriéndose el saco nos mostró la empuñadura marrón de un revólver.

Caminábamos, evidentemente, como si nuestros pies fueran de plomo. Mis tres compañeros estaban mudos. Yo me puse del lado donde nos flanqueaba el balbuceante pisco, quien proseguía monologando porque yo, ante el fracaso de mi compañía, había comenzado a sentirme intranquilo y le contestaba vagamente. No era para hacerse el loco estar en medio de esa turba y que al borrachito se le ocurriera incitarla en contra nuestra. Aligerando el paso por medio de un «iniciemos el raje» que le deslicé a Abello, nos desprendimos de él y seguimos contemplando el espectáculo del saqueo. Aquello era la locura. Individuos armados con martillo y cortafierros tranquilamente se dedicaban a cortar las argollas de los candados trabajando con un ardor encomiable. Vimos el caso –que por cierto observamos silenciosamente y sin reírnos– de uno de estos tipos golpeando fervorosamente contra un enorme candado de bronce, mientras que otros habían penetrado al comercio por la ventana y estaban sacando todo. Mientras tanto en la calle había una especie de trueque semiviolento. «Que tú tienes tres gabardinas (pilotos) y a mí no me ha tocado nada. Dame una». El que tenía las tres se conformaba indudablemente con tener una menos, porque de lo contrario no lo hubiera pasado muy bien. Así entre manotazos y empujones la gente se iba apoderando de cosas y luego cuando ya no daba más de carga comenzaba el desfile de las «trabajadoras hormiguitas» hacia su hormiguero.

Así en medio de estas escenas llegamos hasta una cuadra del hotel. A mitad del camino habíamos dejado ya a los franceses en su residencia. Para entrar al hotel debíamos cruzar una plaza. Nos detuvimos un instante para coordinar nuestra acción, pues las balas en ese momento silbaban por todas

partes siendo notorio el tableteo de las pistolas ametralladoras. «Crucemos por el medio», le dije a Abello. «Es más seguro ya que nadie pasa por ahí». Así lo hicimos. Nos faltaba solo cruzar la calle para entrar al Granada que aparecía con las luces apagadas y en medio de la calzada estaba un borracho vociferando mientras daba mandobles al aire con su machete. A un costado de la puerta yacía un individuo que aparentemente estaba muerto. Las puertas del hotel estaban cerradas; si hubieran estado abiertas te juro que hubiera corrido. No aguantaba más. No sentía miedo pero los nervios estaban a punto de estallar.

No era para menos. Llevábamos más de ocho horas de continua tensión. A paso firme pasamos al lado del borracho y llegamos a la puerta del hotel, nos hicimos reconocer y el portero nos franqueó la entrada. Ya en el hall nos encontramos con algunos amigos argentinos que nos recibieron alborozados porque se hallaban preocupados por nuestra tardanza. Al pasar por la puerta observamos que el «muerto» era solo un borracho profundamente dormido. Parecía una estatua y con la mano izquierda empuñaba aún una botella de ron.

En el hall del hotel la gente sentía pánico. En uno de los sillones estaba reclinado un herido que dormía profundamente. Con un machete le habían abierto la cabeza y, según me enteré, un médico más borracho que el propio herido le había cosido la herida con una aguja común y una crin de caballo mientras Taboada (enviado de *La Prensa*) le alumbraba con una pequeña linterna de mano. (Al día siguiente, después de vomitar el alcohol que tenía almacenado en el estómago, el individuo se levantó lo más trucho y no he vuelto a tener noticias de él. Se retiró del hotel y supongo que estará vivito y coleando.)

Ya en el hotel nos dirigimos al grill situado en el subsuelo y luego de comer un bife me reuní con los enviados de *Clarín*, *La Prensa*, *La Nación*, *El Mundo* y *La Razón* en el *living* de nuestro departamento (Elsa te habrá contado del club que hemos alquilado) y allí comentamos los sucesos. Mis aventuras posteriores son tan largas como estas y abarcan desde mi participación en la guardia del hotel organizada por el general Majó, hasta algunas expediciones punitivas contra los francotiradores, pasando por

varias excursiones personales (algunas de ellas se las relaté a Elsa medio en broma pero el asunto fue en serio), pero eso será materia de una posterior o tal vez, como la Conferencia finaliza el 30, te las contaré personalmente.

No te podrás quejar de este que es el primer relato detallado que escribo y lo he hecho especialmente para vos. Muéstraselo a Elsa y por supuesto a mis hermanos. Acá los muchachos me tienen loco porque dicen que estoy escribiendo por metros (y creo que no se equivocan).

Avisale al tío Olsen que he recibido ya sus dos cartas. La primera se la he contestado ya y sí cae bien que mamá le lleve este relato para que vea la forma en que se comportó su sobrino. Si en alguna parte hago relación a dudas o tribulaciones es porque no he querido mandarme «la parte» de valiente. Pero en ningún momento sentí miedo. Soy medio psicólogo y he visto que todos los colombianos juntos tuvieron más miedo que el que yo pude tener.

Pero dejemos esto. Recibe un grande y cariñoso abrazo y trasmítele a mamá unos grandes besos del hijo pródigo que regresará a su lar.

Aníbal

---

[71] Publicado en *El Malpensante*, edición 107, abril de 2010.

EL 9 DE ABRIL: ¿LA CONJURA DE UN SOLITARIO?[72]

María Luisa Valencia

En 1948, tres agentes de Scotland Yard llegaron a Bogotá para investigar la muerte de Jorge Eliécer Gaitán por pedido del gobierno colombiano. Su informe final no se conoció hasta que fue desclasificado en 2002.

Reservado
Bogotá, 8 de julio, 1948
30 de julio, 1948
[manuscrito destinatario]
Tengo unos cuantos minutos antes de cerrar las maletas para adjuntar el informe que me ha dado sir Norman Smith sobre el desempeño de su misión. Enviaré un detallado reporte sobre el trabajo y sus singulares dificultades, pero no quiero que pase más tiempo sin enviarle este informe preliminar.

Llevé a sir Norman, al señor Beveridge y al señor Tansill a dar una despedida final al ministro de Relaciones Exteriores, quien expresó en los términos más cálidos posibles la gratitud del presidente y el gobierno colombiano sobre la forma en que se había realizado la misión con respecto a la policía y a la muerte del doctor Gaitán. El doctor Zuleta también se mostró emocionado al expresar su gratitud al gobierno de Su Majestad por haber organizado la misión y por el extremo valor que tiene para Colombia esta investigación imparcial. Todos los integrantes del grupo se comportaron con una discreción ejemplar y parecen haber ganado la admiración y la confianza de las autoridades judiciales colombianas.

Sinceramente,

Gilbert Evelyn Shucksburgh, Esq.

PST

Secreto y personal

Mi apreciado MacKereth,

Por razones que conoces, te envío esta información en forma semioficial, secreta y personal, por lo cual dejo su uso y distribución futuros completamente a tu discreción.

2. Después de un resumen necesariamente muy apresurado por parte de los señores Schucksburgh y Wardle Smith del Ministerio de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, los señores Beveridge, Tansill y yo llegamos a Bogotá en la noche del lunes 14 de junio, luego de haber viajado por separado hasta Nueva York y juntos desde allí. En esta ciudad deduje que ellos estaban un tanto preocupados porque se había filtrado alguna información sobre su inminente partida de Londres y sus supuestos propósitos, que hubieran suscitado algún tipo de averiguación oficial en los días inmediatamente precedentes a su partida. Considero desafortunado que ellos se hayan preocupado por este inconveniente y, con base en mi considerable experiencia personal en el trabajo encubierto, me parece casi fantástico haber esperado que su partida hacia Suramérica hubiera pasado inadvertida.

3. Comencé la tarea el día después de nuestra llegada, probablemente con una prisa imprudente considerando nuestro largo viaje y la altitud de Bogotá, pues todos experimentamos molestias de uno u otro tipo. Pero no pudimos resistirnos a la impaciencia del gobierno colombiano. Nuestra primera dificultad radicó en entender completamente nuestras instrucciones. Habíamos supuesto, por el secreto que nos fue impuesto a todos los involucrados, que no era la intención del gobierno colombiano que realizáramos algo de la naturaleza de una investigación pública, y habíamos previsto que simplemente se nos pediría dedicarnos al estudio de material ya recopilado y traducido, con el propósito de que promoviéramos, pero no que emprendiéramos posteriores investigaciones que pudieren ser necesarias. Pero no hallamos material traducido, y pronto descubrimos que, en las circunstancias de Colombia, nuestros contactos con funcionarios del gobierno colombiano y el impacto de las investigaciones posteriores que

realizáramos harían completamente ilusorias las esperanzas que albergábamos de ocultar el propósito real de nuestra visita. Sugerí, sin embargo, que el gobierno colombiano publicara en forma inmediata una nota de prensa que proporcionara una explicación racional sobre nuestra presencia en Bogotá, y que se usara la rúbrica Misión Policial de Gran Bretaña como cubierta. Gracias a su gentileza, se concertó una reunión para el 15 de junio con el ministro de Relaciones Exteriores, el ministro de Justicia y el investigador jefe, el doctor Jordán. Se discutió y aceptó con algunas pequeñas correcciones una nota de prensa que yo había redactado con el consentimiento de mis colegas y el de usted mismo, la cual se publicó rápidamente. Como lo esperábamos, sirvió de poco, pues a la fecha el propósito real de nuestra estadía en Bogotá era de amplio conocimiento y en realidad había sido comunicado por el doctor Jordán a una prensa quisquillosamente desconfiada. Sin embargo, hemos seguido investigando, con cierta apariencia de rigor, la institución de policía colombiana antes de su disolución, con miras a ofrecerle a usted una clara notificación sobre la constitución de nuestra misión que pudiera ser de utilidad. No le negaré nuestra opinión de que, siendo imposible la reserva, habría sido conveniente adoptar una actitud de abierta franqueza desde el comienzo, pero aparentemente el gobierno colombiano no tenía la misma opinión.

4. Al día siguiente, es decir, el 16 de junio, lo acompañé a usted a una audiencia dirigida por el presidente, a la que también asistió el ministro de Relaciones Exteriores. El presidente hizo énfasis en la importancia que tenía para Colombia el feliz término de nuestra labor, explicó que quería toda la verdad, no sesgada por influencias políticas, manifestó su confianza en el doctor Jordán, el investigador jefe, y simultáneamente declaró que no tenía el mismo grado de confianza en los asistentes del doctor Jordán en la investigación.

5. Hasta aquí los preliminares. Luego emprendimos nuestro trabajo y comenzamos con una larga discusión con el doctor Jordán (un liberal gaitanista, como debe ser de su conocimiento), en el transcurso de la cual él nos presentó un resumen escrito de los hechos destacados de su investigación y de sus conclusiones tentativas. Nosotros, a la vez, lo

interrogamos largamente, preguntamos por notas incluidas en puntos de importancia y acordamos pasarle un cuestionario detallado. La preparación de las notas tardó dos días, durante los cuales fuimos objeto de la amable, aunque no desinteresada, atención de un funcionario que servía a las órdenes del ministro de Relaciones Exteriores, perteneciente al Partido Conservador. De esto parece haberse percatado el doctor Jordán, pues las notas, cuando se produjeron, fueron imprecisas y estuvieron acompañadas de una solicitud del doctor Jordán pidiendo que no divulgáramos a nadie, ni siquiera a su propio gobierno, ninguna información que nos fuera entregada, y que nuestro informe final, si lo había, debería entregarse a él y a ninguna otra persona. Él explicaba que, de acuerdo con la Constitución colombiana, toda la investigación debía estar protegida por una absoluta reserva hasta que sus resultados hubieran pasado a un tribunal; que sólo él era responsable de su conducción, y que nosotros, en realidad, éramos exclusivamente sus consejeros. Respondimos que, aunque no poníamos en tela de juicio sus argumentos, nos era imposible aceptar sus restricciones a menos que estuvieran avaladas por el presidente, a quien, dada la naturaleza de nuestro nombramiento, debíamos lealtad mayor. Él reconoció esto, y finalmente acordamos solicitar una entrevista con el presidente en la cual estuvieran presentes el doctor Jordán y usted mismo. Una vez más usted puso gentilmente las cosas en movimiento, con el resultado de que el presidente, no obstante hallar innecesario vernos, concedió que la posición constitucional era la que nos había planteado el doctor Jordán, y nos dejó en libertad de aceptar las condiciones de este último. Usted, además, me dijo que el ministro de Relaciones Exteriores pasaría al doctor Jordán algunos papeles que se hallaban en posesión del gobierno y que tenían que ver con la posible implicación de los comunistas en el asesinato del doctor Gaitán, y a nosotros, algunos documentos con informes militares detallados sobre los disturbios, con el registro de la hora, en el período que siguió al asesinato. Nos causó no poca sorpresa que el doctor Jordán no hubiera tenido acceso antes a tales documentos. Cuando el doctor Jordán recibió los expedientes sobre los comunistas y nos los entregó, vimos que consistían en dos archivos, de material exiguo, sin opiniones ni anotaciones. Si esto era todo

lo que el gobierno colombiano poseía que pudiera ser de nuestro interés, era particularmente escaso. Nos inclinamos, sin embargo, a la opinión más racional de que no pudo persuadirse al gobierno colombiano de entregarnos a nosotros y, más específicamente, al doctor Jordán, material más amplio. Los archivos del ejército que se nos prometieron no han llegado aún, y tenemos poca esperanza de que lleguen. Hemos buscado la información en otras fuentes.

6. No obstante, a partir de ese momento hicimos progresos más rápidos. El doctor Jordán pareció aceptar nuestra buena fe. Discutía todos los asuntos con nosotros de manera abierta y nos permitió examinar y analizar todos sus papeles. Nos dio a conocer sus dificultades para llevar a cabo una investigación efectiva en un ambiente en el que casi todos los testigos tenían prejuicios políticos, en ausencia de una fuerza policial y con la asistencia de agentes de cuya imparcialidad sospechaba. Diré ahora que su investigación me pareció impresionantemente rigurosa, su memoria infalible y sus registros sistemáticos, y su interpretación me pareció honesta. Todo esto sujeto, por tanto, a la advertencia de que él mismo tenía que trabajar en circunstancias particularmente difíciles, y de que nosotros, en nuestra ignorancia del lenguaje y de la cultura política y las corrientes de opinión, y sin maquinaria policial alguna, estábamos incapacitados por partida doble. Ahora nos atrevemos, con base en una investigación que no fue la nuestra, a plantear nuestras opiniones sobre el asesinato del doctor Gaitán.

7. Para empezar, nos convence bastante la hipótesis de que Juan Roa Sierra, el hombre asesinado por la multitud alborotada, fuera el verdadero asesino. La evidencia de los cuatro acompañantes del doctor Gaitán en el momento del homicidio, de los dos policías que arrestaron al asesino y de otros testigos presenciales del evento, soportada por el testimonio sobre la identidad y atuendo del criminal, y sobre la compra y posesión suya del revólver incautado, y esto ligado a las circunstancias de sus visitas a la oficina del doctor Gaitán antes de su muerte, deja poco o ningún lugar para dudar sobre la materia.

8. En segundo lugar, estamos plenamente convencidos de que ningún partido político, como tal, tomó parte en el asesinato. No hemos recibido ninguna evidencia confiable que conecte el homicidio con algún partido político —un hecho bastante notable en un país tan enceguecido por la pasión política—. Es cierto que ha habido una desbocada avalancha de rumores que atribuyen motivos, actos o intenciones a cada uno de los partidos y a la policía, pero poco o nada de ello ha arrojado evidencias. Mucha parte de ello es fácilmente controvertible por el sentido común. Y todo queda sin fundamento por la patente falta de preparación de los partidos políticos, bien sea el conservatismo, el liberalismo o el comunismo, para suprimir o tomar ventaja política plena de la sublevación que se desató tras el crimen. La falta de preparación de los conservadores quedó demostrada en particular por la inexplicable lejanía de unidades del ejército, y por la ausencia temporal de Bogotá del propio presidente. Las acusaciones de que el Partido Liberal hubiera urdido la sublevación, y por ende el crimen, carecen de un motivo fácilmente aceptable entre los liberales de cualquier ala. La ausencia de pruebas en los cargos contra los tres partidos se acentúa aún más por la clara evidencia en los expedientes que involucra a Juan Roa Sierra como el verdadero asesino del doctor Gaitán y hace más que improbable que tuviera un motivo diferente a uno personal, aunque desequilibrado, para cometer el crimen. Establecemos, por consiguiente, nuestra opinión definitiva de que ningún partido político, en cuanto tal, puede haber tenido conexión con la muerte. En cuanto a las sospechas dirigidas contra la policía, son completamente absurdas. En apariencia, la policía sólo fue lo que debía ser. Se descompusieron ante la presión inicial y un número muy considerable de agentes tomaron una parte bastante reprobable en los desórdenes de la revuelta. Parecen haberse corrompido por los prejuicios políticos y haberse mostrado como un grupo de hombres descontentos, irrespetados y faltos de respeto por sí mismos. A pesar de ello, no hay evidencia en absoluto de que hayan tenido algo que ver en los eventos que antecedieron al asesinato. En realidad, la evidencia en el expediente va a mostrar que las acciones de los agentes de policía que

se hallaban en la escena del crimen o cerca de ella cuando este ocurrió fueron irreprochables.

9. Se nos ha ofrecido cierta leve evidencia que sugiere una posible asociación entre Juan Roa Sierra y dos comunistas cubanos que visitaron Bogotá por aquella época y se hicieron notar bastante. Esto lo discutiremos en detalle más adelante. Pero por ahora diré que nuestro análisis de tal evidencia no ha debilitado en forma alguna nuestra opinión de que el Partido Comunista, como tal, no tuvo parte en el crimen. Algunos periódicos colombianos han difundido la opinión de que había en plena marcha una conspiración comunista para derrocar al gobierno colombiano y que esta se descarriló con el prematuro asesinato del doctor Gaitán. Esto puede o no ser cierto. Pero, en cualquier caso, está fuera de nuestras instrucciones, las cuales se refieren al homicidio que ocurrió y no a ninguna muerte o conspiración que pueda o no haberse estado preparando.

Con base en la evidencia que tenemos ante nosotros, es suficientemente claro que si existía algún motivo político para el crimen, debió derivarse de alguna manera de la personalidad, acciones y contactos del mismo asesino. De esto nos ocuparemos a continuación.

10. Juan Roa Sierra nació en Bogotá alrededor de 1922, hijo de una madre, aún viva, que tuvo catorce hijos en total. Su padre murió en 1927 de una enfermedad que no viene al caso ahora. Uno de sus hermanos, sin embargo, ha estado en un asilo para enfermos mentales durante ocho años, víctima de esquizofrenia. Juan Roa Sierra se educó en una escuela primaria durante tres años y, de allí en adelante, se enroló en diversas ocupaciones casuales como trabajador no calificado. Parece que era un trabajador poco eficiente, lento, falto de concentración y algo soñador. Durante un corto tiempo antes del asesinato estuvo desempleado. No estaba casado, pero durante tres años tuvo una amante, la esposa de un hombre con quien tuvo dos hijos antes de que él la abandonara. El propio Roa tuvo un hijo con ella. Sus relaciones con su amante terminaron doce meses antes del crimen. Ella lo describe como un mentiroso de ideas peculiares, con inclinación a la brujería, y dice que llevaba consigo un recorte de periódico en el que había una fotografía del general Santander, de quien aseguraba ser la

reencarnación. Ella recuerda que él recibió una carta de una Sociedad Rosacruz, donde se le aconsejaba que comprara un espejo y dos velas y lo mirara hasta ver qué aparecía. Después de este experimento, dijo que había aparecido una persona con el cabello revuelto y una mirada fija: «como Santander». Ella dijo también que él conocía al doctor Gaitán, que hablaba de sus visitas a la oficina de este último y que aseguraba que aquél lo había enviado a hacer propaganda en un distrito de la ciudad. Sabía que Juan Roa Sierra había pedido un puesto al doctor Gaitán y dedujo que él había respondido que no tenía tiempo para ese tipo de solicitudes y que, más aún, como el Partido Liberal no estaba en el poder, era incapaz de ayudarlo. Gaitán le aconsejó escribir al presidente, lo cual hizo (esta carta se encuentra en el expediente). Cuando llegó la respuesta casi un mes después, ella le preguntó a Juan Roa Sierra si quería que lo nombraran Presidente, y él respondió agriamente: «tanto como eso, no». Su madre confirma su tendencia a soñar y estaba más que apenada y molesta por su falta de inclinación hacia el trabajo. Unos ocho meses antes del asesinato, ella notó que él se comportaba de manera algo extraña. Por ejemplo, «pensaba que era Santander o algo parecido; además dejó su empleo. Yo veía que se reía solo y parecía muy pensativo. Por esto fui al quiromántico, quien me dijo que él debía trabajar como mecánico». Ella dice que su hijo sufría de problemas del corazón y tenía desmayos y que además padecía fuertes dolores de cabeza a causa de los cuales sentía como si «estuvieran fritando maíz dentro de su cabeza». Confirma también su interés por el rosacrucismo y dice que nunca discutía con él sobre eso porque acentuaba su haraganismo y a ella eso le provocaba furia. El quiromántico al que se hace referencia es un alemán que ha residido en Colombia durante los últimos doce años y está casado con una colombiana. Juan Roa Sierra solicitó sus servicios profesionales por primera vez unos dieciocho meses antes del crimen. En total lo consultó diez veces, la última de sus visitas fue el 7 de abril, dos días antes del asesinato. Según el quiromántico: «Él me dijo que tenía sueños sobre un tesoro o un entierro indígena que podía encontrarse, y nombró dos pueblos no lejos de aquí... Dijo que había sido llamado para un importante destino, algo que quizá la misma Providencia

había elegido para él. Le dije que no podía llevar a cabo la empresa solo. Él respondió: “Solo tengo que vivir mi vida y solo debo seguir mi destino”». El quiromántico habla de él como un hombre sensible sin apariencias perversas evidentes y cree que no era un fanático seguidor de ningún partido político. Después de la primera visita que le hizo Juan Roa Sierra, la madre del joven vino a verlo y le dijo que estaba apenada porque su hijo no trabajaba y porque se creía la reencarnación del fundador de Bogotá, Jiménez de Quesada. La madre dijo también que Roa había estado pidiendo empleo al doctor Gaitán. El quiromántico introdujo a Roa en el rosacrucismo. «Vi que tenía percepción psíquica. Estaba muy interesado en los estudios del culto». El quiromántico no observó señales de problemas mentales, pero sí lo descubrió en ocasiones retraído y abstraído. Se ha encontrado correspondencia entre Roa y la Orden Rosacruz de San José, California.

11. A otros testigos también les pareció algo peculiar. Uno de ellos dice: «Noté algo un poco raro en él, porque hablaba de magos». Y otro: «Decía que no le gustaba trabajar. Decía que su vida tenía que ser diferente. Se creía casi preparado para ocupar un puesto superior en virtud del conocimiento especial que estaba adquiriendo y la instrucción especial que él se daba».

12. Tenemos, por consiguiente, la imagen de un joven de alrededor de 26 años, con una educación relativamente escasa, haragán, soñador, visionario, con una percepción mística, más bien ridícula para sus amigos y parientes, de estar destinado para una importante misión. Un joven silencioso y reservado, con pocos amigos de verdad y con tendencia a interesarse en lo que puede describirse a grandes rasgos como ciencias ocultas. Se sabe que no hace mucho tiempo afirmó ser un seguidor y admirador del doctor Gaitán. Sin embargo, se dijo que más recientemente y poco antes del crimen dio la impresión contraria por un comentario sarcástico, refiriéndose a que la forma en que el doctor Gaitán vendía sus mercancías políticas se parecía mucho a la de un químico mercachifle o a la de un encantador de serpientes que exhibe sus productos en las plazas de mercado de los pueblos.

Poco más se sabe del joven hasta que llegamos a los hechos que lo relacionan de manera más directa con el crimen.

13. La secretaria del doctor Gaitán declaró que Juan Roa Sierra, en los meses que antecedieron al asesinato, fue varias veces a su oficina, que daba acceso a la del doctor Gaitán, pidiendo verlo. Su costumbre era presentar ante su jefe sólo a personas prominentes a quienes sabía que él querría ver. A todos los demás que iban con la esperanza de lograr una entrevista se les pedía que tomaran asiento y se les hacía esperar. Juan Roa Sierra pertenecía a esta última categoría y, según ella, no logró obtener una entrevista en ese momento. Ella recuerda que el hombre fue acompañado en dos ocasiones, según cree, por otro hombre delgado, tolerablemente bien vestido, pero de apariencia más bien salvaje, con los ojos hinchados y un comportamiento agresivo. En tales ocasiones, el último, y no Juan Roa Sierra, actuaba como vocero en el intento de lograr una entrevista. Entre paréntesis, este individuo no ha sido identificado o rastreado, y estamos de acuerdo con el investigador jefe en que es difícil fiarse completamente de la memoria de la secretaria al relacionarlos. En otras ocasiones, Roa fue solo. Estuvo en la oficina el 8 de abril y nuevamente a las 9:30 de la mañana el 9 de abril, día del asesinato. En cada visita decía poco, o sólo que quería ver al doctor Gaitán. En su última visita ella recordó que había ingresado su nombre en una ficha de citas, con el ánimo de preguntar al doctor Gaitán si podía verlo. Algunos días después del asesinato, ella se sobresaltó cuando escuchó el nombre y le pareció conocido, así que revisó la ficha de citas y descubrió que era idéntico.

14. A la 1:10 p. m. del 9 de abril, el doctor Gaitán bajó de su oficina por el ascensor con cuatro amigos con la intención de almorzar con ellos. Tenía la costumbre de almorzar a esa hora. El doctor Gaitán, tomando del brazo a un amigo, fue el primero en salir del edificio a la calle; de inmediato recibió de Juan Roa Sierra tres disparos en la parte de atrás de la cabeza y el cuerpo, y cayó al suelo. Los otros tres amigos salieron a tiempo para ver todo o una parte de este incidente y para resguardarse instintivamente de la amenaza... Un agente de policía que estaba parado muy cerca de allí, con la ayuda de otro, lo arrastró a una droguería contigua.

La impresión que tuvieron los testigos presenciales es que, en el momento del asesinato, Roa estaba disparando vehementemente, pero todos coinciden en que, un instante después, no hizo ningún esfuerzo decidido para escapar y, en realidad, dio la impresión de rendirse casi voluntariamente. En la droguería fue apaleado por la multitud que irrumpió allí. Fue arrastrado, asesinado y despojado de sus ropas. Llevaba un traje de tela gris marrón con una visible banda blanca. A pesar del hecho de que su rostro fue golpeado hasta quedar irreconocible, su identidad ha quedado, en nuestra opinión, completamente establecida. Llevaba un revólver que entregó al agente de policía, y del que se ha comprobado que había comprado el 7 de abril. La munición fue adquirida por separado el 8 de abril.

15. Hay poca información sobre las circunstancias de las compras del revólver y la munición, si se busca algún comentario particular diferente al hecho de que, al hacer las compras, Roa dijo a no menos de cuatro hombres que compraba el revólver con el fin de estar mejor equipado para acompañar como sirviente a algunos extranjeros que querían hacer una excursión al monte, y que, a su regreso, esperaba ser muy bien recompensado. No se ha podido corroborar esta historia. Pero naturalmente la examinamos con cierta atención en el contexto de los dos cubanos, y a esto nos referimos a renglón seguido.

16. Se ha hablado mucho en Bogotá sobre la posibilidad o la certeza de que dos cubanos hubieran tramado, por medio de Roa o directamente, la muerte del doctor Gaitán. No se mencionó a estos dos hombres en ninguna de las declaraciones tomadas por el investigador jefe, y su existencia sólo se nos dio a conocer en forma oficial hace pocos días cuando recibimos del ministro de Relaciones Exteriores el reducido expediente contra los comunistas al cual se ha hecho referencia. En ese archivo había el informe de un detective, del cual extraemos los siguientes hechos o posibilidades. Primero, en cuanto a los hechos. Dos cubanos, que responden a los apellidos Del Pino y Castro, se pusieron ampliamente en evidencia al arrojar desde una platea alta del Teatro Colón varios volantes de fuerte tinte comunista que denunciaban la retención, por parte de otras potencias, de colonias en el hemisferio occidental, y que culminaban con un ataque al

«imperialismo» norteamericano. Esto lo hicieron a las 10:30 p. m. del 3 de abril en el momento de un acto oficial al que asistió el presidente de Colombia. El detective que escribe el informe se dirigió a la platea y llevó a los dos hombres al Departamento de Investigación a las 11:30 p. m. para interrogarlos. Después de eso, se registró su habitación en el Hotel Claridge, se incautaron sus papeles y se les liberó, con la orden de presentarse el lunes 5 de abril para dar una visa apropiada a sus pasaportes, ya que sólo tenían una estampilla de entrada. Esto, casualmente, mostró que habían ingresado al país por Medellín seis días antes. No se presentaron, como se les ordenó, el lunes 5 de abril; de modo que, en la tarde, los detectives fueron nuevamente al Hotel Claridge, confiscaron sus pasaportes, registraron minuciosamente la habitación y se llevaron todos los papeles, con excepción de ciertas cartas de amor. Al final de la mañana del martes 6 de abril, los hombres fueron interrogados nuevamente en el Departamento de Investigación. Se les devolvieron todos sus papeles, con excepción de lo que quedaba de los volantes con propaganda, y se los puso en libertad. El 13 de abril, es decir, después del asesinato y la revuelta del 9 de ese mes, el mismo detective regresó una vez más al Hotel Claridge, sólo para enterarse, por el gerente, de que los hombres habían pagado su cuenta y salido con su equipaje esa misma mañana hacia la embajada cubana. Se presume que salieron de Colombia en un avión especial dispuesto por la embajada para sus ciudadanos.

A continuación analizamos la evidencia que puede tener relevancia en el asesinato. Esta consiste en:

(a) El informe del mismo detective, donde dice que salió de la oficina del Departamento de Investigación con los dos hombres a las 10:30 a. m. del 6 de abril, que uno de ellos mencionó una entrevista en el Hotel Granada, hecho que negó torpemente el otro; que, justo después de que se separaron, un amigo del detective fue a buscarlo y le comentó que el día anterior había visto a los cubanos en la oficina del doctor Gaitán; que él (el detective) los vio casualmente en el Hotel Granada un poco después; que a las 11:30 a. m. del viernes 9 de abril volvió a verlos en el Café Colombia; que estaban sentados con otros dos hombres, y que cree haberse dado

cuenta de que uno de los cubanos (Del Pino) estaba hablando con un hombre más quien, según reflexionó después, se parecía a las fotografías de Roa que habían aparecido en los periódicos poco después de su muerte.

(b) La información atribuida por el detective al gerente del Hotel Claridge referente a que, en la noche del 9 de abril, los dos cubanos regresaron al hotel con armas de fuego y un botín; que durante toda la noche estuvieron hablando (en inglés) por teléfono con diferentes personas, y que durante el resto de su estancia estuvieron tan nerviosos y preocupados que pidieron al gerente que les diera una habitación aislada.

(c) La información atribuida por el detective a Guillermo Hoenigsberg, en la época residente en el hotel, sobre que la noche del 9 de abril había escuchado a los cubanos hablando sobre la «precisión del tiro» y «el completo éxito» de la parte que se les había ordenado cumplir. Él consideraba que ellos tenían que ser los instrumentos bien pagados de quienes habían planeado el crimen político.

17. Es claro a simple vista que la evidencia en los acápites (b) y (c), aun cuando se acepten por completo, atribuye a los dos cubanos una conducta en forma alguna inconsistente con la que se esperaría de dos comunistas cualesquiera presentes en Bogotá en la época en que los disturbios ofrecían una oportunidad para aumentarlo. En realidad, su conducta no se parece a la de un grupo de hombres involucrados en una conspiración de asesinato secreta y peligrosa. La evidencia en el acápite (a) sin duda reviste mayor importancia. Consiste en general de dos puntos principales, a saber, una supuesta declaración por parte de un amigo del detective en la que dice haber visto a los cubanos en la oficina del doctor Gaitán el 5 de abril, y una impresión que se formó el propio detective de que los había visto hablando por un momento con un hombre que se asemejaba a las fotografías de Roa, en el Café Colombia, el cual casualmente se encuentra más o menos al otro lado de la oficina del doctor Gaitán. Examinamos esta evidencia con la mayor seriedad, relacionándola particularmente con la historia del mismo Roa, según fue contada por los testigos que le vendieron el revólver y la munición, de haberse puesto a trabajar con dos extranjeros. El doctor Jordán accedió de buena gana a

investigar los puntos que requerían aclaración. Esta investigación tendía a desacreditar la buena fe o la memoria del detective. Él insistió en su impresión de que el hombre con el que habían hablado los cubanos se parecía a las fotografías de Roa, pero cambió algunas de las circunstancias del contacto que tuvieron en el Café Colombia. Lo más importante, no pudo recordar siquiera el nombre del hombre que anteriormente había reportado que le había informado sobre la presencia de los cubanos en la oficina del doctor Gaitán. El doctor Jordán señaló además, como ya nos habíamos percatado pues era de conocimiento público por los periódicos, que los dos cubanos se habían hecho sospechosos y que Roa había mencionado a dos extranjeros al comprar el arma. No debe, por consiguiente, desecharse la posibilidad de que el detective al escribir su informe posterior haya estado influenciado por esta información para mejorar en algo su informe. Casualmente, hay en el expediente evidencia de un maestro de escuela que conocía bien a la familia del asesino desde años atrás, quien declara que ya en esa época los hijos de la familia se interesaban en la búsqueda de entierros indígenas y gastaban en dicha empresa el poco dinero que tenían. Hemos llegado a entender también que tales expediciones no son raras en este país. En resumen, la evidencia, que no era muy sólida, ha mostrado tener aun menos sustancia después de ser examinada. Y, aunque no podemos descartar en forma absoluta la posibilidad de que los dos cubanos, actuando en su capacidad individual, hubieran hecho contacto con Roa y hubieran aguijoneado su mente inestable para empujarlo a un acto que favorecía sus fines políticos, consideramos tan lejana esa posibilidad que su mención debe hacerse con la mayor cautela. Es evidente que si la condición mental de Roa y su actitud hacia el doctor Gaitán habían llegado a un punto en que sólo necesitaba un aliciente por parte de dos extranjeros para precipitarlo al asesinato, igualmente habría evolucionado hasta el punto en que no requeriría tal incitación.

18. Con mayor razón descartamos, con base en la evidencia que tenemos ante nosotros, como inadmisible cualquier teoría de que algún contacto que los dos cubanos hubieran hecho con Roa hiciera parte de cualquier conspiración premeditada, diseñada por el Partido Comunista

antes de su llegada al país. Roa parecería haber sido el instrumento más inadecuado para tal complot, no hay evidencia de que hubiera tenido ningún trato previo con los comunistas y su acto al disparar al doctor Gaitán en la localidad en que lo hizo era virtualmente un suicidio. Más aún, el comportamiento de los dos cubanos, según se estableció, antes del asesinato y, como se aseveró, después del acontecimiento difícilmente correspondía al de hombres que tuvieran conocimiento de un complot desesperado que demandaba máximo secreto y reserva.

19. Llegamos entonces, de acuerdo con el doctor Jordán, a la probable conclusión de que Juan Roa Sierra, por sí solo, tuviera que ver con el asesinato, y a continuación intentamos analizar lo que puede haberlo impulsado a él. Tenemos una base insegura al intentar dar un dictamen definitivo sobre la estabilidad mental de un hombre con tan escasa evidencia; sin embargo, nos inclinamos a creer que Roa dio muestras de anormalidad en la dirección del misticismo y la megalomanía. No hay evidencia, sin embargo, de que esta tendencia pareciera a los demás algo más que una insignificante y cómica debilidad o que pudiera desembocar en algo tan sorprendente como el crimen del doctor Gaitán. Por consiguiente, nos hemos aplicado en buscar alguna causa o incidente que pueda haber llevado a una mente tan desequilibrada a cruzar el abismo que separa la decepción inofensiva de la intención asesina. La historia de los dos cubanos podría, si la hubiéramos aceptado, haber llenado la brecha, pero como ya establecimos, la creemos posible pero bastante improbable. Por consiguiente, hemos buscado otras causas. El doctor Gaitán tenía la reputación de ser un conquistador de mujeres e incluso de preciarse de sus conquistas. Los rumores han sugerido que allí radica la causa del asesinato. Aquéllos señalan incluso que Roa era hijo natural del padre del doctor Gaitán y, por tanto, hermano medio del finado. Pero no hemos hallado evidencia alguna en la investigación del doctor Jordán que relacione al asesino y a su víctima, excepto en la medida en que ya hemos indicado antes. Es, lo creemos, en los motivos de las visitas de Roa a la oficina del doctor Gaitán donde se halla la solución. Habíamos esperado saber algo de esto por medio de la secretaria, pero su declaración no es de ayuda e insiste

obstinadamente en su ignorancia sobre el propósito de las visitas de Roa. Sin embargo, hay un indicio que se basa en alguna de la evidencia de que Roa buscaba un empleo que tuviera relación con la grandeza de su destino. Es posible, y tal vez incluso probable, que hubiera sido llevado por la frustración de su desquiciada ambición a quitar del camino al hombre que con tanta ligereza rehusara darle no sólo un empleo sino incluso una audiencia respetuosa. (En una declaración se menciona que él dio rienda suelta a alardes de que podía liderar un movimiento político mayor de lo que Gaitán podía, y hemos sabido por el mismo doctor Jordán que el doctor Gaitán a menudo exhibía maneras de excesiva brusquedad.) Si la respuesta no se encuentra aquí, entonces no la hemos hallado.

20. Nos hemos empeñado desde el principio de nuestra investigación en obtener del gobierno colombiano algún recuento autorizado de los incidentes de la revuelta en Bogotá y otros lugares, con un registro del tiempo y alguna indicación que puedan arrojar pistas de una preparación previa. Se nos dijo que el ejército estaba recopilando este material para nosotros, pero a pesar de haberlo solicitado no logramos obtenerlo, y nos hemos visto obligados a investigar a fondo en su búsqueda lo mejor que hemos podido. El doctor Jordán, que como amigo del doctor Gaitán se precipitó al hospital al saber del atentado y fue testigo presencial de gran parte de lo ocurrido, ha sido nuestro principal informante. Él mismo está convencido de que la revuelta fue completamente espontánea. La falta de preparación del gobierno para enfrentar el problema, la incertidumbre y la confusión entre los líderes liberales y comunistas son la nota predominante de este recuento, y después de haber sostenido prolongadas discusiones con él no vemos razón para diferir de su opinión. El ambiente era propicio para la explosión, y el asesinato del doctor Gaitán inevitablemente la desencadenó. El país se enorgullecía de ser, por haberse librado de cualquier revolución reciente, diferente de los demás países suramericanos. Sin embargo, es evidente que la fiebre política había estado hirviendo a fuego lento y, en áreas locales, estaba a punto de estallar; que la llegada al poder de un gobierno conservador después de años de gobierno liberal, y sobre la fortaleza de un voto liberal dividido, había intensificado el ardor

político; que el doctor Gaitán, quien se nos ha descrito como una mezcla de Mussolini y Gandhi, había usado durante años todas las artes de un demagogo para atraer hacia sí, por magnetismo natural, persuasión y amenaza, un séquito que amenazaba muy pronto con eclipsar a todos los otros, y esa efervescencia se acentuó aún más con la circunstancia de la Conferencia Panamericana y la impopularidad, en este contexto, del «imperialismo» norteamericano. Que la explosión no se hubiera desatado con el asesinato del doctor Gaitán habría sido, en verdad, motivo de sorpresa. Nos ha impresionado bastante, a lo largo de nuestra investigación, la tolerancia en nombre de la libertad de una licencia en la prensa escrita y la radio que aceptaba la incitación al desorden e incluso el asesinato como una actividad política perfectamente normal. Nuevamente, no vemos razón para sospechar algo que no fuera una espontánea explosión en todos los acontecimientos del 9 de abril.

21. Unos cuantos comentarios generales acerca de la naturaleza de la labor que se nos encomendó no estarían fuera de lugar, según creemos, a modo de conclusión. Si la intención original del gobierno colombiano era darnos libertad relativa para nuestra investigación, no lo sabemos, pero se hizo evidente que hemos estado atados de pies y manos a la investigación del doctor Jordán. Podemos concebir como posible que, si se nos hubiera dado completa libertad de acción, si se nos hubiera dado todo el material disponible y si se hubiera instado a todas y cada una de las personas a entregarnos cualquier información relevante, habríamos podido arrojar luz sobre alguna otra solución del problema. Pero hay lugar a dudas. Nos habrían inundado con un gran volumen de material falso y tendencioso que estaría fuera de nuestra competencia enfrentar, en especial en ausencia de cualquier organización de ayuda confiable. Tres agentes no constituyen un aparato de investigación completo. Sin hablar español, aunque con un intérprete confiable, sin policía y con sospechas a nuestro alrededor, nos hemos visto imposibilitados para hacer más de lo que hemos hecho. Y se ha hecho evidente que cualquier investigación más a fondo de nuestra parte por iniciativa propia habría provocado acaloramientos y sospechas que podrían haber sido gravemente bochornosas para el gobierno. Nos hemos

resignado a la idea, por tanto, de hacer un escrutinio a conciencia, nunca exento de sospechas, de la investigación del doctor Jordán. Él mismo nos ha dicho que sus conclusiones no agradarán a nadie y que se le acusará de haberse convertido en un instrumento de Scotland Yard. Nos encontramos en una posición similar, y seguramente se aducirá que hemos sido los instrumentos del doctor Jordán. Es factible que sea así. Pero nuestra impresión es contraria. Creemos que su investigación ha sido tan rigurosa como era posible en las circunstancias más difíciles; pensamos que ha sido imparcial, y reconocemos que es un hombre de una inusual capacidad. Si nos ha burlado, lo ha hecho de manera impecable. Preferimos pensar que no lo ha hecho, y que sus conclusiones y las nuestras están más cerca de la meta que cualquiera de las teorías alternativas que hemos recogido oficialmente y por conversaciones confidenciales. Esto no quiere decir que nosotros, o él, estemos completamente satisfechos de haber descubierto toda la verdad. En resumen, nuestra misión ha sido una de las más difíciles, y en cierta forma una de las más insatisfactorias, de nuestra amplia experiencia conjunta.

22. No podemos terminar sin registrar nuestra profunda deuda con Norman Symington, quien nos ha servido como intérprete. Ha sido muchísimo más que eso y nos ha apoyado en una docena de formas distintas. Hombre de gran inteligencia, sensata opinión e infinitos tacto y paciencia, se ha ganado nuestro profundo respecto y nuestra amistad. Quiero también aprovechar esta oportunidad para ofrecerle a usted y a todos los miembros de la embajada nuestra gratitud por la extrema gentileza de que hemos sido objeto y por su muy generosa asistencia en todos los aspectos.

Sinceramente,

(firma tachada).

---

[72] Publicado en *El Malpensante*, edición 66, 2005.

Biografías

Arturo Alape

Fue escritor, historiador y pintor. Su texto *El Bogotazo, memorias del olvido*, fue uno de los más completos compendios de testimonios del 9 de abril de 1948. *Noche de pájaros*, *El Bogotazo: la paz, la violencia. Testigos de excepción* y *El cadáver insepulto* son otras obras suyas sobre aquel histórico día. Vivió exiliado en Cuba y Alemania. Recibió los premios Casa de las Américas en 1976, y Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 1999, entre otros. «Arturo Alape» era el seudónimo de «Carlos Arturo Ruiz».

Herbert Braun

Historiador colombiano, actualmente profesor de la Universidad de Virginia, en Charlottesville, Estados Unidos. Hijo de padres alemanes, tenía un año cuanto estalló el Bogotazo. *Mataron a Gaitán,* el libro en el que se dedicó a investigar y a analizar los hechos y personajes que rodearon la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, fue su tesis de doctorado.

Lucas Caballero, Klim

Las columnas de este conocido escritor colombiano en los diarios *El Espectador* y *El Tiempo*, marcaron un estilo único. Klim, como era más conocido Lucas Caballero, escribía críticas a la vida pública y a sus personajes con un gran sentido del humor. Incluso se burlaba de las particularidades físicas de figuras de la política, cosa que a veces no era muy bien recibida. Tras su muerte, en 1981, fueron publicados varios libros que reunían sus distintas columnas.

Víctor Diusabá Rojas

Es periodista y columnista bogotano. Fue jefe de la oficina de redacción del diario *El País* en Bogotá, jefe de redacción de *El Espectador,* editor general de Colprensa*,* editor general del Grupo Nacional de Medios y director de *Semana.com*. Sus columnas han sido publicadas en los diarios *El Colombiano, El País* de Cali, *Vanguardia Liberal, El Universal* de Cartagena, *La Opinión, La Patria, La Tarde, El Nuevo Día, El Liberal y La República.*

María Cristina Alvarado

Periodista. Trabajó como cronista en los diarios *El Espectador* y *El Tiempo*, y sus artículos, en su mayoría relacionados con temas de paz, han sido publicados en diversos medios colombianos. Fue miembro de Medios por la Paz y del Instituto de Estudios sobre Comunicación y Cultura.

Guillermo González Uribe

Es periodista, editor y gestor de proyectos. Hijo del célebre fotógrafo Sady González. Fue coordinador del *Magazín Dominical* del *El Espectador* en la década de 1980, director de la *Gaceta* de Colcultura al iniciar la década de 1990 y es director de la revista *Número* desde su creación en 1993. En 2002 ganó el Premio Planeta de Periodismo por su trayectoria profesional y su libro *Los niños de la guerra*.

Aníbal Pérez

Periodista argentino comprometido con el peronismo. En 1948 visitó Bogotá enviado por el diario oficialista *Democracia* para asistir a la IX Conferencia Panamericana y presenció el Bogotazo. Falleció en 1953, a los 42 años, en un accidente automovilístico.

Miguel Torres

Es un dramaturgo, actor y escritor bogotano. Conocido por su trilogía de novelas sobre el Bogotazo: *El crimen del siglo*, *El incendio de abril* y *La invención del pasado*. Es autor de la obra teatral *La siempreviva*, una de las cinco obras más importantes del teatro colombiano del siglo XX.

María Luisa Valencia

Traductora y correctora de estilo colombiana. Es profesional en idiomas y especialista en traducción en ciencias humanas y literarias de la Universidad de Antioquia.